

Patty Love  
AMOR GLASÉ



Amor glasé  
Patty Love

Este libro no podrá ser reproducido, ni total ni parcialmente, sin el previo permiso del autor. Todos los derechos reservados.

Título original: Amor glasé  
Patty Love©, abril 2019  
Imagen de portada: FreePick  
ISBN: 9781093504583

# 1

Isabella Wilson estaba desesperada, su pequeña pastelería, inaugurada hacía tan solo dos meses en las afueras de Painswick, no acababa de despegar. Había invertido todos sus ahorros, tras recaudar tacita a tacita la cantidad suficiente para pagar los tres primeros meses de alquiler y fianza del local, además de una entrada más que generosa, que había salido directamente del bolsillo de su padre, y que había usado en la redecoración del establecimiento. Pero, aun así, si no conseguía pronto clientela, todo se iría al garete para regocijo de su madre, quien había vaticinado el fracaso del negocio en cuanto expuso la idea en una comida familiar.

A diferencia de su padre, que la apoyaba sin objeciones, Catherine ponía pegas a todo y conseguía envolver las ideas de los demás de una negatividad capaz de dilapidar los sueños de los pobres incautos como Isabella, que ya desde la adolescencia, había experimentado una gran satisfacción horneando todo tipo de pasteles. Por ello, y pese al disgusto que supuso para su madre, había decidido estudiar repostería en la academia Cookery School de Gloucester, obteniendo un diploma en Pastelería Profesional y especializándose en Decoración de Pasteles.

Catherine Wilson nunca había aprobado que su hija decidiera dedicar su vida a cocinar para otros, pues en su casa los roles eran diferentes, su madre no había tocado una olla ni para simular un tambor. Hubiera preferido que se dedicara a la odontología como su padre, pero Isabella era perseverante y muy cabezota, y siempre conseguía todo lo que se proponía, pasando por encima de cualquier adversidad. Y en ese momento se encontraba en uno de esos puntos en los que la vida le ponía un reto delante, levantar su propio negocio.

—¿Para qué haces tantas tartaletas? Estás desperdiciando ingredientes para nada —le dijo Dana, su mejor amiga y ahora también compañera de trabajo.

—¿Siempre eres tan positiva? Vas a hacer que me arrepienta de haberte contratado. Para hundirme en la miseria ya tengo a mi madre —la reprendió Isabella, mirando con lástima las treinta tartaletas de manzana con caramelo

salado que le iba a tocar congelar.

Cuando abrió las puertas de Isa Deli, pensó que iba a necesitar ayuda en la tienda. No podía hornear, decorar y atender a los clientes y por ello pensó en Dana. Su amiga tenía don de gentes y una cara bonita que conferiría al local un trato agradable para con los clientes, pero la realidad era que no tenía clientes, e Isabella hacía cábalas para poder pagar a su amiga el sueldo que le había prometido, posponiendo su bienestar económico a su sentido de la palabra.

—Sabes perfectamente que me necesitas. Si yo no estuviera aquí ya hubieras metido la cabeza en el horno —comentó Dana con los brazos en jarras y ladeando la cabeza.

—Muy graciosa, pero jamás haría semejante cosa.

—Es posible, pero si en menos de dos semanas no encuentras un tío que te ponga los ojos del revés, seguro que te lo plantearás —dijo Dana, saliendo del obrador al escuchar el aviso de la puerta de la entrada de un cliente.

Isabella no solo se sentía una fracasada en los negocios, también en el amor. Desde la ruptura con su último novio hacía dos años, se había centrado demasiado en su pasión repostera y había dejado aparcado su corazón. Durante todo ese tiempo, no había necesitado vivir al cobijo de una pareja, pero la triste realidad era que, al volver a casa cada noche, sentía una leve y transitoria pena por no tener a nadie que le diera un abrazo o le levantara los ánimos a golpe de sexo. Es posible que sus partes bajas se encontraran dormidas desde hacía un tiempo, no obstante, no había olvidado lo mucho que le gustaba disfrutar de una noche de pasión con un hombre, y acurrucarse junto a él para esperar relajada la llegada de Morfeo.

—¿Tienes planes para este fin de semana? ¿Alguna cita? —preguntó Dana, entrando en el obrador tras atender al cliente.

—Ya sabes que no.

—Pues ya tienes planazo. —Dana dejó un papel sobre la encimera, levantando una nube de harina.

—¿No me habrás preparado una cita a ciegas?

—No, pero no sería mala idea. Esto es el encargo de una tarta de cumpleaños para mañana primera hora.

—¡No trabajamos los domingos! —exclamó Isabella, contrariada.

—La gente no cumple años cuando tú quieres. Si no la quieres hacer tú, irá a la pastelería del centro. Tú eliges —dijo Dana, volviendo a la pose en jarras que tanto le gustaba usar para destilar autoridad.

—Está bien, tampoco tengo nada mejor que hacer —admitió, tras recapacitar que su amiga tenía razón.

—Si necesitas ayuda, solo tienes que pedírmelo.

—Me las arreglaré, tú disfruta de tu noche de sábado con Adam —dijo apenada.

—Isabella, ¿estás bien? —le preguntó su amiga tras notar su gesto de abatimiento.

—Sí, solo es cansancio. Venga, ayúdame a meter todas estas tartaletas en el congelador.

—Todas menos una —dijo Dana, cogiendo una y dándole un gran bocado, provocando la risa de Isabella.

## 2

Isabella cerró con llave la puerta de su establecimiento y entró en el obrador. Los planes que tenía esa noche, que se resumían en tirarse en el sofá con un gran bol de palomitas y ver una película, se habían truncado por ese maldito cumpleaños.

Sin perder ni un minuto más de tiempo en procrastinar, cebándose en sus propios pensamientos, sacó todos los ingredientes que necesitaba para hacer aquella tarta inesperada.

Dana no le había dicho qué tipo de tarta quería el cliente, así que se decantó por algo sencillo y clásico. Pensó que era lo más lógico para no jugársela, y es que Isabella no arriesgaba nunca o, mejor dicho, casi nunca. Tan solo se había dejado llevar una vez en su vida, quizá dos, si contábamos el montaje de su pastelería, pero en ninguno de los dos casos las cosas habían salido bien. Tal vez os estéis preguntado cuál fue aquella primera vez, y sería una buena pregunta, pues lo cierto es que parte de su desdicha en el amor se debía a ese momento en el que Isabella, presa de ese sentimiento devastador, se dejó llevar lejos de su mundo y de su gente para volver finalmente con el rabo entre las piernas a Painswick. Desde entonces, se juró a sí misma ser fiel a su decisión de vivir una vida plena siendo soltera y medio entera, pues había pasado tanto tiempo desde la última vez, que seguramente su vagina se había contraído hacia dentro, secándose espeluznantemente como una pasa.

Puso la mezcla del bizcocho de almendras en la amasadora y comenzó a preparar el relleno de vainilla. El olor de los ingredientes entremezclándose en el ambiente confería a Isabella tranquilidad y entusiasmo por lo que hacía, y usar las manos en la preparación era tan hipnótico y relajante que incluso a veces cerraba los ojos mientras sus manos se movían a su merced, fruto de la experiencia asimilada. Tal vez aquel encargo de última hora ya no resultaba tanto fastidio, pues crear postres deliciosos, que llenaran las barrigas de aquellos que los comieran, le producía más satisfacción que un orgasmo. Así era ella, desde entonces.

Encontró un refugio haciendo felices a los demás a costa de su propia

felicidad, pero hacer pasteles para ella significaba ser feliz, algo redundante y estúpido, pues no se podrían contar con los dedos de las manos de veinte personas las veces que había llorado en la soledad de su casa por sentirse tan sola.

Probó el relleno con el índice y el corazón le dio un vuelco por lo rico que estaba. Se sintió orgullosa y guardó la mezcla en el refrigerador. Dispuso la masa del bizcocho en tres moldes para tartas y lo metió en el horno. Mientras este se horneaba, empezó a elaborar delicadas flores de fondant de muchos colores. Dar forma a esa pasta azucarada la relajaba, y así estuvo durante una hora.

Sacó el bizcocho y comprobó con un palillo de madera que estuviera bien hecho por dentro. Lo posó sobre la encimera de mármol y dejó que se enfriara.

Le había sobrado masa de bizcocho suficiente para hacer una docena de pastelillos, nunca calculaba bien las cantidades, pero sabía sacarle buen provecho a su ridículo don matemático.

Sacó unos moldes redondos individuales y repartió la masa de manera equitativa con la ayuda de una lengua pastelera de silicona, luego los metió con delicadeza en el horno. Para Isabella crear un postre nuevo era un ritual lleno de amor y pasión, le gustaba tratar sus creaciones como si fueran hijos, pues eran parte de ella, aunque sonara tétrico imaginarlos gritando al primer bocado de un hambriento cliente. Recordó que había congelado una crema de avellana deliciosa con la que había rellenado unos *canollies* la semana anterior. La sacó del congelador y dejó que se descongelara mientras montaba la tarta de cumpleaños.

Mientras desmoldaba los tres bizcochos, pensó una posible combinación para esos pastelillos de crema de avellanas. Isabella era de las pocas personas que podía saborear en su mente cualquier mezcla de sabores, y decidió que la avellana y el chocolate eran una combinación demasiado clásica para lo que pretendía hacer, pero que debería incluirlo para no arriesgar demasiado.

Ya había terminado de montar los tres bizcochos, uno encima del otro, separados por una capa de crema de vainilla, sobre la base giratoria. Le encantaba la parte en la que haciendo girar el pastel sobre la base, allanaba con la espátula el resto del relleno a modo de glaseado. Para ella, era dar forma a su gran obra de arte, de la misma manera que un alfarero hacía con sus jarrones de barro, esperando el gran momento de verlo terminado. Con la manga pastelera fue dibujando filigranas alrededor del pastel y en la capa

superior del mismo, con el glaseado teñido de verde, simuló la hierba de un jardín inglés en primavera. Luego fue colocando las flores de fondant estratégicamente a un lado, para crear una cascada de flores hasta la parte inferior de la tarta.

Isabella la miró de lejos con los brazos cruzados y, deleitándose con su dulce creación, comprobó desde todos los ángulos que hubiera quedado perfecta. Su ojo clínico y perfeccionista le dio el aprobado y, tras hacerle varias fotos para Instagram, la guardó en el refrigerador.

Miró el reloj, eran las dos de la mañana. Los minipasteles ya se habían enfriado y no podía desaprovechar la crema que acababa de descongelar, así que se puso manos a la obra.

Desmoldó los bizcochos y los repartió de forma milimétrica en la isla central del obrador, empapándolos en un fino almíbar de violeta. Repartió la crema sobre cada uno de ellos y la dejó lo más lisa y uniforme que pudo. Derritió chocolate negro y lo extendió sobre una placa de metal que luego introdujo en el abatidor. En tan solo un minuto, aquel chocolate caliente se había convertido en una placa sólida y, con uno de los moldes que había utilizado antes, troqueló doce piezas perfectas de chocolate crujiente, luego las colocó sobre la crema de avellanas, y miró de nuevo los doce pastelillos, pensando en cómo acabar de rematar aquel abstracto postre. Finalmente, optó por la nata. La montó en un periquete a mano, podría haber utilizado el robot de cocina, pero, cuando creaba algo nuevo, le gustaba hacerlo con mimo.

Con una manga repartió la nata sobre cada uno de ellos, creando una cresta perfecta, como aquellos conos de helado italiano de máquina que tanto le gustaban de pequeña. Volvió a derretir chocolate, pero esta vez con leche, y cuando estuvo templado lo dejó caer sobre los pasteles, disfrutando de las diferentes formas que iba creando aquella cascada de chocolate sobre la nata.

Rápidamente fue metiendo cada uno de los pasteles en el abatidor para solidificarlos y, cuando estuvieron listos, les dio el último toque, colocando un corazón de galleta holandesa en cada uno de ellos. Era un postre demasiado monocromático para el propio gusto de Isabella pero, dentro de la austeridad, aprobó su nueva creación, y decidió llamarlo Amor Glasé.

Volvió a mirar el reloj, eran las cinco menos cuarto. Sabía que no podía poner a la venta un pastel sin haberlo probado antes, pero era demasiado tarde y podría hacerlo al día siguiente cuando abriera para entregar el pastel de cumpleaños. Metió los pasteles en el refrigerador y se marchó a casa satisfecha.



### 3

Cuando Isabella llegó a casa, ni tiempo le dio de quitarse la ropa y ponerse el pijama. Se dejó caer en el sofá, encendió la televisión y a los cinco minutos cayó en los brazos de Morfeo, con la sintonía de fondo de la serie *The Pretender*.

La mañana siguiente, se despertó sobresaltada y con un fuerte dolor en el cuello. Se masajeó la nuca y comprobó que llevaba la misma ropa del día anterior. Tras unos minutos de confusión, recordó que los clientes estarían a punto de poner un pie en la pastelería.

—¡Mierda, mierda, mierda! —farfullaba al tiempo que se ponía el abrigo, apagaba el televisor y cogía las llaves para salir pitando.

Corrió lo más rápido que pudo por las dos calles que separaban su casa de su establecimiento, un camino que hacía a pie cada día tranquilamente y que hoy se había convertido en un escenario propio de una carrera de San Silvestre. A pocos metros de la meta, tuvo que apoyarse en la pared para recobrar el aliento y mentalmente se recordó que debía hacer más ejercicio.

En la puerta no había nadie esperando, bien, porque se habían marchado al comprobar que la pastelería estaba cerrada, o bien, porque los clientes todavía no habían ido a recoger el pastel. Cruzó los dedos para que fuera la segunda opción.

Entró en el local haciendo tintinear el móvil de cuentas de la puerta. Entró en el obrador y se puso el delantal para adecentar un poco el desastre que había organizado durante la noche. Casi por instinto, levantó los brazos y se olió tímidamente las axilas, comprobando que, efectivamente, necesitaba una ducha. Estaba cansada y sucia, y el sofá de su casa junto a la mala postura le habían dejado las cervicales en rompan filas.

A la media hora de estar sacando brillo a las encimeras, escuchó la puerta.

—Salvada —se dijo a sí misma mientras se secaba las manos en el delantal antes de salir al mostrador.

—Buenos días —respondió una señora con el gesto serio y vestida de

riguroso luto.

—Buenos días, supongo que viene a recoger el pastel.

—Efectivamente —dijo sin inmutar el gesto.

—Espero que le guste. He elegido para ustedes una tarta clásica de vainilla y almendra...

—Disculpe —la interrumpió la señora de incorruptible gesto—, pero tengo un poco de prisa.

—Está usted disculpada, yo también tengo prisa por irme a disfrutar del domingo —dijo Isabella con un tono más que jocoso.

Sacó la preciosa tarta y se despidió de esta, como hacía cada vez que sacaba una de sus creaciones a la tienda.

—Espero que hagas felices a las personas que te van a zampar hoy, aunque tienes un gran reto por delante, la señora que te ha comprado tiene un carácter agrio. —Dicho esto, Isabella salió de obrador con una sonrisa.

—Aquí la tiene, ¿le gusta?

—Pero ¿qué tropelía es esta? —dijo la señora, abriendo los ojos de par en par y llevándose las manos a la boca. Parecía horrorizada e Isabella no entendía el porqué. La tarta era preciosa.

—Perdone, es una tarta de cumpleaños inspirada en el renacer de las flores, la primavera y la alegría de vivir.

—Es absolutamente una vergüenza —le repuso ella observando la creación de Isabella con cara de estupor—. Es la tarta para la recepción del sepelio de mi querido cuñado. A mi hermana Greta le va a dar un patatús si le llevo esto.

—Pero yo entendí que era un cumpleaños, le pido mil disculpas, y se me deja un momento puedo arreglarlo.

—¿Y cómo piensa usted hacer eso? Esta tarta tiene más colorines que una cabalgata de homosexuales.

—Pues... Quitando las flores y haciendo unas lapiditas con fondant, quizá así esté más acorde con el evento. Espere —le dijo, haciendo un gesto con la mano—, tengo algunos adornos de Halloween que pueden servirnos.

—¿Halloween? —dijo la señora con una voz de ultratumba capaz de espantar al vampiro más temido de toda Transilvania— ¿Me lo está diciendo en serio?

—Señora, disculpe, pero yo solo pretendo arreglar el malentendido. Además, la tarta sirve para cualquier celebración. ¿No se le ponen flores a los muertos?

—¡Quiero hablar con el encargado!—exigió la señora toda digna y dispuesta.

—Lo tiene delante. Yo soy la dueña, la encargada, la repostera, la limpiadora, la contable y la que está perdiendo la paciencia a pasos agigantados en este momento.

—Usted es la que me está haciendo perder la paciencia a mí y las ganas de recomendar este lugar a cualquiera de mis amigas.

—Si lo dice porque son todas unos vejstorios y puedo hacerme rica haciendo tartas para entierros, prefiero que no me recomiende —le repuso Isabella con rabia.

—¡Es usted una descarada!

—Y usted una vieja chocha que no merece probar algo tan delicioso como esta tarta. Además, está usted tan afligida por la muerte de su cuñado porque seguramente se lo estaba beneficiando.

A la señora le cambió el gesto y, acercándose al mostrador con ademanes de nerviosismo, le preguntó:

—¿Quién le ha dicho eso?

—Lo sabe la mitad del pueblo y, además, podría enterarse la otra mitad —le informó con firmeza. Aunque se lo acababa de inventar, sabía que había dado en el clavo.

—Me llevaré la tarta.

—Hace usted muy bien. Le recuerdo que los lunes horneamos bollos de canela y los miércoles pudding.

—Lo tendré en cuenta —dijo la mujer retirándose del mostrador.

En cuanto abandonó la pastelería, pidiéndole encarecidamente discreción y prometiendo recomendar sus pasteles, Isabella sintió unas ganas tremendas de matar a Dana. Era su amiga y la quería, pero esa muchacha escuchaba a veces lo que le daba la gana. Menos mal que el adulterio entre octogenarios se había puesto de moda y había salvado la reputación de su ya de por sí ruinosa pastelería.

Empezó a teclear en su móvil un mensaje para Dana, pero no le quedaban fuerzas para seguir discutiendo y mucho menos un domingo. Así que le pidió que abriera la pastelería el lunes y tan solo le adelantó que tendrían una conversación cuando ella llegara.

## 4

De camino a casa recordó que había olvidado probar los pastelillos que había preparado la noche anterior, pero las ganas de volver a su hogar y darse una ducha pudieron con las ganas de catar ese delicioso bocado.

El móvil sonó y, sin dejar de andar, lo desbloqueó y previsualizó el mensaje que acababa de recibir. Era Dana respondiendo «ok» a su petición. Aprovechó el momento para echar un vistazo a su banca *online*, pero un bulto en el suelo la hizo tropezar y lanzar el móvil unos metros más allá, estampándose finalmente contra el pavimento cuan larga era en un aparatoso estruendo.

—Lo siento, señorita —dijo una voz ronca y cascada. El bulto era un hombre.

—Tranquilo, ha sido culpa mía. No lo he visto.

—Eso es porque soy invisible para el resto de la sociedad desde hace tiempo —dijo aquel hombre.

Isabella sintió lástima por él, era un pobre vagabundo que no debía de tener más de cincuenta años, pero que, por las desavenencias de la vida, aparentaba más de setenta.

—No diga eso, de verdad iba distraída con el móvil y no lo he visto.

—Tranquila, me pasa mucho, incluso algún perro me ha orinado la espalda mientras dormía. Siento lo de su móvil.

—No lo sienta, tan solo es una cosa.

—Pero una cosa que significa mucho para usted al fin y al cabo.

—No lo crea, nadie me llama nunca, excepto mi madre para recordarme el fracaso en el que se ha convertido mi vida.

—Eso es porque no me conoce a mí —dijo esbozando una sonrisa.

—¿Puedo ofrecerle algo de comer?

—No, gracias, todos los vecinos de la zona me ofrecen comida y he desayunado muy bien esta mañana. Además, en esa bolsa tengo sopa caliente, pan y un plátano. Con eso me apaño todo el día.

—¿Prefiere algo de dinero?

—No, hija, ya con solo que me hayas dado conversación me siento en deuda contigo, y por tu cara deduzco que no has tenido un buen día.

—Hace tiempo que no tengo uno de esos.

—¿Qué te sucede? —se interesó el hombrecillo.

—Muchas cosas, pero le parecerían nimiedades comparado con el panorama que tiene usted.

—Cada uno siente importante lo que le pasa a sí mismo. Nadie puede arreglar los problemas mundiales, pero tal vez sí los suyos propios.

—Es posible —reconoció Isabella, encogiéndose de hombros, un poco incrédula de poder solucionar todos los problemas que tenía encima.

—¿Me dejas obsequiarte con algo?

—Oh, no, no podría aceptarlo.

—¿Por qué? Solo es una cosa —le dijo ironizando en respuesta a su anterior comentario.

—En ese caso, me gustaría saber lo que es.

El hombre apartó a un lado la manta roída con la que cubría sus piernas y sacó un diente de león.

—Si tan solo es eso creo que podré aceptarlo —dijo Isabella, cogiendo la frágil florecilla que le estaba entregando.

—No subestimes el valor de las cosas por su aspecto. Este diente de león tiene poderes mágicos que pueden transformar tu vida si sabes elegir el deseo adecuado.

—En ese caso, ¿por qué no lo utiliza usted? —quiso saber ella.

—Porque no lo necesito, que viva de esta forma no significa que no sea feliz —respondió con un gesto serio—. Creo que la forma en la que vives tú, si te está creando una infelicidad indigna.

—Es posible.

—Deja de repetir eso, y pide un deseo. Pero uno adecuado, si lo haces mal no servirá de nada.

—No creo que soplar este diente de león vaya a solucionarme la vida, pero si le hace ilusión, y por haberle pisado, lo haré.

—Cierra los ojos y piensa con todas tus fuerzas eso que tanto deseas y, en menos que canta un gallo, empezarás a notar cambios en tu vida.

Isabella no tenía ganas de rebatir más a aquel señor acerca de su escepticismo sobre ciertas cosas. Así que, cerró los ojos y pensó: «Tan solo quiero ser feliz». Después sopló con todas sus fuerzas, deshaciendo aquella florecilla en cientos de cipselas algodonosas que se fueron libres con el

viento.

—Bien hecho —le dijo el vagabundo.

—Gracias, pero no ha sido difícil.

—Las cosas más sencillas a veces son las más difíciles de creer.

—Es posible —le dijo a aquel filósofo sin techo.

—Es posible, es posible. Deja de repetir eso sin control de manera condicional. Y piensa firmemente que sí es posible —la reprendió, cansado de su actitud derrotista—. Ahora emprende tu camino y sigue con tu vida.

—Gracias, lo mismo digo —le respondió ella, empezando a caminar con la mente algo confusa.

—Buena suerte, Isabella. —Oyó tras de sí, cuando había avanzado un par de metros.

—¿Cómo sabe mi nombre? No recuerdo habérselo dicho...

Pero cuando se giró para dirigirse a él, el vagabundo había desaparecido. ¡Qué raro!, pensó mirando alrededor buscándolo, sin verlo por ningún lado.

## 5

El resto del domingo, Isabella decidió no darle demasiadas vueltas a las cosas. El suceso con el vagabundo filosfal (aquello parecía un posible título para una obra de J.K Rowling) la había dejado algo trastornada. Estaba segura de que no le había dicho su nombre, o quizá sí, y simplemente no lo recordaba. Lo único que estaba claro, es que ese señor tenía el poder de la supervelocidad como Flash.

El lunes por la mañana, se despertó a eso de las doce del medio día. Hacía tiempo que no dormía de aquella manera, se sentía realmente descansada. Con toda la parsimonia del mundo, se preparó un café y revisó la prensa local en su portátil. Nunca pasaba nada en Painswick. Se trataba de un pequeño pueblo y todo eran noticias banales y sin importancia. Pero en la sección de decesos, aparecía una foto de la viuda del señor Parker junto a su hermana, que reconoció al instante. Ambas estaban posando con el gesto contrariado por la pérdida frente a su tarta floral.

En el pie de foto ponía: «La señora Parker y su hermana Katty eligieron una fantástica tarta del negocio local Isa Deli. Una oda a la maravillosa vida que vivió Brandon Parker junto a su amada esposa».

Vaya, la tal Katty se había tomado muy en serio eso de que Isabella fuera contando chismes a sus clientes sobre qué clase de hermana era. No es que ella se lo hubiera insinuado abiertamente, pero sin duda eso le había dado a entender.

Desde luego era una excelente publicidad para su pastelería, aunque fuera a costa del fallecimiento del pobre señor Parker. Maravilloso esposo y mejor amante de la hermana de su mujer.

Antes de pasar por la pastelería para sustituir a Dana en el turno de la tarde, sacó su tarjeta *sim* del maltrecho móvil y se dirigió a comprar uno nuevo. No podía permitirse estar incomunicada, aunque solo recibiera los mensajes y llamadas de su adorada madre, y algún que otro chiste en el grupo de antiguos alumnos de su colegio. Necesitaba poder comunicarse con los

proveedores y clientes *online*. No tenía una web en sí, pero varios ancianos la llamaban para hacer pedidos de magdalenas una vez por semana, e Isabella se las llevaba a su casa sin ningún cargo extra. Era la proveedora de los pobres desdentados y base de su alimentación semanal de carbohidratos.

—Isabella, no te vas a creer lo que... —dijo Dana nada más verla entrar por la puerta, pero Isabella la cortó en seco, no había olvidado lo enfadada que estaba con ella por lo de la tarta.

—Escúchame bien. —La cogió por el brazo y la metió en el obrador—. Da gracias por que el domingo no fui a buscarte a tu casa y te arranqué los pelos con un pelapatatas.

—¿Por qué habrías de hacer tal cosa? —Dana no daba crédito a lo que estaba diciendo su amiga.

—Me dijiste que la tarta era para un cumpleaños y era para un entierro —le recriminó, mirándola con dureza.

—¿Quién come tarta en un entierro? —preguntó Dana bufando y desviando la mirada al suelo.

—Pues los Parker, por ejemplo.

—¿Y quiénes son esos?

—Pues tú sabrás, te encargaron la tarta a ti.

—¡¿A mí?! No, creo que te equivocas.

—No me equivoco. La hermana de la viuda vino personalmente a por la tarta el domingo y casi le da un soplo al corazón cuando le presenté la tarta multicolor con mi discursito de que era una oda a la alegría de vivir. ¡La tarta era en honor a un fiambre!

Dana no pudo reprimir las ganas de reír y explotó ante la mirada incrédula de Isabella.

—¿Cómo puedes reírte de algo así? Fue realmente horrible.

—Me río porque no ha sido por mi culpa. Mira —dijo cogiendo dos papeles de comanda del corcho—. Esta es mi nota. «Tarta de cumpleaños de chocolate para Steve, ocho años, domingo a las diez». De mi puño y letra. Además, conozco a Amanda, la madre del niño, y fue ella quien me la pidió.

—¿Y esa otra nota?

—Esta otra, está escrita con tu letra —dijo esto último con vehemencia—. «Recepción muerto, domingo a la una».

—Imposible, eso es imposible. Nunca cojo pedidos para los domingos.

—Te apiadaste del pobre fiambre y no te acuerdas.

—¿Tú lo sabías y no me dijiste nada?

—No lo sabía. Cogerías la nota alguna tarde y la pegaste ahí como haces siempre.

—Pues no hice la tarta de cumpleaños y llegué a las doce a la pastelería de milagro, lo siento por tu amiga Amanda.

—He dicho que la conozco, no que sea mi amiga, y ya lo sé. Ha venido esta mañana hecha una furia y he tenido que decirle que estabas enferma y no pudimos avisarla porque el móvil se te había roto.

—Pues mira por donde, eso es cierto. Acabo de comprar otro —dijo, mostrándole su nuevo teléfono al que todavía no había quitado el plástico protector.

—Isabella, no te enfades, pero últimamente no te veo muy bien.

—Solo es una mala racha, pero se me pasará —dijo, repasando la nota del pastel de muerto, intentando recordar cuándo había tomado la nota. Aunque si habían enterrado al señor Parker el día anterior, debía haberla tomado el viernes por la tarde a última hora.

—Por cierto. Los pasteles nuevos que he encontrado en el frigo esta mañana han volado.

—¿Qué pasteles?

—No me digas que ahora vienes sonámbula por la noche y te pones a cocinar a lo Jamie Oliver zombi.

Isabella fue rápidamente hasta el refrigerador y abrió la puerta.

—¡Mierda! ¿Dónde están?

—Ya te lo he dicho, vendidos. Estás muy rara, Isabella, ¿seguro que no has tomado nada raro este fin de semana?

—No los había probado, no sé cómo saben, no he supervisado esa mezcla de sabores, ni cómo es su textura en boca, yo... Yo... —Isabella comenzó a hiperventilar y Dana le acercó una silla para que se sentara.

—Isabella, respira despacio, relájate. ¿Por qué crees que se han vendido tan rápido? Eso es porque estaban deliciosos. Esta mañana, después del desagradable encuentro con Amanda, han entrado dos señoras estiradas. Según una de ellas recomendada por una tal Katty Wilson. Han pedido un té y les he ofrecido el pastel más fresco que teníamos, y ambas han dicho que estaba delicioso. Se han ido de aquí muy contentas y riéndose de no sé qué cosa. Les ha cambiado el humor de repente. Y justo a la hora, han venido otras tres, y después cuatro más que se han llevado los siete restantes para deleitar, palabras textuales, a sus invitadas del club de lectura.

—¿Y si se intoxican? ¿Y si les sientan mal?

—Pero ¿con qué los has hecho? ¿Con matarratas? —Dana soltó una carcajada.

—No, ¿por quién me tomas?

—Pues deja de decir sandeces y ponte manos a la obra. Necesitamos treinta más de esos, porque ha venido más gente a por ellos y no ha habido manera de convencerlos de que se llevaran tartaletas de frutas. Volverán esta tarde a por su dosis de azúcar, nunca había visto tanto yonqui junto.

—¿Me lo estás diciendo en serio? —Isabella no podía creer lo que le estaba contando su amiga con tanto entusiasmo.

—Es lo que quería decirte cuando has entrado por la puerta. Te he llamado mil veces esta mañana, pero no me daba señal, ahora ya sé por qué, pero ¿cómo se ha roto tu móvil?

—Es una larga historia que ya te contaré, ahora necesito que me ayudes a hacer todos esos pastelitos, ¿puedes?

—¿Te he dicho yo alguna vez que no a algo? —le preguntó Dana poniendo los ojos en blanco para dar dramatismo al momento superamiga.

—Sí —le respondió Isabella, rompiendo la magia del momento.

—Vale, pero hoy no será uno de esos días.

—Así me gusta, pongámonos manos a la obra —dijo Isabella, levantándose de un brinco de la silla y recordando aquellas sabias palabras que le había dicho el vagabundo filósofo: «Nadie puede arreglar los problemas mundiales, pero tal vez sí los suyos propios».

## 6

Las dos amigas estuvieron cuatro horas preparando los treinta pastelitos, que Dana aseguró que iban a volar esa misma tarde, aunque Isabella dudaba mucho de que pudiera vender cuarenta y dos piezas en un solo día, cuando tan solo había conseguido colocar como máximo diez en un día bueno en el Isa Deli.

Se aseguró de congelar una buena cantidad de masa de bizcocho y crema de avellanas para los días venideros, así como preparar tres placas grandes de chocolate crujiente que se solidificaría solo sin necesidad de usar el abatidor.

A las seis y media de la tarde y con una cola considerable de yonquis del azúcar en la puerta, término con el que había bautizado Dana a los clientes, sacó una primera remesa de quince, que desaparecieron en menos de veinte minutos. Algunos los pedían para llevar y otros se los comían en el momento. En una hora, los treinta Amor glasé habían desaparecido, dejando descontentos a diez clientes que habían hecho la reglamentaria cola, pero a los que prometió contentar al día siguiente, dejando anotada de antemano la reserva que ascendía a otros treinta pastelillos.

—Gracias, Dana, sin tu ayuda esto no hubiera sido posible.

—Es un placer, además, da gusto trabajar intensamente por primera vez en el Isa Deli —dijo cerrando la puerta con llave para que nadie más pudiera entrar al establecimiento.

—Estoy contenta, pero por otra parte desconcertada.

—Pues olvídate del desconcierto y céntrate en ese pastel al que le has puesto ese nombre tan cursi. Mañana necesitamos el doble. Ya nos han reservado treinta y seguramente venderemos más.

—No es cursi, es un nombre muy bonito.

—Lo bonito sería que tuvieras amor palpable en tu vida, y, con palpable, ya sabes a qué me refiero.

—No seas cochina, además, el amor tiene muchas formas, por ejemplo forma de pastel.

—Pastel al que has hecho algún conjuro, en otra época te hubieran

quemado en la hoguera.

—No hay tal conjuro, tú misma los has preparado conmigo. ¿Acaso tengo yo pinta de Mago Dynamo?

—Si te dejas perilla, igual sí. —Rio Dana tras sacarle la lengua burlona.

—Anda, vete a casa. Yo recogeré todo esto. Gracias de nuevo.

—No me las des, sabes que me cobraré estas horas extras.

—Lo sé, eres una amiga ejemplar.

—Ahí no te quito la razón, soy un fantástico ejemplar —afirmó, dándose una palmada en el trasero que hizo reír a Isabella.

En cuanto Dana se marchó, limpió la pastelería de cabo a rabo y guardó los pasteles y bollitos sobrantes en el refrigerador para el día siguiente, luego se puso manos a la obra en el obrador. Tenía que dejar listos no solo aquellos Amor glasé que les habían encargado, sino otra tanda más por si persistía aquel éxito abrumador que habían provocado, además del resto del género que habitualmente tenía en los expositores. Todavía no podía creérselo, estaba muy feliz, desde que abrió la pastelería nunca la había visto tan llena, ni tampoco la caja. Si la cosa seguía así podía decir adiós a todas sus penurias económicas y darle un bofetón (imaginario) a su madre en toda la cara y que le diera vueltas la cabeza durante una semana.

Como la tarde anterior, sacó los ingredientes necesarios para la elaboración de sus deliciosas creaciones y dejó descongelar sobre la encimera las masas de bizcocho y crema que había congelado horas antes. Por unos segundos, se detuvo a observarlas con la cabeza ladeada. ¿Qué tenían esos pastelillos para provocar tal fervor? Todavía no los había probado y debía hacerlo, porque tenían que estar deliciosos, tal y como aseguraban los fervientes clientes que habían hecho una larga cola para hacerse con un ejemplar.

Al igual que siempre le pasaba, las horas comenzaron a fluir mientras la relajación y el entusiasmo por su profesión se cebaban de sus manos y su alma, sin embargo para Isabella era como si el tiempo se detuviera en un instante de completa felicidad. No podía evitar sonreír.

En tres horas tuvo terminada la remesa de pastelillos y bollos que pondría a la venta a primera hora del día siguiente. Tras eso se lavó las manos, se quitó el delantal y la cofia. Antes de marcharse abrió el refrigerador y cogió un Amor glasé y se lo llevó a la boca. El primer bocado fue cuidadoso, su boca degustó con ganas la capa de chocolate fundido y algo de bizcocho, el segundo se llevó por delante gran parte de bizcocho, crema de avellana y un

toque de violetas, y cerró los ojos, entusiasmada. Estaba tan rico que las papilas empezaron a tintinearle en la lengua, excitadas y deseosas de seguir asimilando aquella mezcolanza de sabores tan embriagadores. No sabía qué tenía aquella mezcla (en realidad, sí lo sabía), pero no entendía cómo aquella combinación tan sencilla podía ser tan abrumadora para el sentido del gusto. Prácticamente lo devoró, tras aquel segundo mordisco, no pudo parar hasta que no fue más que un resto de migas en la palma de su mano. Tuvo que hacer un esfuerzo titánico por no abrir de nuevo el refrigerador y coger otro para zampárselo de un bocado. Abrumada con esa sensación, salió del obrador, apagó las luces y abandonó su pastelería.

Con una sonrisa en los labios, tan enorme que podría darle la vuelta a la cabeza, descubrió un maravilloso cielo estrellado cubriendo la noche de Painswick. Nunca lo había visto así de brillante, parecía añil, en lugar de azul, y las estrellas refulgían chisporroteando en torno a una luna llena que, de tan enorme, parecía dormir recostada sobre los tejados de las casas que tenía delante. Tuvo que detenerse para absorber tal belleza. Era mágica e hipnótica. De pronto sintió unos grandes deseos de bailar, pero no sabía por qué, simplemente estaba henchida de dicha. Y eso hizo, tras comprobar que no había nadie en la calle que pudiera verla. Extendió los brazos y comenzó a mecerse al son del sonido de la fresca brisa que revolvió perezosa las hojas de los árboles de la calle, sus pies levitaron, ascendiendo entre las moléculas de aire y contradiciendo cualquier ley gravitatoria, y a escasos centímetros del suelo comenzaron a moverse, guiados por una música que no parecía provenir de ningún lugar salvo de su propia cabeza, pero que sonaba con tal intensidad que sintió la indiscutible necesidad de bailar una especie de vals solitario, pero Isabella no se sentía sola, o al menos no sola y triste, como era su tónica ya habitual desde entonces, sino sola y acompañada por sí misma, y eso, aunque no sea algo muy lógico, lo era para ella en ese momento. En medio de aquel baile, en el que su cabeza se mecía sedosa, un papel de grandes dimensiones se le estampó de golpe en la cara. No pudo evitar pensar que tanta dicha debía tener un fin y allí estaba, la realidad golpeándole en la cara.

Necesitaba respirar, sus pies tocaron tierra mientras retiraba el papel, pero entonces vio que había algo escrito y lo leyó: «Agárralo al vuelo, el amor está en el aire». De nuevo, sus comisuras se izaron buscando los dos hoyuelos que se le formaban en las mejillas cuando sonreía, y sus pies aletearon livianos volviendo a despegar. Con aquel papel y bonito mensaje en la mano inició otra vez su solitaria danza recorriendo la calle de su pastelería.

Nada de lo que estaba sucediendo era explicable, excepto si has ingerido una cantidad ingente de alucinógenos, pero no era el caso, aquello era solo producto de las sustancias químicas liberadas por su cerebro, unas endorfinas maravillosas que la estaban haciendo volar como una hoja llevada por el viento, y así fue como llegó hasta su casa, sin apenas ser consciente de haber dado un solo paso tocando el suelo. Nada más atravesar el umbral, se liberó de la ropa del día y se metió en la cama. Tras cerrar los párpados, un sueño tranquilo y reconfortante pareció acunarla en sus brazos hasta la mañana siguiente.

## 7

Aun sonriendo (y a juzgar por el dolor de sus carrillos entumecidos, pues no había dejado de hacerlo ni un solo segundo mientras dormía a pierna suelta), se incorporó y abrió los ojos. Los rayos de luz brillante del sol de un nuevo día parecían danzar con los visillos de la ventana de su dormitorio. Se levantó y se dio una ducha, tras secarse el pelo y maquillarse levemente, se vistió con unos vaqueros, una sudadera y unas Converse blancas, y tomó rumbo a su pastelería.

Al girar la esquina que daba a la calle donde estaba Isa Deli, el tintineo de las llaves paró en sus manos, había andando todo el trecho, haciéndolas girar en sus dedos y aquel sonido metálico había acompañado los pequeños brincos que por su cuenta daban sus pies. Se detuvo. Aquello no podía ser. A ver, había soñado con ver esa imagen (y no solo durmiendo) infinitas veces y de pronto se había cristalizado en una estampa real. En la puerta de su pastelería había como diez vecinos de Painswick haciendo cola, hablando entre sí sonrientes, como si todos ellos fueran grandes amigos, e Isabella sabía de buena tinta que aquello no era verdad. La verdad era muy distinta.

El señor Adams no hacía más de una semana que había denunciado a la señora Curtis, porque su perro había mordido al suyo y la disputa había sido tan sonada que hasta en la radio local se había hecho eco de la misma. Sin embargo, ahora estaban conversando como si fueran los vecinos mejor avenidos del mundo. Increíble. A su lado, la mujer y cuñada del recién fallecido señor Parker reían como gallinas cluecas ante algo que había pronunciado el señor Stevenson y que, sonrisa en boca (algo tan imposible de ver como el monstruo del lago Ness), les mostraba alguna cosa que tenía en las manos. Aquello era raro, raro, raro, pero no tanto, como la fuerza antigravitatoria que parecían albergar sus pies, que la llevaron como deslizándose (más o menos como en los corredores automáticos de los aeropuertos) hasta la puerta de su establecimiento.

Al llegar, fue recibida por una cantidad inusual de sonrisas y «buenos días, Isabella», y poco faltó para que le hicieran un paseíllo. Isabella no podía

estar más sorprendida, algunas de esas personas ni movían los ojos cuando se las cruzaba por las calles del pueblo, y ahora parecían encontrar en su presencia la aparición de una virgen (ella no era virgen, pero estaba a un paso de reconvertirse) recién hallada entre las ruinas de un viejo caserón.

Levantó la reja metálica y, al abrir la puerta, aquellos clientes llenos de ansia se colaron sorteando su cuerpo dentro del establecimiento. Seguía sin dar crédito a semejante fervor repentino, pero se encogió de hombros y entró dándoles los buenos días de nuevo.

—Queremos... —dijo Katty, alias «roba maridos».

—Pastelitos, y más concretamente Amor glasé, ¿me equivoco? —preguntó Isabella.

—No te equivocas, muchacha —respondió, cruzándose de brazos haciendo elevar sus rotundos pechos.

—Si me dan un minuto sacaré una bandejita —les dijo con su mejor sonrisa.

Dejó el bolso en el perchero viejo, que había rescatado de un contenedor y restaurado ella misma en estilo decapado, y se ató el delantal. Dentro del refrigerador, esperaban brillantes y perfectos, treinta pastelitos, y en la balda de abajo otros treinta más para no quedarse corta ese día. Con cuidado, aquello pesaba lo suyo, sacó la gran bandeja metálica y les dedicó uno de sus habituales discursitos de despedida, y sonrió al recordar el placer que ella misma había experimentado cuando degustó una de sus dulces creaciones. ¿Sería verdad que tenían algo mágico que estaba cambiando el humor de todo aquel vecino que lo degustara? Isabella no lo sabía, lo único que tenía claro era que esa receta improvisada había cambiado el rumbo de su negocio, y ese hecho la tenía henchida de orgullo.

—Isabella, ¿no tenemos todo el día! —gritó alguien.

—Venga, bonitos, salgamos ya o el señor Adams es capaz de saltar el mostrador y destrozarnos la pastelería —le dijo en voz baja mientras salía del obrador.

—Por fin, hija mía, nos tenías a todos en un ¡ay! —dijo la viuda, propinando un sonoro suspiro tras la última palabra.

En un momento, a mano de esas diez personas desesperadas por llevarse su tesoro envuelto en papel ceroso, quince pastelitos dijeron adiós para siempre al Isa Deli. Justo cuando el último cliente salía por la puerta con la cara desencajada a lo Gollum, Dana hizo su aparición esa mañana.

—Como verás me he tomado la libertad de venir más tarde —dijo, antes

de que Isabella pudiera darle los buenos días.

—Me parece genial, pero cámbiate rápido, yo tengo que meterme ahí adentro a seguir preparando «droga dura».

—¿Ahora también nos dedicamos al narcotráfico? —le preguntó su amiga, aunque sabía perfectamente que se refería a los famosos pasteles.

—Llámame loca, pero realmente creo que esa combinación de sabores ejerce sobre las personas el mismo efecto que el Prozac.

—Eso habría que estudiarlo, no creo que en los excipientes de esa pastilla esté incluida la avellana y el cacao, pero vete tú a saber —dijo Dana, poniendo los ojos en blanco.

—O igual... Son mis manos. —Isabella se quedó ensimismada, mirándose primero las palmas y luego el dorso de las manos.

—Déjame ver. —Dana agarró la cara de su amiga y la inspeccionó detenidamente—. Pues sí, parece que te está saliendo pelusilla.

—Quita. —La apartó de un manotazo—. No te burles de mí, ya sé que no soy una maga.

—Mago —la corrigió Dana riendo.

—Ni eso tampoco —claudicó mientras entraba en el obrador, apartando la cortina de tela con dramatismo.

## 8

El carácter precavido de Isabella, la salvó de perder un buen puñado de libras ese día. Mientras Dana atendía el flujo constante de clientes (contó una media de cuatro cada dos minutos), Isabella se había encargado de preparar más Amor glasé. Se había convertido en una máquina de alta producción, con todo milimetrado al dedillo. Horneaba, enfriaba, volvía a hornear, y así sucesivamente hasta que tuvo que apilar las bases de bizcocho de almendras, como si estuviera jugando a la Jenga. Después disponía en la isla central tantos bizcochos cupiesen y los iba empapando de almíbar de violeta con una botellita dosificadora. Extendía crema de avellana, ponía capa de chocolate crujiente y, con un sifón de nata (pasó olímpicamente de batirla a mano), iba coronando el pastel a la misma velocidad que aquel vagabundo había desaparecido de su vista. ¿Quién sería aquel hombre? Ni siquiera sabía cómo se llamaba. Isabella disipó ese pensamiento negando con la cabeza, no podía distraerse.

Donde más se recreaba era en cubrirlos de chocolate fundido. Le gustaba que quedaran armoniosos y un exceso de cacao hubiera estropeado el impacto visual del postre. Eran pequeños picos rocosos cubiertos de nieve, pero a la inversa.

Las manos le dolían, nunca había trabajado tanto con ellas, y pensó que, si la cosa seguía de aquella manera, tendría que contratar a alguien.

—Isabella, ¿te queda mucho? Tengo miedo, la pastelería parece el reparto de *The walking dead*, versión diabéticos —dijo Dana, entrando apresuradamente y mirando a sus espaldas por si alguien la había seguido.

—Ofréceles otra cosa. Estoy terminando otros veinte.

—No quieren otra cosa. Un señor me ha lanzado un *jam roly-poly* a la cara.

—Pues que esperen, yo solo tengo dos manos —le contestó, haciendo girar sus manos en el aire.

—Déjame que te ayude. —Dana intentó colocar una de las decoraciones de galleta en un pastelito, pero Isabella la detuvo con de un manotazo.

—¡No!

—¿No?! —preguntó, incrédula.

—Tiene que estar perfecto y a ti te tiembla el pulso.

—¿Y a qué esperas? Este lugar se ha convertido en la franja de Gaza.

—Anda, saca esos diez y amansa a las fieras.

—Vas a tener que subirme el sueldo y pagarme un curso de domadora de fieras —rio Dana mientras volvía a la tienda, contoneando su coleta rubia como un péndulo.

Ciento cincuenta Amor glasé llenaron la caja ese día. Isabella contó el dinero tres veces y separó una parte para pagar algunas facturas. Dana la observaba con la cara apoyada en una de sus manos.

—Venga, ahora dime, ¿qué narices llevan esos pastelitos? Nunca había visto un fenómeno semejante.

—Ya sabes lo que llevan. No entiendo a qué viene esa pregunta —le dijo Isabella a su amiga, mientras contaba el dinero una cuarta vez.

—No has pensado en que el azúcar no sea azúcar... —Dana levantó varias veces sus cejas.

—¿Y qué va a ser si no?

—Coca, speed, ketamina. Se me ocurren muchos polvos blancos que podrían confundirse con azúcar glas.

—¡Claro! Y lo compro a treinta y un penique la libra —ironizó abriendo los ojos a más no poder.

—Igual eres Paula Escobar sin saberlo. ¿Tú has probado ese azúcar? Igual ha venido adulterado de la refinadora.

—¿Qué insinúas?

—Insinúo que deberíamos probarlo.

—¡Me niego a esnifar azúcar! —exclamó Isabella, negando con la cabeza.

—Nadie te ha dicho que te metas un tiritito. Podemos ponerlo en la encía y ver si se nos duerme. La policía hace esas cosas en las películas.

—¿De verdad crees que puede pasar algo así en una fábrica de azúcar?

—En esta vida te puede pasar cualquier cosa. Un primo de mi primo segundo se encontró un pulgar en una lata de judías con tomate.

—Eso es una leyenda urbana —comentó Isabella, rodando los ojos.

—Te digo que no. Le dieron un dineral y ahora se pasea por las calles de Brighton en un Rolls Royce, y se comenta que tira billetes de cinco libras por la ventanilla y la gente se mata por cogerlos. Le llaman Gold Finger.

—¿Como la película de James Bond? —rio Isabella.

—Más o menos, pero ese tío no tiene la cara y el cuerpo de Pierce Brosnan.

—Me estás haciendo dudar... —Isabella no creía posible que el azúcar estuviera adulterado con droga, pero el entusiasmo que estaba poniendo su amiga y la extraña circunstancia de lo que estaba pasando con ese postre en concreto la estaban poniendo en tela de juicio.

—Venga, una chupadita —la animó Dana que, adelantándose a los pensamientos de su amiga, ya había introducido el dedo índice en el saco de azúcar.

—Vale, pero solo una, a ver si va a ser verdad y nos vamos a viciar.

—A la de tres, ¿ok? —Isabella asintió—. Una, dos y tres.

Dana se embadurnó la encía superior haciendo un frotis a lo policía federal del narcotráfico e Isabella tan solo chupó el polvillo con la punta de la lengua. Ambas esperaron unos segundos para ver si aquello les producía algún efecto sospechoso.

—¿Qué tal? —preguntó Isabella, mirando fijamente a su amiga, quien se la había jugado a lo grande.

—Sabe a azúcar —dijo repasándose la boca con la lengua.

—Claro, ¿es que es azúcar!

—Y no noto la encía dormida. Creo que el producto es puro.

—¿El azúcar o la coca? —preguntó Isabella, a la que aquel término de «puro» le sonaba a películas de narcotráfico.

—El azúcar. No te emociones.

—No me emociono. No pensaba venderlo en bolsitas si es lo que estabas insinuando. Además, la que más parece saber de drogas aquí eres tú.

—¡Por la tele! O ¿acaso me has visto irme de juerga con Kate Moss y Amy Winehouse alguna vez?

—Bueno, dejemos el tema. Es muy tarde y mañana nos espera otro día duro. Sabes que hemos recibido trece llamadas encargando pastelitos. Una en concreto desde Stroud. —Arqueó las cejas, impresionada.

—Esto se expande amiga, esto se expande —dijo Dana, dándole unas palmaditas en la espalda, después de coger su bolso del perchero.

## 9

Y tanto que se extendió, los siguientes días en Isa Deli fueron una locura muy lucrativa. No paraban de gotear clientes desde apertura a cierre, algunos compraban los pastelillos para llevar, pero otros los consumían en las cuatro mesitas redondas y pequeñas (de estilo parisino) que había dispuesto en la pastelería, en las que nunca se llegaba a enfriar el asiento, pues era un no parar de recibir traseros. A Dana no le daba la vida para atender la tienda y las mesas, e Isabella había tratado de automatizar al máximo el proceso de producción con sus herramientas del obrador, pero, aun así, no era capaz de elaborar más de trescientos en una jornada, y esa cantidad era insuficiente para abastecer la demanda creciente. Los clientes ya no solo eran los habitantes de Painswick, cuya población se limitaba a unos tres mil, ahora venían también desde los pueblos vecinos, ya que se había extendido la voz de que en Isa Deli se vendían unos pastelillos capaces de henchir de felicidad a quien tuviera el placer de comerlos.

El mediodía del martes de la semana siguiente se había formado tal cola que esta daba la vuelta a la manzana e Isabella, pese a la alegría que la embargaba esos días, bufó un poco angustiada viendo que no iban a poder servirla y que muchas de esas personas iban a quedarse sin su preciado botín.

—¡No puedo más! —dijo Dana, entrando en el obrador a por otro arsenal de Amor glasé—. Se me están borrando las huellas dactilares de tanto usar las manos.

—¿De contar billetes? —Isabella arqueó una ceja, sonriendo.

—De eso también, espero un plus por todo esto. Llevo tal ajeteo que hasta me están saliendo músculos —comentó, levantando unas pesas imaginarias.

—Exagerada.

—Sí... Sí, exagerada, me voy a poner como Popeye.

—Pues yo seré tu Olivia —rio Isabella, quien también había perdido algo de peso en los últimos días, debido a las palizas que se daba en el obrador—. Anda, sal. Los zombis te reclaman. Luego hablamos de ese plus —añadió,

terminando de coronar de crestas de chocolate el pastelillo que hacía cien de aquella mañana.

Dana rodó los ojos y salió cargada con una bandeja, que fue recibida con una ovación y un mar de aplausos en la tienda.

—Ya están aquí, no se me exalten. Las manos quietas, señora Curtis. Hay para todos. Haya paz, haya paz. —La escuchó gritar a los parroquianos enardecidos.

Eran yonquis, pero yonquis, yonquis de verdad. Esas personas habían vuelto día tras día a por su ración y ya era habitual para Isabella encontrarse al abrir una cola de tal magnitud, que parecía la que se formaba el primer día de rebajas de Marks & Spencer antes de la era de la venta *online*.

Enzarzada hasta la orejas en la preparación de la siguiente remesa de Amor Glasés, sonrió e hizo cuentas. La cosa iba sobre ruedas y esa misma mañana había puesto un anuncio en la puerta de «Se busca ayudante». Necesitaba más manos, aunque solo fuera de forma eventual, pues tampoco sabía hasta cuándo duraría el fenómeno, ya bautizado a nivel local como «Deliciosa Adicción». Los pasteles causaban furor en todo aquel que los probase y entendía perfectamente el porqué. Tenían un don, eran mágicos. Generaban felicidad al instante y una forma distorsionada y maravillosa de vivir la realidad.

—Isabella, te buscan —dijo Dana, asomando la cabeza al obrador, una hora después.

—No puedo atender a nadie en este momento. ¿No ves que estoy hasta arriba?

—No es «nadie», es la policía. —Dana puso cara de circunstancias.

—¿La policía? ¿Y qué quiere?

—No sé. Han preguntado por la dueña.

Isabella se limpió las manos en el delantal y salió a la tienda. Dos policías locales estaban plantados frente al mostrador. A uno de ellos lo conocía, John Davis, un antiguo compañero de la escuela, pero al otro no. El otro era nuevo y nunca lo había visto. Le pareció muy guapo, alto, rubio, complexión fuerte y con un mentón digno de mención.

—Soy Isabella, la dueña. ¿Qué desean de mí? —preguntó en tono serio y pensando que ya le gustaría que el rubio deseara algo de ella más allá de un asunto policial.

John sonrió, cosa que la relajó sobremanera.

—Buenos días, Isabella.

—Buenos días, John —le respondió y acto seguido posó la mirada en su colega, que mantuvo el gesto sobrio de quien representa la ley y el orden con todo el aplomo de su ser—. Dime, ¿qué ocurre?

—Tu negocio está suponiendo un claro conflicto de orden en el pueblo.

—¿Y eso por qué? —se sorprendió. No esperaba que la sensación que provocasen sus pastelillos supusiera ningún peligro.

—Has generado una cola que está invadiendo la calle del ayuntamiento.

—¿Cómo?! —se sorprendió aún más.

—La cola está dificultando el orden de la circulación de transeúntes y tráfico de vehículos.

—Pero ¿qué dices, John Davis?!

—¿Has visto la cola?

—Sí... Pero...

—Pero nada. Tienes que poner algún medio para solventar la situación.

—Es algo puntual. No creo que sea necesario llegar a ese extremo.

—Necesitamos que lo soluciones.

—¿Y cómo? No puedo evitar esa cola.

—Pues deja de hacer eso que la está provocando.

—Pero es mi negocio, mi sustento —farfulló, de pronto malhumorada. La cosa se estaba saliendo de madre.

—Tú verás lo que haces. Si no lo solucionas nos veremos obligados a tomar medidas.

—¿Qué clase de medidas, Johnny?! —intervino Dana, que había dejado de atender la clientela para escuchar la conversación.

—Dana, no me llames Johnny, estoy de servicio.

—Me da igual, siempre has sido Johnny y siempre lo serás. Dejad en paz a la gente buena, que se dedica a currar y ganarse honradamente la vida y dedicaos a perseguir a los ladrones de ovejas que rondan la ganadería del señor Beckham. Eso sí es un problema de verdad y no esa ridícula cola de la que hablas.

—Estás faltándole el respeto a la autoridad. —John se cruzó de brazos y le lanzó una mirada de advertencia.

—Tranquilizaos —terció Isabella, dirigiéndole una mirada fugaz al policía rubio, que no había abierto la boca en ningún momento—. Veré qué puedo hacer —añadió, conciliadora.

—¿Y a qué se debe? —habló ahora él, provocando un estremecimiento con su voz ronca y varonil en las carnes de Isabella.

—¿El qué? —Lo miró directamente, pensando que esos ojos azules no podían pertenecer a este mundo.

—¿La cola?

—¿Pues a qué va a ser? —intervino de nuevo Dana, exaltada.

—Tranquilízate, Dana —le pidió Isabella—. Es por nuestros nuevos pasteles, Amor glasé. Son *top trending* en Painswick y alrededores. Todo el mundo quiere probarlos.

—¿Toda esa cola por unos pasteles? —dijo con desdén el rubio.

—¿Perdona? No son solo unos pasteles, son una deliciosa adicción —respondió Dana, todavía engrescada.

—¡¿Cómo?! —La miró, estupefacto.

—¿Estás insinuando que esos pasteles son adictivos? —preguntó John con voz de sospecha.

—No del modo que tú insinúas, Johnny —le repuso ella, alzando la barbilla.

—Deberíamos llevarnos uno y hacerle unas analíticas —le comentó el rubio a John, que asintió. Luego dijo:

—Dame uno de esos Amor Glasé.

—Tendrás que ponerte a la cola —dijo Dana, muy ufana.

—No estoy aquí en calidad de cliente, es para una prueba policial.

—Policial o lo que tú quieras, pero la prueba policial la vas a pagar, como todos los presentes.

Al decir aquello, los clientes, expectantes a la resolución de aquella disputa, alzaron sus voces, reclamándoles que guardaran su vez y que si querían pasteles los pagaran como hacían todos. Isabella ocultó una sonrisa tras la mano y miró a Dana que reía a carcajadas.

—Dana, dales un pastel a John y a su colega. —Lo miró de nuevo con una sonrisa, y añadió—: O mejor, dales tres, uno para la prueba policial y los otros dos para consumo personal, y no se los cobres, son regalo de la casa.

—No podemos aceptar sobornos —le repuso el rubio, manteniéndole la mirada.

—No es un soborno, es un regalo.

# 10

Eran las diez de la noche cuando Isabella salió de la pastelería tras un duro día de trabajo. Mientras limpiaba lo mejor que podía el obrador, había estado dándole vueltas a aquello que le había dicho Johnny. ¿Qué culpa tenía ella de que la gente hiciera interminables colas? ¿Cómo se suponía que iba a solucionar eso? Painswick era una localidad pequeña y casi nunca pasaba nada, sus pasteles eran una bendición caída del cielo que había traído un buen puñado de turistas, hecho del que se podían beneficiar todos los negocios locales.

Cuando se incorporó, tras cerrar con llave el candado de la reja metálica, vio extenderse a lo largo de la calle una sombra. Miró al frente y, apoyado en una farola con los brazos cruzados, observó que alguien la miraba. El corazón se le puso a mil, sentía los latidos en la garganta. Seguro que era un ladrón que se había enterado del éxito y venía a agredirla para llevarse la caja. Si ya lo decía su abuela, el dinero corrompe y destroza, pero, en este caso, la iba a destrozar a ella y encima la iba a dejar sin un penique, una incongruencia en sí misma.

El individuo comenzó a andar en su dirección e Isabella, paralizada por el miedo, se abrazó a sí misma, asiendo con fuerza el bolso contra el pecho y gritó. Gritó tan fuerte que las farolas tintinearón, produciendo un juego de luces en la calle, propio de un concierto de Paul McCartney en sus mejores tiempos.

—No chilles, soy yo —dijo el presunto delincuente, posando una de sus manos en el hombro de Isabella, que cautelosa abrió un solo ojo para ver la cara de su agresor.

—¡Tú! —dijo, abriendo esta vez los ojos de par en par, y unió su mirada a la de aquel adonis de ojos marinos.

—Sí, yo. He pensado en mi comportamiento descortés contigo antes y he venido a pedirte disculpas.

—¿Descortés? ¿Acaso eres un personaje de Jane Austen convertido en policía?

—¿Quién es esa? —El poli guapo se rascó la sien, e Isabella pensó que todo lo que tenía de guapo era extrapolable a lo tonto que podía ser.

—Me tomas el pelo, ¿verdad?

—Verdad —respondió sonriendo ampliamente, mostrando una perfecta hilera de dientes y dejando a la vista unos encantadores hoyuelos cerca de las comisuras de su boca.

—Aún no me has dicho qué quieres. —Isabella estaba entre molesta y encantada. El susto que le había dado a punto había estado de producirle un infarto, pero tener a un tío de semejante calibre frente a ella tampoco era plato de mal gusto.

—Ya te he dicho que a pedir disculpas y a decirte que tus pasteles están deliciosos. —Extendió la mano y añadió—: Por cierto, soy Evan Taylor.

—Un placer. Yo soy Isabella Wilson. —Ella le estrechó la mano y sintió un escalofrío recorriéndole desde la punta de los pies hasta las ingles.

—Créeme que el placer es mío y, más aún, después de haber probado tu Amor glasé.

—¿Y le ha hecho Johnny ya el análisis? —quiso saber Isabella con una sonrisa burlona.

—Oh, sí. Ha salido todo correcto.

—Pues es un alivio.

—Perdona, igual te estoy molestando y querrás irte a casa.

—Lo cierto es que estoy cansada, pero podrías acompañarme a casa. No es muy lejos, pero nunca viene mal la compañía de un policía.

—Lo haré con mucho gusto —dijo Evan, ofreciéndole su brazo para que enhebrara el suyo.

Mientras caminaban a paso lento, al abrigo de una luna llena que parecía dibujada en el firmamento como si fuera el atrezo de una escena bucólica, Isabella volvió a sentir ese fulgor bajo sus pies, sintiéndose la Mary Poppins de una película romántica, deslizándose como una muñequita de plomo sobre una cinta transportadora.

—¿De dónde eres Evan?

—De Barngates, ¿lo conoces?

—He oído hablar de él. Dicen que tenéis muy buen ruibarbo por allí, las tartaletas son muy famosas.

—Así es, de hecho, mi madre es la que mejor las prepara.

—¿Tu madre es pastelera? —se interesó Isabella.

—Mi madre es pastelera, enfermera, profesora, mecánica, taxista... Mi

madre ha hecho de todo eso para mí y mi hermana desde que mi padre se fue hace veinte años.

—Vaya, lo siento.

—Está superado. Hay gente que no nace para ser padre o que no tiene empatía ni con sus propias cosas. No sé si me entiendes. —Evan paró un momento y miró a Isabella de un modo tierno.

—Te entiendo perfectamente. ¿Y qué te ha hecho venir por aquí?

—Sonará tópico, pero supongo que el deber. Salió una plaza para este destino y nunca viene mal cambiar de aires. Painswick es un lugar tranquilo, pero tú has alterado el orden público después de tres meses de absoluta calma. Y en el fondo te lo agradezco, de no ser así no hubiera probado esos pasteles.

—Gracias, supongo. —Isabella se encogió los hombros.

—Igual te suena loco, pero desde que los he probado me siento más vivo, más alegre, con ganas de hacer cosas. Normalmente soy bastante tímido y no me lanzo a hacer este tipo de cosas con una chica guapa, pero me siento pletórico, feliz y más seguro de mí mismo.

—¿Crees que soy guapa? —Isabella sacó sus dotes seductoras después de mucho tiempo dormidas.

—Por supuesto que me lo pareces. Además, tengo una propuesta para ti.

Isabella no daba crédito, ¿una propuesta? ¿Qué tipo de propuesta? ¿Sexual? ¿Así a bocajarro y sin anestesia?

—¿Qué propuesta? —preguntó tragando saliva.

—Que me dejes ser tu ayudante en la pastelería.

—Perdona, ¿qué? —A Isabella solo le salió un hilillo de voz.

—Que me dejes ayudarte. He visto el cartel de la puerta. Quiero sentirme útil y, sin embargo, me encuentro demasiado ocioso desde mi llegada. Ya te he dicho que en este pueblo nunca pasa nada, y eso hiere mi amor propio. Necesito estar ocupado y sentirme útil. Si me dejas ser tu ayudante, a cambio, te ayudaré con el tema de las colas y el colapso en las calles.

—¿Pero tú sabes algo de repostería? —Isabella soltó aquello sin reprimir una risa.

—Lo suficiente para entender que un bizcocho se hace con harina, azúcar, huevos y en algunos casos leche.

—No sé qué decirte —Isabella estaba confusa.

—Di que sí, tengo mucho tiempo libre y me gustaría formar parte de esto tan mágico que haces.

—¿Tú también crees que hay magia? —Se sintió aliviada de que alguien

compartiera esa estúpida idea con ella.

—¿Qué es si no hacer feliz a la gente a través de la comida? Eso es magia pura y tú tienes un don, además de unos ojos preciosos.

—Gracias. —Aprovechó el momento para pestañear exageradamente varias veces con una estúpida sonrisa en la cara—. Podríamos probar una semana y ver qué tal nos va juntos, en el obrador —aclaró.

—No sabes lo feliz que me hace esto.

—¿Tanto? Siento aguarate la fiesta, pero el obrador lejos de ser un paraíso es un infierno últimamente.

—Pero ya no habrá una sola diablilla, seremos dos y amasaremos juntos el fuego perpetuo —dijo Evan, sonando un poco tétrico.

—Pues si puedes, nos vemos mañana.

—¡Hecho! Salgo a las cuatro, ¿te parece bien?

—Me parece bien —aprobó Isabella.

—No te arrepentirás. Te lo prometo.

—Espero que no seas tú el que se arrepienta y salga escopetado por la puerta en la primera crisis de glaseado.

# 11

De buena mañana, Isabella se encontró con una grata sorpresa. Alguien había dispuesto un lineal en zigzag de bolardos unidos por cuerdas en la puerta de su pastelería, que permitía ordenar la cola en una extensión bastante reducida de acera, de un modo similar a como había visto hacer en los parques de atracciones. Una hilera de sus clientes más madrugadores ya se encontraba formando en aquel estudiado itinerario de cuerdas. Isabella se dirigió directamente a la puerta para subir la reja metálica y sus fervorosos clientes la recibieron con sus ya acostumbrados buenos días y sonrisas. Si no andaba mal de cuentas mentales, debía haber en torno a unas treinta personas esperando, y eso suponía nada más abrir, una venta de unos sesenta pastelillos como mínimo, pues aquellos yonquis del azúcar solían llevárselos a pares.

A ese ritmo, los trescientos Amor glasé que había dejado preparados la noche anterior, se agotarían mucho antes de media mañana.

Dana llegó poco después para abrir oficialmente la tienda, las voces de los clientes a la espera ya comenzaban a sonar exaltadas e incluso amenazantes.

—Dios mío de mi vida —le dijo su amiga nada más cerrar la puerta—. Esa gente lleva un mono tremendo. El señor Daniels ha tratado de sobornarme para que le pase de estraperlo media docena de Amor Glasé. Empiezo a asustarme, Isabella —añadió, mientras se colocaba el delantal y la cofia—. El comportamiento de esas personas no es normal. Son unos auténticos adictos a la glucosa. Aunque hemos descartado la idea de que el azúcar está adulterado con droga, empiezo a pensar que pueda deberse al lote de almíbar de violeta. ¿No sería de amapola y estamos suministrando opiáceos a gogó entre los parroquianos? Esto es anormal por completo.

Isabella se encogió de hombros y miró hacia la puerta, los parroquianos a la cabeza de la cola estaban dejándose llevar por la impaciencia y habían golpeado ya varias veces el cristal.

—¿Abres tú? —preguntó con fingido terror.

Dana asintió.

—Por cierto, ¿cuándo has puesto eso de las cuerdas ahí afuera? —le preguntó, dirigiéndose a la puerta.

—No he sido yo, estaba así esta mañana. Supongo que habrá sido Evan.

Dana alzó una ceja.

—¿Qué Evan?

—El poli de ayer, el compañero de Johnny Davis.

—¿Y cómo sabes su nombre? No recuerdo que lo dijera.

—Anoche, estaba esperándome tras el cierre.

Dana volvió a arquear la ceja y sonrió maliciosa, pero, antes de que pudiera decirle nada, un fuerte golpe en la vitrina la detuvo.

—Por favor, tengan paciencia —les gritó a través del cristal a los clientes—. Los zombis se están volviendo majaras —añadió, tras soltar un bufido de desesperación, y abrir la puerta.

Las dos chicas tuvieron que apartarse a un lado a la velocidad del rayo, la masa enardecida por los bajos niveles de azúcar en sangre entró en tropel, casi pisoteándolas.

Dana se puso tras el mostrador e Isabella entró derecha en el obrador. A este paso no solo iba a necesitar ayuda en la fábrica, también en la tienda, la pobre Dana no daba abasto para vender y atender las mesas.

En un momento de calma, algo que tan solo duraba un par de minutos al día, Dana entró en el obrador para interrogar a Isabella.

—No te creas que el estrés ha hecho que me olvide ti y del tal Evan.

—No hay nada entre Evan y yo, tan solo que lo he puesto a prueba para que sea mi ayudante.

—¿Ayudante? ¡Y parecías tonta, ese tío está de toma pan y moja! —rio Dana.

—No empieces con tus elucubraciones. Él se ofreció a cambio de ayudarnos con las interminables colas. No pude negarme y ya ves... Lo de las colas está solucionado. Él ha cumplido y ahora me toca cumplir a mí. — Isabella se encogió de hombros de una forma cándida.

—Ya veo, sí... Ya veo... Lo veo todo clarísimo. —Dana sonrió—. Creo que la presencia de ese hombre embadurnado en harina te hará olvidar lo que pasó con Ben.

—Nada hará que olvide lo que me hizo ese malnacido. Ya sabes que reniego de los hombres por muy buenos que estén —dijo rotunda, aunque sin mucha convicción interior.

—Querida Isabella, un clavo quizá no quita otro, pero el martillazo te lo

llevas seguro, y no en la cabeza precisamente. —El tintineo de la puerta las alertó y las devolvió a la realidad.

—Corre y atiende a la gente. No me gustaría que quemaran la pastelería con un cóctel molotov.

—Aquí, la única que va arder como una tea vas a ser tú en cuanto ese policía pastelero te mire con esos ojos marinos y te muestre su manga pastelera —le dijo su amiga antes de desaparecer de su vista.

Las siguientes horas fueron una locura, un sin parar de preparar pastelillos y un goteo constante de clientes que aguardaban su turno de más de dos horas pacientemente. Apenas pudieron parar para picar algo a mediodía y tuvieron que seguir atendiendo aquella cola interminable de autóctonos, vecinos, turistas y personas llegadas desde pueblos de alrededor, alertadas por la fama que estaban alcanzado los pastelillos celestiales, no solo a nivel local y regional, también nacional. Al parecer, una *influencer* había mencionado en su Instagram que los Amor glasé eran el pastel del momento y se había corrido la voz como la pólvora.

A las cuatro en punto, Evan entró por la puerta, iba de paisano y tuvo que soportar los pitidos y abucheos de aquellos que llevaban ya un buen rato esperando para ser atendidos.

—Buenos días —saludó a Dana, quien ni lo miró, no podía. Estaba demasiado ocupada.

—A la cola —le dijo, sin embargo.

—No vengo en calidad de cliente, he quedado con Isabella para ayudarla en el obrador.

Dana se detuvo en su quehacer para mirarlo ahora un segundo.

—Perdona, no me había dado cuenta de que eras tú —le dijo coqueta—. Pasa dentro. La jefa te está esperando.

—¿No la avisas de mi llegada? —Evan se mostró tímido y reservado.

—¿Me ves con tiempo de estar avisando algo? Entra ahí y habla con ella —bufó, terminando de preparar una bandeja de media docena— y luego me sacas otra remesa de estos.

Isabella tenía medio cuerpo metido dentro del gran refrigerador cuando Evan entró y la vio en esa tesitura. Como un rayo, creyendo que esta podría haberse quedado encajada entre las baldas, la agarró por la cintura y tiró de ella, arrimando peligrosamente su trasero a su entrepierna.

—¿Te has vuelto loca, Dana? Si no supiera que no intentas realmente

violarme, pensaría que llevas un rodillo de amasar ahí pegado —dijo, antes de volver la cabeza y quedarse boquiabierto al ver a un Evan paralizado y sonrojado—. ¡Evan! Podrías soltarme, por favor —le pidió con la voz trémula, pues estaba claro que aquello que tenía pegado a las nalgas no era un rodillo ni su porra de policía, pues iba de paisano.

—Perdona. —Levantó las manos y se apartó dando unos pasos atrás—. Pensaba que estabas ahí encajada y solo quería ayudarte.

—Pues gracias, pero solo estaba limpiando, el glaseado lo pone todo perdido. —Isabella intentó recomponerse.

—Bien —dijo asintiendo, algo sonrojado.

—Es cierto eso de que eres tímido. —Sonrió ahora tratando de tranquilizarlo—. Ven, acércate. No muerdo, todavía.

—Lo siento, de verdad que no quería hacerte eso...

—Olvídalo y ponte el delantal. Tenemos mucho trabajo por delante... Ah, por cierto, muchas gracias por lo de ahí fuera... Los pivotes y las cuerdas para las colas. Supongo que ha sido cosa tuya.

—Sí. No hay de qué. Ha sido un placer ayudarte y poder seguir haciéndolo.

Isabella asintió suavemente sin dejar de observarlo.

—Anda, a trabajar sin más dilación.

Evan asintió con premura y se colocó el mandil y un gorrito desechable poco favorecedor, luego se lavó las manos y se plantó a su lado, igual que debía hacerlo ante su superior en las sesiones de entrenamiento policial. Era cierto lo que le había dicho la noche anterior. Era un hombre tímido y reservado, y quizá se había envalentonado con Isabella de aquella forma tras probar uno de sus famosos pastelillos. Pero ahora se encontraba allí con ella, una mujer que imponía por su determinación y valentía, y él, con su metro ochenta y cinco de altura, se hacía pequeñito a su lado. Pero era un hombre de palabra, que aquel dulce le hubiera dado el empuje, que le faltaba a veces, no significaba no presentarse a su primer día de trabajo, algo que tampoco estaba dentro de su condición. Además, Isabella le había gustado desde el primer instante que la vio, era una mujer de mediana estatura, cintura estrecha y bonitas caderas. Su pelo era del color de las castañas asadas y sus ojos pardos parecían dos bonitas almendras tuono.

—¿Qué sabes hacer exactamente?

—Pues... Sé batir huevos, amasar, limpiar...

—¿Y batir nata?

—Supongo que sí, si me explicas cómo se hace...

—Creía que me habías dicho que entendías de repostería.

—Igual mentí un poco y solo entiendo que me encantan los pasteles —le dijo, rascándose la nuca, nervioso.

—Pues empezamos bien. —Isabella se mostró molesta y aquello provocó que Evan se tensara notablemente, algo que no pasó desapercibido para ella —. Perdona, no quería hablarte así. Empecemos por algo fácil, lleva esta bandeja de pasteles a la tienda y cuando vuelvas te enseñaré a preparar la masa del bizcocho, ¿de acuerdo?

Evan asintió y sacó la bandeja con una sola mano, algo que impresionó a Isabella, pues ella tenía que utilizar las dos y se le tensaban todos los músculos hasta hacerlos temblar.

Mientras lo observaba salir del obrador, Isabella metió las manos dentro del gorrito y se lo estiró para aliviarse las sienas. Aquella goma parada en su frente durante horas la marcaba como un huevo de pascua partido por la mitad, y le provocaba dolor de cabeza.

Cuando Evan volvió, ella había dispuesto todos los ingredientes sobre la mesa de trabajo.

—Esto es todo lo que lleva el bizcocho de la base: harina, huevos, leche, azúcar, mantequilla y almendra picada.

—¿Qué tipo de almendra?

—¿Qué importancia tiene eso? —dijo Isabella.

—La tiene, hay muchos tipos. Por ejemplo, la tuono, que además tiene la forma exacta de tus ojos. —Evan soltó aquello sin más, sin pensar, como siempre hacía cuando quería impresionar a una chica, dejando al lado su timidez.

—¿No me digas que tu madre también era recolectora de almendras?

—No, pero me gustan las almendras y me fijo de qué clase son cuando las compro en el súper.

—Pues ahora fíjate en lo que tienes delante y, para alimentar tu *almendrofilia*, te diré que son marconas.

—No tengo eso, no me gustan hasta el punto de tener una filia por ellas.

—Lo sé. —Isabella sonrió conciliadora—. Tan solo te tomaba el pelo. Aunque no lo parezca, también tengo sentido del humor.

—Y del amor.

—¿Cómo? —Isabella se incomodó un poco con aquello y la pregunta le salió como una especie de gallito.

—Por el Amor glasé —aclaró él, viendo cuánto la habían incomodado sus palabras.

—Ah, sí, en ese sentido sí —dijo Isabella, recuperando el timbre normal de la voz—. Empecemos, ¿te parece? —Evan asintió—. En este bol metálico pones dieciocho onzas de harina, el equivalente para treinta pasteles aproximadamente, no tengo amasadora industrial, así que hay que preparar masa constantemente.

—De acuerdo.

—Bien, la harina ya está tamizada, pero para las siguientes veces lo tendrás que hacer tú con este utensilio. —Isabella alzó una rejilla metálica cilíndrica—. La colocas sobre el bol, como ves encaja perfectamente, y viertes la harina previamente pesada sobre el tamizador. Con eso evitas que al bizcocho le salgan grumos.

—Parece fácil.

—Luego tienes que mover el bol suavemente para que la harina empiece a colar. —Isabella movió el bol delicadamente, mientras le daba golpecitos a la base—. Así, hasta que haya pasado toda, ¿lo ves?

—Lo haces muy bien.

—¿El qué?

—Moverlo, es hipnótico —respondió, pues al verla hacer aquello, había observado que sus pequeños, pero contorneados pechos se movían al compás de aquel ritual gastronómico.

—Pues no te duermas, esto es solo la primera parte.

Isabella continuó explicándole cómo debía mezclar todos los ingredientes, y Evan disfrutó sobremanera la pasión que ella ponía en la elaboración de aquel pastel, y seguramente cualquier otro. Se le notaba la vocación y el amor por la repostería, algo que le gustó mucho de ella y le hizo pensar en lo iguales que eran en muchos sentidos, exceptuando que ella no tenía ni un ápice de vergüenza y era muy decidida. Era la sal, o mejor dicho el azúcar, que a él le faltaba, y dio las gracias a aquellos pastelitos tan famosos por haberla puesto en su camino.

—Y ahora, hay que colocar el bol en la amasadora. ¿Quieres hacerlo tú? —concluyó ella.

—¿Yo?

—Sí, tú. Tienes que saber encajarlo porque después no voy a estar para ayudarte. Tú te encargarás de esto durante el resto de la tarde. Has venido a ayudarme no a darme más trabajo. Así que da la vuelta a la mesa y colócalo en

la máquina —dijo ella de manera casi autoritaria.

Evan, sin volver a rechistar, hizo lo propio y se posicionó delante de ella para encajar aquel dichoso bol metálico en la maquina. La presión de aquella labor, lo puso tan nervioso que no lograba encajarlo, peligrosando con ello que la masa se derramara sobre la encimera.

—Así. —Isabella rodeó el cuerpo de Evan y dirigió sus manos al lugar idóneo, apoyando su cuerpo sobre la espalda de él, y sintiendo la calidez de aquel cuerpo duro como el acero y el aroma de su gel de ducha penetrando en sus fosas nasales.

Aquel gesto tan íntimo y tan unido a una de sus pasiones, la repostería, la excitó. Hacía tiempo que no sentía aquel cosquilleo en su sexo, y en cierto modo lo agradeció, pues creía que el sentido de su entrepierna se había mudado al lado oscuro, pero no, ahí estaba, tan solo había invernado una larga temporada.

—¿Te has enterado bien de todo? —le preguntó, separándose de Evan y dándose aire con la mano antes de que él se volviera y pudiera verla con aquel sofoco.

—Sí, creo que sí, pero prométeme que si te pregunto algo no me chillarás. —Evan sonrió hacia ella e Isabella se apiadó del pobre chico. Además, aquellos ojos azules podían pedirle en aquel momento lo que quisieran.

—Te lo prometo —aseguró ella, devolviéndole la sonrisa y apartando la mirada para no salirse de su papel de jefa y caer en sus redes de tío bueno.

## 12

La tarde fluyó de aquella manera, Dana entró varias veces en el obrador y le regaló algunas miradas y gestos obscenos a su amiga cuando Evan no la veía, e Isabella le contestaba poniendo los ojos en blanco o reprendiéndola con las manos para que parase.

—Por fin libre. Libre soy, libre sooooy. —Dana comenzó a dar vueltas, imitando a la princesa más congelada de Disney cuando el último cliente salió por la puerta y ella echó el cierre a cal y canto.

—No le hagas caso, trabaja aquí, pero seguro que en cuanto el circo llegue al pueblo se la llevan —comentó Isabella dirigiéndose a Evan.

—Te quejarás. Soy la alegría de este establecimiento. Que no te engañe, Evan. La gente viene por mí, no por esos pasteles que me están robando la vida. —Dana puso las manos simulando unas garras y se las pasó dramáticamente por el cuello.

—Anda, loca, vete a casa —le dijo Isabella a su amiga.

—¿Y vosotros? —Se quedó mirándolos con una sonrisa maliciosa.

—Nosotros nos quedamos un rato más. Me quedan todavía cuarenta pastelitos que montar para mañana y luego nos iremos.

—Pues cuidado, que las manos van al pan —dijo, guiñándoles un ojo, tras dar un brioso caderazo, y marchándose al fin.

—¿Qué ha querido decir con eso? —preguntó Evan divertido.

—Ya te he dicho que no le hagas caso. Dana es así de espontánea. Pero es cierto que me sacó muchas sonrisas en mis tiempos bajos.

—¿Y puede saberse cuáles son? Pareces una mujer alegre y muy centrada en tus cosas —se interesó él.

—¿De verdad quieres saberlo? Hubo una época en la que era de todo menos mentalmente estable. —Isabella seguía repartiendo crema de avellana mientras conversaba con Evan que desmoldaba bizcochitos.

—Claro, nos quedan unos cuantos de estos por terminar y tendremos que hablar de algo.

—No hablo mucho del tema, me pone triste y me cabrea a la vez, pero

supongo que ya lo tengo superado... Puedo hacerlo sin que me dé un ataque y me líe a estrellar pasteles contra las paredes. —Isabella rio sin ganas. Lo cierto es que exponer aquello no era plato de buen gusto, pero ya era capaz de mencionar el nombre de Ben sin que se le atragantase.

—¿Tan grave es? —preguntó Evan más intrigado que antes.

—En su momento me lo parecía, ahora solo es una etapa de mi vida y en cierto modo lo agradezco, me ha convertido en la persona que soy ahora.

—¿Y qué tipo de persona eres?

—Supongo que soy más fuerte, más independiente, más mujer en todos los sentidos.

—Entonces entiendo que el causante de aquello tan malo que te pasó es un hombre.

—Sí, se puede llamar así, sí.

—Si no quieres contármelo, lo entiendo. —Evan se mostró amable y educado, pero la curiosidad lo estaba matando.

—No, no, lo voy a hacer, es parte de mi particular terapia, apenas me duele ya. Es parte de mi pasado y ahora estoy centrada en mi presente —dijo, terminando de embadurnar el último bizcocho de esa partida. Pasó las manos por el mandil y suspiró—. Resumiendo, me dejó plantada en el altar y se largó con su secretaria a nuestro viaje de novios. Viaje que pagaron mis padres, por cierto. El muy hijo de su madre, cambió el nombre de mi billete por el de ella tres días antes de la boda, así que lo tenía bien planeado y no le importó humillarme de aquella manera. Un acto cargado de premeditación y alevosía, pero todavía no sé con qué fin.

—¡Qué hijo de puta! —exclamó Evan sin filtro, por completo ofendido—. Lo siento, me ha salido de dentro —se disculpó.

—Tranquilo, yo misma me pasé un mes entero exclamando lo mismo. La agencia envió un mail al correo de mi madre, pero con el lío de la boda no llegó a abrirlo. Así que el día llegó, yo me vestí y fui a la iglesia con toda la ilusión del mundo. Me quedé compuesta y sin novio, cuando tras una hora de espera él no apareció.

—¿Y sus padres tampoco sabían nada?

—No, o eso dijeron. Tampoco les culpo. Parecían tan afectados como yo, pero es su hijo e intentaron disculparlo.

—Eso es lógico.

—Cuando mi madre llamó a la agencia para cancelar el viaje, le dijeron que eso era imposible, porque habíamos cambiado el nombre de uno de los

billetes y no habría retorno económico. Todavía recuerdo cuando llegamos al aeropuerto y vimos al impresentable y a su amante corriendo por la puerta de embarque, yo todavía vestida de novia y con el vestido lleno de lamparones de rímel, mi madre con una pamea del tamaño de un platillo volante y mi padre con un chaqué como un presentador de la gala de fin de año de la BBC.

—Me parece horrible eso que te pasó, y tienes razón cuando dices que no merece llamarse hombre.

—Bueno, ahora tan solo es una anécdota, pero en su día fue el trauma de mi vida. En parte, dedicarme profesionalmente a esto fue para aliviar un poco el dolor. Siempre he sentido cierta conexión con la pastelería, de hecho estudié en contra de la voluntad de mi madre, quien deseaba que fuera dentista como mi padre.

—Pero colaboras indirectamente con él, hacéis un tándem perfecto. Tú generas caries y él las repara —bromeó Evan, disponiendo de nuevo bizcochos sobre la encimera para colocarles el almíbar.

—Nunca lo había pensado de esa manera, pero lo usaré en la próxima pelea que tenga con ella.

—¿No está feliz de tu éxito?

—Creo que no lo sabe. No viven en Painswick, aunque cerca, en una urbanización blindada del resto de los mortales.

—Seguro que se alegrará cuando se lo digas.

—No estés tan seguro, mi madre es más testaruda que yo.

—No creo que seas testaruda, creo que eres pasional. Crees en lo que haces.

—Gracias, eso es cierto.

—Y también creo que tenemos muchas cosas en común.

—¿Tanto me conoces para afirmar eso?—preguntó ella levantando una ceja.

—Pareces dura, pero esa coraza que tienes es tan transparente como este almíbar.

—Sorpréndeme —lo retó.

—Desde pequeño siempre he tenido un gran sentido del servicio público. Me hice policía para ayudar a los demás, para hacerles la vida un poco más fácil y feliz. Creo que tú haces lo mismo a través de tus dulces creaciones.

—En eso tienes razón. Me produce felicidad ver la cara de la gente cuando les entregas su pastel de cumpleaños, o cuando tienen un mal día y el primer bocado de una tartaleta de fresas les provoca una sonrisa.

—Es muy bonito aliviar y generar felicidad.

—En ese caso, tengo que darte la razón, supongo.

—Además, eres preciosa, toda tú irradias una luz especial, y eso se lo transmites directamente a tus pasteles. —Evan apoyó los brazos, con los puños cerrados sobre la encimera, y sus músculos se marcaron, algo que no escapó a los ojos de Isabella que, de no ser porque él la estaba mirando, se hubiera relamido los labios.

—¿Estás intentando ligar conmigo? —preguntó antes de darse la vuelta para coger el sifón de nata.

—No, solo digo lo que siento. Y date por satisfecha, no suelo hacerlo a menudo, y hoy no he probado ninguno de estos. No estoy bajo el influjo del Amor glasé. —Sonrió hacia ella de manera sincera e Isabella a punto estuvo de flaquear y de devolverle el cumplido.

—Dejemos la cháchara y terminemos esto. Es tarde y estarás deseando irte a casa.

—Tranquila, nadie me espera y me gusta tu compañía, aunque estemos en silencio —dijo, recogiendo los moldes vacíos y llevándolos a la pila para fregarlos.

El resto de la noche estuvieron trabajando en silencio. Isabella pensó cómo sería hacer el amor con Evan, pensamientos que brotaron al verlo trabajar en diferentes posturas que hacían resaltar ciertas partes de su masculina anatomía. Se reprendió mentalmente varias veces por dejar entrar en su sensata mente aquellas imágenes tan poco decorosas. Además, era su jefa y aquello no estaba socialmente bien visto, pero tampoco era justo condenar a su pobre vagina. Que no estuviera dispuesta a abrir su corazón a nadie, no significaba que dejara que sus necesidades fisiológicas castradas convirtieran su sexo en un entorno hostil y cerrado al público para siempre jamás por ruinoso.

# 13

Al día siguiente a Isabella se le hizo un poco tarde para abrir la pastelería. El exceso de trabajo, los nervios y los pensamientos hacia su nuevo ayudante le habían provocado algo de insomnio, y en lugar de caer rendida como un tronco sobre la cama, había estado dándole vueltas a la cabeza hasta las dos de la madrugada. Por ello fue que demoró su habitual rutina matinal y se presentó pasadas las ocho y media. Los alrededores de la puerta estaban tan abarrotados por clientes a la espera de sus afamados pastelillos, que incluso le costó llegar a esta.

Estaba subiendo la verja cuando hizo acto de presencia Dana que, tras el saludo ritual, fue al grano.

—Vaya, vaya, a alguien se le han pegado las sábanas esta mañana.

—Sí, así es —asintió Isabella, ignorando el tonillo intencionado de su amiga.

—¿No me vas a contar nada?

—No hay nada que contar. Me costó conciliar el sueño y esta mañana me he dormido.

—¿Te costó o no te dejaron conciliarlo? —preguntó burlona, abriendo la puerta y sujetándose para dejar pasar a Isabella delante, mientras parapetaba con su propio cuerpo a la multitud que empujaba para entrar tras ellas—. ¡Madre de Dios, qué locos! Un segundo, por favor —les gritó, cerrándoles la puerta en las narices.

—Me costó —respondió Isabella, comprobando que Dana había conseguido cerrar—. Estoy llegando a un nivel de estrés que hasta me cuesta dormir.

—Eso tiene solución. —Dana fue detrás para ponerse la indumentaria laboral antes de abrir a los clientes.

—No pienso volver a tomar pastillas.

—¿Quién habla de pastillas? —Subió la ceja divertida—. Hay un método infalible para pillar el sueño, y lo sabes.

— ¿ Que te den un golpe en la cabeza?

—Más bien estaba pensando en otro tipo de golpes. Ya sabes ... —Se relamió los labios— ... Golpes de cadera contra cadera, desnudos, sudorosos, ahí, fuertes, dándolo todo.

Isabella sacudió la cabeza y rio.

—Tú siempre pensando en lo mismo.

—Y tú ... ¡Te he visto cómo miras a Evan!

—¿Y cómo lo miro? —le preguntó, terminado de atarse el delantal.

—Con ojitos de deseo. —Bajó la voz para dotar sus palabras de sensualidad—. Y no te culpo, está muy bueno. Me encanta que estés valorando la idea de echar un polvo con él. Ya era hora, por cierto. Debes tener el asunto cerrado a cal y canto. No has vuelto a ...

Isabella le dirigió una mirada de advertencia que hizo callar a su amiga.

—No todos son Ben —insistió.

—Lo sé, pero ...

—Solo estamos hablando de sexo.

—Lo séee... Anda, abre, o nos van a tirar la puerta abajo.

—No eludas el tema.

—No lo eludo, pero tampoco puedo eludir el trabajo.

—Cuando tengamos un segundo tenemos que hablarlo, ¿de acuerdo? —dijo Dana, antes de abrir la puerta y ser absorbida por la marabunta que se coló al instante, llenando toda la tienda.

Al poco emergió entre la masa y se colocó en el mostrador con una sonrisa profesional y empezó a atender a la clientela. Isabella sonrió a verla, Dana valía su peso en oro, no solo como amiga, sino también como trabajadora. Lo estaba dando todo, igual que ella, y ya empezaba a acusar el cansancio del invariable trajín que se había instaurado en el funcionamiento de su hasta ahora tranquila pastelería.

—¿Cuándo llega Evan? —le preguntó un rato después, aprovechando que había ido a por más pastelillos al obrador.

—A las cuatro, cuando acabe el turno.

—Ah... Vale... ¿Y qué tal? ¿Es buen re-pos-te-ro? —preguntó mientras cargaba la bandeja.

—Todavía no lo sé, pero es listo, aprende rápido y tiene fuerza.

—Esas son muy buenas cualidades —rio Dana antes de salir por la puerta cargada.

—Ahí fuera preguntan por ti —anunció Dana, unas horas más tarde, con

una sonrisa enorme.

—¿Quién? No será la poli otra vez. Creía que...

Dana levantó las cejas, entusiasmada.

—Tranqui, muchacha. ¡Son de la tele, de *Good Morning Britain!*

—¡¿Qué?! ¡¿Y qué quieren?! —preguntó Isabella dejándose llevar por la emoción.

—Hablar con la responsable de los pastelillos que están causando furor en todo Reino Unido.

—¡¿Qué dices?!

—Eso ha dicho el reportero.

—Pues me viene fatal. Mira cómo tengo el obrador. —Lanzó una mirada expresiva a su alrededor. Parecía que había estallado una bomba harinosa y hasta la pobre Isabella estaba cubierta por una fina capa de polvo blanco.

—Pues tienes que salir, de momento están entrevistando a los clientes.

—¿Con estas pintas?

—Son justo las pintas que debes tener. Eres pastelera. Anda, sal. Estás guapísima.

Isabella respiró hondo e hizo acopio de valor antes de salir.

Un reportero y un cámara estaban hablando con la señora Reynolds, más hinchada que un pavo de Navidad por la alegría de salir en el matinal más visto en Reino Unido.

—Yo siempre he sabido que nuestra Isabella iba a triunfar —aseguró ella, ante una estupefacta Isabella, que en su vida había recibido una palabra animosa de esa estirada mujer—. Estos pasteles que hace son maravillosos, sublimes... Jamás he comido nada igual.

—¿Qué los hace tan sublimes? —quiso saber el guapo reportero con una media sonrisa esbozada.

—No sabría explicarlo. Cuando los degustas son divinos para el paladar. —Isabella tampoco la había escuchado nunca hablar de esa manera tan petulante, parecía sacada del elenco de *Downton Abbey*—. Pero es con posterioridad... ¿Cómo lo expresaría? Te llenan de felicidad, ¿sabe usted? Soy mucho más feliz desde que los consumo, yo... Y mi marido —rio y le guiñó el ojo al atractivo reportero, indicándole con ello que su señor esposo estaba cumpliendo muy bien sus tareas maritales.

—¿Insinúa usted que estos pastelitos son afrodisiacos? —le preguntó él, levantando un Amor glasé ante la cámara y sonriendo canallesco.

—Solo digo lo que me hacen sentir. Estos pastelillos forman parte ya de

nuestro menú diario.

—Tendrá que revisarse los niveles de azúcar. —Le guiñó el ojo él ahora, haciendo reír tontorróna a la señora Reynolds.

—Aquí está, nuestra querida Isabella, la mejor pastelera de Reino Unido —anunció ella, dándose aires de maestra de ceremonias.

El reportero volvió la cabeza y fijó sus verdes ojos directamente en Isabella, quien sonrió un poco ruborizada por aquella rimbombante presentación. Con un gesto de manos le pidió al cámara que cortara la grabación mientras se presentaba a la dueña de la pastelería.

—Buenos días. Soy Steven Merit, trabajo para *Good Morning Britain* y me encantaría poder hacerle una entrevista, dado el éxito que está teniendo. Sus pasteles Amor glasé se han convertido en *trending topic* desde que Tara Carter los mencionó hace unos días en su Instagram, cuyo perfil cuenta con más de cien mil seguidores —dijo él, mientras se acercaba a Isabella con el brazo extendido para saludarla.

—Buenos días, yo soy Isabella Wilson, la dueña de Isa Deli. —Isabella le estrechó la mano—. Me encantaría que me entrevistara, pero no es un buen momento, míreme y mire cómo tengo el negocio.

—Lo entiendo, ya veo que está hasta arriba de trabajo. La cola llega hasta la plaza del ayuntamiento.

—¿En serio?!

—Es impresionante, no había visto una respuesta de masas así desde el último concierto de One Direction.

—¿Me toma el pelo?

—En absoluto, estoy impresionado, y necesito saber qué tienen sus pasteles que los hace tan especiales.

—Pues entonces tal vez debería probarlos.

—Y eso voy a hacer. —Le hizo un gesto al cámara para que retomara la grabación. Dirigiéndose a este, levanto el pastelillo ante el objetivo y sonrió encandilando al objetivo—: Estos pasteles, Amor glasé, que tanto furor están generando entre los ingleses y que ahora sostengo en mi mano, aseguran todos que son una delicia para el paladar y para el alma, ¡y voy a comprobarlo ahora mismo! —dijo solemne, antes de darle un gran bocado, que hizo que la nata se desparramase y le manchase la cara como un castor infectado de rabia—. *Etán deliciosos* —intentó vocalizar mientras entornaba los ojos y se embriagaba con su maravilloso sabor.

—Me alegro de que le gusten —dijo Isabella esbozando una tímida

sonrisa, esperando que aquel reportero guaperas volviera a la realidad.

—Es cierto que te llenan de felicidad, te teletransportan... —dijo, volviendo a la carga, como un vampiro ansioso de sangre fresca, y le propinó de nuevo un bocado digno de un adicto a la comida.

—Desde luego lo está usted devorando —comentó Isabella, mirando a todos lados por la incomodidad que le suponía aquella dantesca situación—. Dana, pásame una servilleta. —Cuando Dana se la pasó, sin apartar la vista del mostrador y los clientes, Isabella se la ofreció al hambriento reportero—. Tenga, límpiense la cara.

—Gracias. Tienen que venir a probarlos. Su éxito está más que justificado —opinó a la cámara, con todavía restos de crema y nata en la punta de la nariz—. Devolvemos la conexión a los estudios de Londres. —Steven terminó la locución simulando una transmisión en directo y se quedó estático, con una amplia sonrisa de satisfacción, mirando a cámara, y, tras unos segundos de rigor, volvió a relajarse.

—¿Hemos terminado? —Isabella tenía prisa por volver a sus quehaceres.

—Sí, pero volveremos. No olvide que me debe una entrevista. Realmente sus pasteles son deliciosos, tenemos que grabar este fenómeno y seguirlo de cerca. Míreme, estoy eufórico y henchido de alegría extrema —le dijo con aún esa sonrisa de anuncio de cereales en el rostro.

—¿Piensan quedarse en plan paparazzi?

—En efecto. Acamparemos fuera si hace falta. Esto tiene que recorrer el mundo. ¿Ha pensado en exportar sus pasteles a toda la Commonwealth?

—La verdad es que no. Eso sería imposible.

—No si le vende la receta a una fábrica de pasteles al por mayor.

—Lo siento, pero la receta no está en venta. Además, estos pasteles están hechos con amor. No consentiría que se elaboraran con conservantes y aditivos. Todo se produce diariamente en el obrador con estas manitas de manera natural —dijo, molesta con aquella sugerencia tan estúpida, alzando las manos.

—Le dejaré la tarjeta de mi primo por si cambia de opinión. —Metió la mano en el bolsillo interno de la chaqueta y le ofreció la tarjeta de visita.

—Gracias por su interés —dijo ella, marchándose de allí para seguir a lo suyo. Ningún reportero de pacotilla iba a aprovechar su estatus de periodista para convencerla de vender su receta a un primo suyo. Aquello lejos de ser buena publicidad, le parecía un despropósito.

A las cuatro, ni un minuto antes ni uno después, Evan entró por la puerta haciendo gala de su puntualidad inglesa. Isabella le dijo un hola tímido, pues, desde la noche anterior, le había despertado un interés y su presencia le imponía. Evan era un hombre extremadamente atractivo, de facciones marcadas a lo Brad Pitt, labios sinuosos y ojos azules en los que era fácil perderse como una boba. Su pelo castaño claro, ligeramente alborotado, coronaba, como las crestas de su amor glasé, una estética aparente que no escapaba de la vista de las personas con un mínimo de gusto. En definitiva, Evan era un tío bueno en potencia, el cuerpo que acompañaba esa preciosa cabeza tenía más músculos de los que Isabella recordaba haber estudiado en clase de anatomía, se notaba que se cuidaba como el buen policía que era.

—¿Qué tal ha ido la mañana? —le preguntó deshaciéndose de la chaqueta y colocándose el delantal.

—De locos, como siempre. Además, ha venido la tele.

—¿En serio? Eso es mucho nivel, pero ya lo sabía. Este pueblo es muy pequeño y soy poli, ¿recuerdas?! —exclamó Evan.

—¡Es cierto! Supongo que sí será de mucho nivel, pero no me dejes impresionar.

—¿Nunca? —preguntó, ávido de conocerla mejor con cada conversación que mantenía con ella.

—Bueno, nunca, nunca, sería afirmar mucho. Solo en ciertas ocasiones, pero hoy no ha sido el caso.

—¿Y se puede saber si te ha impresionado algo últimamente?

—¿Por qué quieres saberlo?

—Curiosidad. Yo me suelo impresionar casi cada día con algo.

—Eso es porque eres demasiado ingenuo. —Isabella le dedicó una mirada chulesca.

—No lo creo, solo vivo intensamente. La primavera está al caer, y me impresiona ver cómo florecen algunas flores que solo podemos ver una vez al año.

—Vale, retiro lo de ingenuo y lo cambiaré por cursi.

Aquel comentario hizo reír a Evan.

—No soy cursi, es solo que tú estás tan dolida con la vida que has perdido la capacidad de dejarte llevar y disfrutar de las pequeñas cosas.

—¿Te parezco dolida? —Isabella puso los brazos en jarras para dirigirse a él con un gesto divertido.

—Me parece que te has creado una coraza, pero debes confiar más en los

demás. No todos somos Ben.

—Vaya, es la segunda vez que oigo eso hoy, y te aseguro que escuchar su nombre no me hará disfrutar de nada. —Se dio la vuelta y continuó con lo que estaba haciendo antes de que Evan llegara.

—Lo siento, pero sabes perfectamente a qué me refiero.

—La teoría me la sé, pero suspendí la práctica.

—Entonces habrá que ir a la repesca. ¿Te parece bien el domingo?

—¿Vas a hacerme un examen? —Tras pronunciar aquellas palabras, Isabella se dio cuenta de que podían malinterpretarse—. Disculpa, no quería decir eso.

—Yo creo que sí querías, y no pasa nada, me ofrezco como examinador, porque creo que como profesor tengo poco que enseñar.

—En ese caso me lo pensaré.

—¿O acaso tienes pensado explotarme también los domingos?

—No, tengo una política muy estricta respecto a los días de descanso.

—Entonces tienes poco que pensar, te recogeré a las seis y media.

—¿Es una orden?

—Por el poder que me confiere la ley, sí.

—Si lo dice la ley, no tendré más remedio que acatar sus órdenes, señor agente —aceptó sonriendo, aunque no tenía la más mínima seguridad de si estaba preparada para una cita de verdad.

—Buena chica, y ahora, ¿qué quieres que haga hoy? —preguntó, listo para meter las manos en la masa.

# 14

Los siguientes días pasaron como un remolino, trabajando sin descanso y durmiendo muy pocas horas. Las mañanas, pese a lo mucho que a Isabella le agradaba su trabajo, eran pesadas, las tardes, bastante más llevaderas, gracias a la compañía de Evan en el obrador, que aprendía rápido y tenía muy buena mano para la decoración, con lo que pudo duplicar la fabricación diaria a seiscientos Amor glasé. Seiscientos Amor glasé que desaparecían casi por arte de magia de los expositores, alegrando los paladares y almas de los clientes habituales y de todo aquel curioso que se acercaba para probar el ya a esas alturas pastelillo más famoso de Reino Unido. Seiscientos Amor glasé que se convertían en muchísimas libras que además alegraban su cuenta corriente, muy triste hasta hacía apenas unos días. ¡Qué bien se estaba sin tener que pensar en el dinero!, o más bien, en su escasez, pensó Isabella mientras hacía la caja del sábado, aunque con tanto trabajo, bien pensado, tampoco tenía tiempo para disfrutarlo.

Y, por fin, un poco de relax, benditos domingos, se dijo feliz. Al día siguiente cerraba y podría descansar, al menos, hasta la hora de su cita con Evan.

Este había estado muy misterioso, no queriendo desvelarle ningún detalle, y aquello la ponía bastante nerviosa, porque si ya el hecho de tener una cita con un hombre, tras más de dos años de completa sequía, la tenía bastante alterada, que ese hombre fuera Evan, la volvía tarumba. Porque Evan le gustaba, no podía hacer nada por evitarlo, Evan le gustaba y mucho. Mucho, muchísimo. No solo porque fuera guapo, algo indiscutible, también por su carácter: responsable, reservado, agradable y gracioso en su justa medida.

En cuanto llegó a su casa se acostó sin más preámbulos, ya tendría tiempo al día siguiente de ducharse, lavarse el pelo, depilarse, ponerse una mascarilla facial, y todas esas ideas tan placenteras que ocuparon su mente hasta el momento en que el sueño la terminó por atrapar, y durmió y durmió. Durmió tanto que el sol trazó una elíptica completa en el cielo y se echó a dormir, justo en el mismo instante en que Isabella abrió los ojos.

Desconcertada por la oscuridad que reinaba en su habitación, pensó por un segundo, que se había despertado en mitad de la noche y, cuando miró la hora en su reloj despertador, confirmó que eran las seis. Estaba en la gloria, tenía la sensación de haber dormido un día entero. Se desperezó y se puso más cómoda, arrojándose con la colcha. Suspiró de placer y cerró los ojos, pensando en seguir durmiendo un poco más. Con levantarse a las ocho ya estaba bien, tendría tiempo de hacerlo todo con tranquilidad y despreocupación.

Pasaron unos minutos e Isabella seguía despierta, y algo, algo... Algo raro estaba sucediendo. ¿Por qué si eran las seis de la mañana no empezaba a clarear? ¿Por qué la oscuridad se estaba espesando? Malditos relojes antiguos, tan bonitos y poco prácticos. ¡No eran las seis de la mañana, sino de la tarde!, y... Volvió a consultarlo, las seis y cuarto, y... Evan... Evan estaba al caer. Le había dicho que pasaría a por ella a las seis y media... ¡Y ella con esos pelos! Los de las piernas aún los podía disimular, unas medias bien tupidas y arreglado, pero los de su cabeza no tenían solución. ¡¿Quién le mandaba a ella estar veinte horas seguidas durmiendo?! Ni que fuera la Bella Durmiente.

Se levantó de un salto y se metió en el baño, quitándose la ropa sin perder un segundo. Se dio una ducha a la velocidad de la luz y luego se secó el pelo a más velocidad todavía. Cuando terminó parecía que había ido a Londres en un descapotable con el pelo suelto al viento. ¡Qué desastre! Solución: un topo bien alto de esos tan favorecedores que se hacía Dana, pero que ella nunca se había atrevido a llevar. Y, ahora, al verse en el espejo, entendía el porqué.

Parecía que llevaba la caca del Whatsapp en todo lo alto, se dijo, sonriendo tristemente, pero pensó que, si Lady Gaga podía ir esperpéntica, ella también. Se puso algo de colorete y brillo en los labios y se declaró lista para salir a que le diera el aire. La cita con Evan la emocionaba y ponía nerviosa a partes iguales. No tenía ninguna expectativa romántica, o quizá sí, pero prefería no pensar en ello, porque todavía le daba algo de miedo, y dejarse llevar por el momento, pues se lo merecía. Merecía dejar atrás esos años de celibato sentimental y volver a dejar salir su corazón de esa jaula roída que había construido en su día.

Mientras se revisaba en el espejo de la entrada de su piso, iba pensando en lo que podía dar de sí la tarde y en las escasas horas en las que podía disfrutar de la compañía de ese hombre fuera de la pastelería, pues más tarde tenía que ir para preparar la remesa del día siguiente, si no quería cabrear a

los clientes y que estos le hicieran un piquete en la puerta del negocio.

Justo cuando el reloj marcó las 18:30 exactas, el timbre sonó, y ella avisó por el telefonillo que bajaba enseguida. Respiró hondo, se miró por última vez en el espejo y maldijo aquel moño en el que podría anidar una cigüeña.

—Estás preciosa, Isabella —le dijo Evan cariñosamente, posando un beso en su mejilla.

—Eso lo dices porque me ves con buenos ojos, pero he tenido poco tiempo de arreglarme.

—No eres una mujer que necesite muchos arreglos, por no decir ninguno.

—Aunque no lo creas he tenido días mejores.

—Permíteme que lo dude, y ahora dejemos ese tema y centrémonos en disfrutar.

—Me parece bien. ¿Dónde tienes previsto llevarme?

—Me he tomado la libertad de reservar en el mejor restaurante de Painswick.

—¿Han abierto algún sitio nuevo? —preguntó curiosa ella, pues el pueblo era pequeño y ninguna novedad escapaba de convertirse en noticia local.

—Podría decirse que sí.

—Ese podría no me convence, pero el hambre que tengo no tendrá más remedio que fiarse de ti.

—Usted primero, señorita. —Evan extendió los brazos y le cedió el paso hasta su coche.

—¿Tan lejos está que no podemos ir andando?

—No demasiado, pero me apetecía callejear al lado de una mujer bonita por primera vez en este pueblo.

—Me temo que mi pelo se aplastará contra el techo de tu coche. Este moño me ha hecho crecer diez centímetros por lo menos. —Evan rio y bordeó el coche, tras cerrarle la puerta, para montar por su lado.

—¿Preparada?

—Desmayada, más bien.

—Creo que sobrevivirás. No será mucho.

—Eso espero, apenas puedo mover el cuello.

—¿Siempre eres así de exagerada y crítica contigo misma? —Evan sacó el coche del aparcamiento y se incorporó a la calle.

—Ya te he dicho que he tenido tiempos mejores.

—No hay tiempos mejores o peores, solo momentos. Cómo sean o cómo los vivamos, solo depende de nosotros.

—¿Siempre eres tan analítico? —preguntó ella, devolviéndole la jugada.

—*Touché.*

—¿Y cómo dices que se llama ese restaurante?

—Hoy lo llamaré mi bistró, pero normalmente lo llamo mi casa —le sonrió de un modo deslumbrante, que hizo que su corazón se agitara como una mariposa.

—¡A tu casa! —exclamó con la mirada fija en el frente. Era cierto que ese moño la tenía más tiesa que una vara.

—Sí, por norma general todo el mundo tiene una. No sé qué es lo que más te sorprende, que te lleve a mi casa en una primera cita o que haya preparado yo la cena allí.

—¿Esto es una cita?

—Yo diría que sí. ¿Qué es si no?

—Una quedada de amigos, una cena informal, un plan como otro cualquiera.

—En cualquier caso es una cita.

—Visto así... Sí —claudicó ella.

—Puedes estar segura de que no haré nada contigo que tú no quieras hacer. He hecho la cena para ti para devolverte un poco todo lo que haces por la gente cada día en ese obrador —dijo, algo molesto con la actitud de Isabella.

—Lo siento, igual he sonado algo borde y quizá esté exagerando mucho las cosas, pero soy así, no puedo evitarlo.

—Seguro que puedes hacer un esfuerzo y relajarte un poco.

—El vino suele relajarme un poco.

—¿Y si te ofrezco una copa, no pensarás que quiero emborracharte y aprovecharme de ti?

—Sé que no lo harías. Me lo has prometido hace un segundo. —Isabella se cruzó de brazos y esbozó una sonrisa.

—Es cierto, estás salvada. Ya hemos llegado —dijo, tras estacionar el coche, tirando del freno de mano.

# 15

El pisito de Evan era pequeño pero coqueto. Era cierto que le faltaba un poco de decoración para hacerlo acogedor, pero estaba limpio y ordenado. El salón lo componían un sofá de tres plazas bastante amplio de color beige y una mesa de centro sencilla casi del mismo tono, ambos elementos frente a una gran pantalla de televisión de unas sesenta pulgadas, algo muy típico en los hombres solteros, como si necesitaran instalar un cine en casa de alta resolución para reafirmar su masculinidad.

El resto de muebles era casi inexistente, tan solo una mesa redonda, donde apenas cabían cuatro personas con sus respectivas sillas a juego. Todo comprado en kit en algún gran almacén de la zona.

—Pondré la mesa —dijo, nervioso. Se notaba que no recibía visitas muy a menudo.

—¿Necesitas ayuda?

—No, eres mi invitada. Enciende la tele, ponte cómoda —le gritó desde la cocina, de la que escapaban sonidos de enseres y cajones—. No te asustes por el ruido, lo tengo todo bajo control.

—Tranquilo, sé que te apañarás —dijo, tirándose en el sofá, al punto que pensaba lo ideal que sería ver una película allí con Evan, tapados hasta el cuello con una mantita.

—Espero que eso de que tienes hambre sea cierto, no calculo muy bien las cantidades con la pasta —dijo, apareciendo con un mantel sobre los hombros y un par de copas en las manos.

—¿Estás seguro de que no necesitas ayuda? —preguntó Isabella, asomando la cabeza por encima del respaldo del sofá.

—No, no... Yo puedo. —Evan miró a todos lados para buscar un lugar donde dejar las copas provisionalmente mientras colocaba el mantel, provocando la risa de ella, que se levantó del sofá para ayudarle.

—Dame esas copas, tú pon el mantel —dijo, cuando estuvo a su altura.

—Gracias, debes pensar que soy un bobo.

—Para nada. Es muy caballeroso que hayas cocinado para mí, te lo

agradezco.

—Vaya, hace un rato me has hecho creer que era un descarado.

—Ya te he dicho que soy así y, más aún, si estoy nerviosa —le confesó, apiadándose de aquel chico tan encantador.

—Yo también lo estoy, creo que se me nota.

—Un poco, pero eso me ha relajado un poco a mí. Somos dos tontos —dijo Isabella, posando la mano sobre el brazo de él.

—Iré a por el vino —le dijo tras unos segundos, en los que sus miradas se quedaron fijas, generando un instante maravilloso entre ambos.

Entre los dos acabaron de acomodar en la mesa todo lo necesario para disfrutar de la cena, y Evan sirvió unos *tagliatelle* con salsa *ricotta*.

—Júrame que esto lo has cocinado tú y no lo has comprado en el Tesco —dijo Isabella, tras probar el primer bocado. Estaba delicioso y debía admitir que aquello la había sorprendido muy gratamente.

—Palabrita. —Evan alzó la mano en señal de juramento.

—Te felicito, están muy ricos. ¿Qué llevan?

—Queso *ricotta*, como bien indica el nombre de la salsa, orégano, nueces picadas, sal, pimienta y, como producto estrella para darle mi toque especial, unas hojas de menta fresca.

—Me lo apuntaré. Debo confesar que, a pesar de ser buena con la repostería, el resto de comidas se me resisten un poco —dijo ella, cargando de nuevo el tenedor con aquella delicia.

—No creo que sea para tanto. Es solo cuestión de buscar en internet recetas y seguirlas al pie de la letra.

—Eres un chico muy resuelto, me has sorprendido gratamente.

—Bueno, todavía hay cosas que se me resisten, como coser. Soy nefasto enhebrando agujas, y los puntos nunca me salen rectos.

—Pues en eso coincidimos. Yo no sé ni coser un botón, por eso busco prendas sencillas o con cremallera y odio las camisas.

—Yo hoy llevo una camisa. Si quieres me la quito —dijo Evan, haciendo ademán de desabrocharse los primeros botones.

—No, no, no las detesto para los hombres, pero no tengo tiempo de coser botones, tú ya me entiendes —dijo, sofocada, pues la idea de tener a Evan en semejante tesitura la ponía algo cardíaca.

—Era una broma, mujer. Es de mala educación comer en presencia de otros sin camisa. Mi madre nos educó muy bien.

—Eso es cierto, hizo de ti un gran hombre.

—Gracias, ella sí era una gran mujer. Siempre dispuesta a ayudar a sus hijos, era el motor de todo. Lamentablemente la perdí hace dos años.

—Lo siento mucho, ¿cómo se llamaba?

—Angie —respondió Evan, a quien lo ojos se le humedecieron.

—Perdona, veo que hablar de ella te pone triste.

—No, al contrario, recordarla me llena el corazón de buenas vibraciones.

—Has tenido suerte con ella —dijo Isabella, pensando en por qué su madre no podía ser de ese modo con ella.

—Y tú con la tuya. Eres una mujer estupenda, algo te habrá enseñado bien.

—Bueno, como ya te dije es demasiado crítica conmigo y no nos llevamos bien. —Isabella dejó el tenedor sobre el plato y, sin levantar la vista, se limpió las comisuras con la servilleta.

—Eso es porque quiere lo mejor para ti, se preocupa, aunque tú no lo veas de ese modo y su actitud te moleste. Seguro que lo hace de manera inconsciente.

—Se nota que no la conoces bien —sonrió sin ganas—, mi madre hace todo de manera consciente. Al contrario que a ti, pensar en ella me llena de malas vibraciones.

—Es un poco exagerado eso que dices. Es tu madre.

—Bueno, dejemos el tema, ¿vale? —pidió Isabella para zanjar cuanto antes la charla. No quería que esa conversación enturbiara aquella fantástica cena.

—Vale, me parece bien —sonrió él, conciliador, pues tampoco deseaba entristecer o molestar a Isabella hablándole de su madre, a quien no parecía tenerle mucha estima—, además, quiero que pruebes mi postre. Espero que no seas muy dura conmigo.

—Seguro que me encantará.

—No es gran cosa, pero no quería cagarla arriesgando con una receta compleja. Va a ser difícil impresionar a la reina de la repostería del momento.

—Ya me tienes impresionada —rió ella.

—Espero que en el buen sentido.

—Por supuesto, seguro que el colofón final será tan delicioso como el plato de pasta. —Isabella se levantó para ayudar a recoger la mesa, pero Evan se lo impidió y le sirvió otra copa de vino.

—Relájate y disfruta. —Le guiñó el ojo y se adentró, cargando con los platos, en la cocina.

Al poco, Evan volvió con dos platillos hondos, donde asomaban

cimbreadas una especie de gelatinas de color beige.

—Cierra los ojos —le pidió.

—Me temo que ya he visto un poco.

—Igualmente ciérralos, por favor.

Isabella obedeció, aunque ya sabía que se trataba de panacota. ¿Qué otra cosa podía ser si no? Mientras se encontraba apretando los ojos, haciendo un verdadero esfuerzo por no abrirlos, sintió que el aire que se encontraba a su alrededor se iba calentando. El espacio vital, que había entre ella y la mesa, se había reducido notablemente y que el olor del perfume de Evan ahora pululaba muy cerca de sus fosas nasales. Lo que sucedió después la dejó sin aliento. Los labios de aquel hombre se encontraban pegados a los suyos, en un mullido y tierno beso. No supo cómo reaccionar, tan solo se quedó estática, con los labios acartonados y sin movimiento hasta que él se apartó, visiblemente turbado. La reacción de Isabella no era la que él había esperado al atreverse a besarla a traición.

—Disculpa mi atrevimiento —dijo Evan en cuanto la vio abrir los ojos de par en par. Su mirada revoloteó por el rostro de Isabella, buscando una explicación—. Di algo, por favor.

—Ha... Ha estado bien —dijo con la voz temblorosa. Aquel inesperado beso le había robado las palabras.

Habían pasado más de dos años desde la última vez. Dos largos años en los que su cuerpo no había experimentado algo como aquello. Isabella incluso había olvidado lo que era un beso. Cuando veía en la televisión parejas besarse ni siquiera podía intuir ya qué podrían estar sintiendo, pues no se permitía el elucubrar situaciones o empatizar con esos momentos ficticios. Y Evan le había robado de un plumazo la castidad de sus labios y pensamientos. Había sentido la calidez de su boca, la dulzura con la que delicadamente se habían unido sus labios con los suyos, y ella no había sido capaz de mover ni un solo músculo de la cara. Se había quedado paralizada de cintura para arriba, pues no podía decir lo mismo de su sexo, que había experimentado una placentera sacudida en respuesta al atrevimiento de Evan.

## 16

—Vaya —dijo él, sonando ahora decepcionado, algo que confirmó con las siguientes palabras que emitieron sus labios. Esos mismos labios que habían dejado tan fuera de juego a Isabella—. Esperaba otra cosa —sonrió, incómodo—, pero veo que te he molestado y no era esa mi intención. Lo lamento mucho, Isabella.

—No... Tranquilo... No pasa nada —ella trató de quitar hierro al embarazoso momento que se había generado entre los dos.

Estaba desconcertada por su osadía, no había tenido tiempo para prepararse. No esperaba así de pronto que Evan se atreviera a besarla en la primera cita y no había reaccionado bien. Ahora se daba cuenta de que todo el daño que Ben le había causado no estaba en absoluto reparado. La brecha era demasiado grande y el dolor se había colado por esta, desparramándose, sin hacer ruido, pero mojándolo todo sin llegar a secarse bien. Estaba jodida de verdad. Su incapacidad de reaccionar ante aquel beso de un modo natural, como lo haría una mujer a la que le gusta el hombre que tiene delante, lo demostraba con creces. Estaba rota.

—No sé... Pensaba que tú... Perdona... Te he visto ahí tan bonita, con los ojos cerrados... y... Lo siento... Me he dejado llevar... No he podido resistirme. Soy un estúpido. Llevo deseando besarte desde el primer día... Y pensaba que tú también lo deseabas, pero ya veo que me equivocada. —Evan no podía estar más avergonzado por lo ocurrido, pues pensaba que su arranque había molestado a Isabella y ella seguía sin actuar de un modo natural, sacándolo de su error.

—Comprendo... No importa... —A Isabella tampoco le salían palabras firmes. Aquello había sido demasiado inesperado. No es que no pensara que pudiera ocurrir, pero esperaba que fuera con el pasar de los días, cuando se conocieran mejor. No había tenido tiempo de mentalizarse. De hacerse a la idea. De cristalizar el pensamiento en una imagen y hacerla real antes de que sucediera para no quedarse en shock, como había pasado.

—No volverá a ocurrir. Te lo prometo. Espero que seas capaz de borrar

de tu mente lo que acaba de pasar —Evan aseguró serio. Se la había jugado con Isabella, pues ella le gustaba mucho, pero la había jodido por completo. Había malinterpretado las señales.

Ella asintió y sonrió levemente.

—Es mejor que me vaya.

—Pero no has probado la panacota. —Evan no quería que ella se marchara de aquel modo.

—Tiene una pinta deliciosa, pero se me ha hecho un poco tarde —se excusó Isabella mirando el postre en el plato y luego miró hacia la pared, donde al entrar había visto un reloj colgado. Eran las ocho y media —. Tengo que ir a la pastelería... Para hacer los pasteles para mañana... Porque soy pastelera... —rió tontamente—... Bueno, eso ya lo sabes —terminó, dándose la vuelta para ir a buscar el abrigo.

Evan sonrió, inquieto. Completa cagada. Isabella no tenían ningún interés en él y encima la había incomodado sobremanera con su atrevimiento.

—Puedo ir y ayudarte, así terminarás antes.

—Mejor que no. —Ella hizo una mueca rara que él interpretó como un «mejor, mantente lejos de mí» antes de abrir la puerta y salir.

—Isabella —la llamó él y ella se volvió para escuchar sus palabras—. Mañana estaré ahí a las cuatro.

Ella asintió con rapidez y, tras despedirse con torpeza, se marchó precipitadamente, bajando los escalones a toda prisa, como si le quemasen las plantas de los pies. ¿Cómo podía ser tan imbécil? ¿Cómo podía haber actuado de esa manera tan idiota?, se preguntó, enfadada a más no poder. Ahora Evan pensaba que la había molestado, y no solo un poco, sino una barbaridad, y en consecuencia desecharía la idea de tener algo con ella y ya no volvería a intentar nada. La había fastidiado... Y se sentía fatal, pero en su defensa había que decir que Isabella no estaba preparada... Todavía no... Maldito Ben. Pensaba que lo tenía superado, pero se había dado cuenta de que no era así. Que el daño que le había hecho abandonándola de aquel modo tan rastrero estaba tan enmarañado en sus entrañas, que haría falta destriparla para poder extraer cada lamento y cada pena que empapaba la brecha.

Salió del adosado, donde estaba ubicado el pisito de Evan, antaño una vivienda unifamiliar, reformada y habilitada como edificio de varios apartamentos tamaño Pin y Pon, igual que muchas de esa calle de Painswick, y recorrió con el alma en vilo las apenas siete calles que distaban hasta su establecimiento.

Al abrir el candado de la verja sintió que una lágrima luchaba por escapar. La dejó ir. ¿Para qué resistirse? El dolor seguía allí por mucho que quisiera no verlo. Había llorado mucho al principio, pero luego se había negado a sí misma el derecho a derramar ni una sola lágrima más por culpa de Ben, hasta que dejó de sentir esa necesidad de canalizar el dolor.

Luego fueron dos y después tres. Para cuando abrió la puerta ya eran más de diez las lágrimas vertidas, y les siguieron otras diez, camino del obrador. Siguió contando hasta treinta mientras se ajustaba el mandil y se lavaba las manos. Tras eso dejó de contar y se puso manos a la obra.

Estaba desolada y en su cabeza comenzó a sonar una melodía melancólica que la puso aún más triste y siguió llorando sin poder controlarlo. Lloraba con tal intensidad que las lágrimas resbalaban como un torrente sin freno, mojándole las mejillas, el cuello, los hombros, el escote, los brazos y las manos. La solución salina se fue incorporando a la nueva masa que estaba elaborando en aquel momento y pensó entonces que aquello podría perjudicar el sabor de esta, por lo que la apartó a un lado y, tras secarse las lágrimas de la piel y lavarse las manos, empezó de nuevo con unos ingredientes sin adulterar. Más tarde ya pensaría qué hacer con aquella masa desechada, era una lástima tirarla, pero no podía vender nada que hubiera sido contaminado, aunque no fueran más que lágrimas derramadas.

El tiempo pasó en la más absoluta de las tristezas. Isabella no sabía qué le pasaba. ¿Por qué no había sabido reaccionar a aquel beso? Ella no era así o, al menos, ya no era así. Aquellos días en los que se dejaba abatir por la desolación formaban parte de un pasado que había dejado atrás, pero al parecer no. Aquello seguía presente, solo que agazapado entre sus entrañas.

Durante aquellas horas de melancolía elaboró los pastelillos necesarios para las primeras horas de venta y, como aún faltaba una hora para la medianoche, decidió hacer unos rollos sencillos con la masa desechada, para su propio consumo. Esas lágrimas debían volver a formar parte de su legítima dueña. Al terminar la remesa, pensó que estaban muy sosos a la vista y los fue coronando con un merengue de vainilla y arándanos. Los párpados le pesaban y los ojos se le cerraban mientras ultimaba aquellos rollos que no pensaba bautizar con ningún nombre. Y con ese último pensamiento se quedó dormida, desplomada sobre la encimera del obrador, la frente aplastada contra una corona cremosa.

Aunque Isabella no fue consciente de ello, al abrigo de su obrador cerrado a cal y canto, el cielo nocturno de Painswick la acompañó en sus horas de

llanto. Mientras ella derramaba lágrimas, la lluvia caía torrencial, primero mojando las calles y las aceras de la tranquila localidad, luego encharcando el cemento y hormigón para finalmente formar auténticos ríos que convirtieron por espacio de unas pocas horas aquel pintoresco pueblo en una pequeña Venecia. Si alguien hubiera querido salir de su casa, los dos palmos de agua se lo habrían impedido, necesitando para desplazarse una zodiac o, al menos, unas botas de pescador. Pero nadie necesitó salir, pues todos durmieron como troncos, acunados por el rítmico ronroneo de las gotas disolviéndose en el agua de los nuevos canales formados, y el aguacero cesó y el agua, tal cual llegó, se fue marchando, llevándose la suciedad anidada en los confines de Painswick y cualquier rastro de lo que allí había ocurrido en las horas previas.

La noche siguió su curso, dando paso a la brillante luz de un nuevo día, que acarició cristalina los tejados oscuros y silenciosos, despertando a sus inquilinos del plácido sueño en el que los había sumido aquella tormenta.

# 17

—Pero ¿qué haces así? —La voz de Dana la despertó de golpe. Eran las ocho y media e Isabella había dormido sin descanso en aquella incómoda postura.

Asustada, levantó la cabeza, y Dana no pudo evitar soltar una estruendosa carcajada al verla.

—Pareces un unicornio —rió, acercándole un rulo de papel secamanos.

—Me quedé dormida anoche —dijo, limpiándose el merengue de la frente, pues había utilizado como almohada uno de los rollos.

Su amiga sacudió la cabeza. Isabella era un caso.

—Eso ya lo veo. Trabajas demasiado y debes estar hecha polvo —comentó, viendo que trataba de desencajarse los huesos del cuello.

—No me queda otra.

—¿Y eso? —preguntó, refiriéndose a los rollos que tenía sobre la mesa.

—El resultado de mi tristeza.

—¿Qué quieres decir con eso? ¿Es que no fue bien la cita con Evan? Te envié como mil wasaps preguntando y, al ver que no respondías, deduje que lo estabas pasando de maravilla con nuestro policía pastelero favorito.

—Pues fue de maravilla hasta que me dio un beso... —Dana abrió la boca a más no poder e Isabella negó con la cabeza, disgustada—. No te emociones tanto, la fastidié y mucho, además. —Asintió, ahora enfadada consigo misma—. Me quedé fuera de juego, inmóvil como una estatua y luego le dije que había estado bien, solo bien, como una completa imbécil. El caso es que él lo interpretó como que me había molestado y me dijo que no volvería a suceder. Soy un maldito desastre, Dana —admitió, tratando de reestructurarse la nuca, moviendo la cabeza a los lados con cara de dolor.

—Dios, sí que es verdad que eres un desastre, y eso que todavía no te has visto. Necesitas ducharte y cambiarte de ropa. Luego hablaremos largo y tendido de Evan y veremos cómo resolver esa tremenda cagada tuya.

—No tiene solución, la he fastidiado pero bien. Y no puedo irme, tengo mucho trabajo que hacer —protestó levantándose de la silla como un muñeco

articulado. No podría estar más tiesa. Tenía entumecidos hasta los huesos del oído.

—Tienes pasteles hechos hasta por lo menos media mañana, y luego puedes hacer más, porque, conociéndote como te conozco, seguro que tienes relleno y masa congelados para una semana. Vete a casa ya, dúchate, péinate bien y maquíllate un poco, ponte ropa bonita, y vuelve renovada, como una ave fénix —dijo teatralmente—. Venga, venga... —La fue empujando hasta la puerta del obrador.

—Oye, no me atosigues. Intento andar —protestó—, pero es que no puedo ir más rápido. Las piernas no me van. Y otra cosa —dijo, alzando el dedo índice y ladeando la cabeza en dirección a su amiga—, ni se te ocurra vender estos rollitos.

—Que sí, pesada, lárgate a casa ya y adecéntate un poco, que pareces una loca recién salida de un sanatorio.

En el exterior, un enjambre de clientes hacía cola, como venía siendo habitual desde hacía un par de semanas. Recibieron la apertura de puerta con sus acostumbrados saludos y sonrisas a la creadora de su pastel favorito e indispensable ya en sus dietas.

Isabella salió a la calle rumbo a casa. Parecía un oso panda, pues sendas ojeras marcaban a fuego su cara, resultado de su llanto y tristeza de la noche anterior. La flojera se había apoderado de sus piernas y andaba con dejadez y hastío, sin ser consciente de la realidad a su alrededor, hasta que un fuerte bocinazo la sacó de su ensimismamiento.

—Isa, Isabella. —Alguien bajó de un vehículo y la zarandeó para comprobar que estaba en perfecto estado—. Gracias a Dios que estás bien.

—Lo siento, no sé qué me ha pasado.

—Pues que vas en plan zombi y has cruzado sin mirar. Eso es lo que ha pasado —dijo Evan, con el corazón acelerado—. No tienes buen aspecto.

—Gracias —dijo ella—. He de irme. Nos veremos luego.

—¿Piensas de verdad que voy a dejarte ir sola adonde quiera que vayas? Sube al coche.

—No, solo voy a casa. Paso de subir y verle la cara a tu compañero Johnny.

—Voy solo. Hoy Johnny tenía unos asuntos que resolver y, aunque no es lo habitual, estoy haciendo la ronda solo.

—Pues igualmente no necesito que me lleves. Estoy bien —afirmó ella contundente, aunque fuera difícil creer tal cosa, pues parecía un alma en pena.

—Llevas la misma ropa que anoche, por lo que deduzco que no ha sido tu mejor noche, quizá en parte por mi culpa.

—Tú no tienes la culpa de nada. La culpable soy yo, no solo de lo que haya pasado entre nosotros, de todo en general. Soy un desastre. Igual mi madre no está tan equivocada.

—Necesitas relajarte y que te echen una mano. Déjame llevarte a casa y prepararte algo de desayunar.

—No quiero molestar. —De nuevo los ojos de Isabella se empañaron de lágrimas, mostrándose vulnerable frente a un hombre por segunda vez en su vida.

—Venga, sube al coche. Te prometo no poner la sirena —bromeó Evan, empujándola levemente por la espalda para poder llevarla a casa.

—Está bien, pero no hace falta que me prepares el desayuno, ya hiciste bastante anoche.

Evan se quedó parado, vaya, pues sí estaba mal la cosa. Ella no tardó al ver la expresión de su cara en deducir que de nuevo había estado poco acertada en la elección de sus palabras.

—Me refiero a la cena que me hiciste, que estaba deliciosa, pero... —Se detuvo para buscar una combinación ahora que no hiriera más al ya de por sí herido Evan, que la seguía mirando circunspecto.

—¿Pero?

—No hay peros, fue todo fantástico, solo que no estaba preparada.

—¿No estabas preparada para un beso? —preguntó él, abriéndole la puerta del vehículo policial—. Lo siento, pero tendrás que ir detrás. Son las normas.

—El que nos vea pensará que me has detenido —le repuso ella, mirando el interior con recelo.

Evan se rascó la nuca y sonrió.

—¡Qué piense lo que quiera!, pero no puedo hacer la excepción contigo. Las normas son las normas.

—Lo entiendo —dijo, montando en el coche, al tiempo que él apoyaba la mano sobre su cabeza, como solía hacer cuando llevaba alguien preso. Ella volvió el rostro y lo miró fijamente—. Pero ¿qué haces?

Evan apartó la mano con premura, un poco avergonzado, y se rio, luego dijo:

—Perdona, es la costumbre.

—¿Y por qué no me esposas ya de paso?

Él levantó una ceja y le dirigió una amplia sonrisa, que ella aceptó, radiante.

—¿Te gustaría?

—Evan...

—Isabella...

Tal vez no estaba todo tan perdido como pensaba.

—Poco a poco, dame tiempo.

—Todo el que necesites —dijo, cerrándole la puerta.

Evan la acompañó a su casa y se ofreció a echarle una mano, pero Isabella se negó, no creía que fuera un buen momento, incluso algo impropio después de cómo lo había tratado la noche anterior. No podía seguir dándole esperanzas si ella no estaba dispuesta a dejarse llevar del todo, y aquel poco a poco era justo lo que necesitaba y pensaba respecto a Evan. Era realmente estupendo, amable, resuelto, gracioso y guapo, él no fallaba, fallaba ella, y Evan no se merecía eso.

# 18

Una hora más tarde estaba de vuelta en la pastelería, la entrada seguía colapsada de yonquis, clamando su ración diaria de Amor glasé, y tuvo que pedir paso a diestro y siniestro para poder acceder al interior.

Tras abrir la puerta, dio tres pasos y se quedó por completo parada. Su amiga Dana atendía como siempre el mostrador, pero estaba hecha un mar de lágrimas. Su llanto era tal que, mientras con una mano abastecía bandejas de pastelillos, la otra portaba un pañuelo roñoso con el que no paraba de enjugar las lágrimas que brotaban sin cesar de sus bonitos ojos, emborronando su maquillaje. Tenía el rímel corrido de tal manera que su parecido con el protagonista del *El cuervo* era asombroso. ¿Qué le pasaba?, se preguntó Isabella, hacía apenas sesenta minutos estaba tan campante y más feliz que una perdiz, un sentimiento ligado a su carácter siempre alegre y despreocupado.

Cuando se repuso del impacto de verla en ese estado tan lastimoso, se acercó a ella y le pidió con un gesto de la mano que se retirara al obrador para hablar.

—¿Qué te pasa? ¿No me digas que mis males son contagiosos?

—No... No.... No lo sé —respondió con gran dificultad, como si le costase un mundo hilar más de dos palabras seguidas—. Ha sido de repente, pero no puedo... —hizo un alto para ahogar un llanto—... No puedo dejar de lloraaaar —terminó explotando otra vez.

—Pero ¿por qué? —quiso saber Isabella muy preocupada.

—Que te digo que no... No... No lo sé. Ha sido así sin más. —Se encogió de hombros antes de volver a estallar nuevamente.

—Pues no puedes trabajar así.

—¿Por qué? Pero si no me pasa naaada.

—¿Nada? Pero ¿tú te has visto? Si pareces una plañidera a la que se le ha prometido un plus.

—Estoy bien.

—¿Seguro?

—Sí.

—Está bien, pero antes ve y lávate la cara que pareces un mapache, mientras tanto saldré yo a atender.

En diez minutos, Dana salió por la puerta recompuesta y con la cara lavada, pero en su rostro seguía dibujada la pena.

—¿Seguro que estás bien? —insistió Isabella.

—Sí, más o menos, solo son estas estúpidas lágrimas que no dejan de brotar.

—Venga, pues te dejo, que tengo que preparar más pasteles —dijo, mirando el expositor ya casi en las últimas—. Luego hablamos y me cuentas.

—Pero si estoy bien.

—Yo no te veo bien.

—Que sí, que estoy bien —insistió forzando una sonrisa, que le salió torcida, pero ya era algo.

—¿Queréis dejar de cotorrear y atender a los clientes? —intervino de malas maneras la señora Grace, la mujer del párroco, cuya bondad debía haberse quedado en la sacristía haciendo compañía a su esposo.

—Pero no ve que Dana no se encuentra bien —la regañó Isabella sin contemplaciones.

—Seguro que es cosa de hombres —aseguró, abanicándose el pecho con la mano.

—¿Y eso por qué?

—Pues porque sí, siempre son los hombres los culpables de las lágrimas de una mujer.

—¡¿Y usted sabrá mucho de eso?! —terció henchido de sarcasmo en la conversación el señor Peters.

—Pues sí —se mantuvo en sus trece la señora Grace, dirigiéndole una mirada cargada de inquina.

—Bueno, ¿qué es lo que quiere? —le preguntó Dana, con nuevas lágrimas en los ojos, zanjando aquella charla sobre ella misma, que estaba derivando en una disputa entre los parroquianos, y aquello aún la afligía más, aunque no entendía el porqué, los chismes de Painswick se la traían al paio.

—Pues lo de todos los días, tres Amor glasé.

Y así quedó la cosa. Isabella entró de nuevo en el obrador y se dispuso con los preparativos de la siguiente remesa. Mientras desmoldaba las placas de bizcocho, su mirada recayó en la bandeja de rollitos.

Los contó y los volvió a contar.

Diez las dos veces.

Había preparado una docena, pero uno había quedado destrozado bajo su cabeza mientras dormía, ¿y el otro? ¿Dónde estaba el otro? ¿Y sí...? No, no podía ser. Dana no podía habérselo comido. Pero ¿y si sí se lo había comido? Tenía que saberlo, dejó el bizcocho sobre la mesa y salió velozmente a la tienda.

—Dana —la llamó y, cuando esta se volvió para atender a su llamada, le preguntó—: ¿Dónde está el rollito que falta?

—¿Qué rollito?

—Ese que no está en la bandeja que te he dicho que no pusieras a la venta.

—¿Ah, ese? Me lo he comido.

—¡¿Qué?!

—Estaba muy bueno.

—Pues yo quiero uno —habló decidida Carla Saffron, una compañera de la escuela de ambas amigas, que ya tenía tres niños, el más pequeño de ellos berreaba en su carrito de paseo como un descosido.

—Y yo también —intervino un señor que nadie de los presentes conocía. Debía ser un vecino llegado de otro pueblo.

—No. Eso es imposible —se negó rotunda Isabella.

—¿Qué les pasa a esos rollitos? —quiso saber Dana, secándose las lágrimas, la pobre llevaba ya una hora de llanto sin tregua.

—Son un experimento —respondió Isabella en voz baja.

—¡¿Un experimento?! —exclamó su amiga sin ningún tipo de reparo.

—Shiiiiiss —la chistó Isabella, haciéndole un gesto para que entrara con ella al obrador, generando crispación entre los presentes.

—Venga, hombre, ahora se van de cháchara —gruñó el señor Taylor, sacando la cabeza entre la multitud.

—Señor Taylor, es la segunda vez que viene usted hoy, así que no rechiste o le limitaré el consumo —dijo Dana antes de traspasar la cortinilla separadora.

—Pero ¿te has vuelto loca? ¿Qué le has echado a esos rollitos, pedazo de *drogadora*?

—Esa palabra ni siquiera existe —le repuso Isabella.

—Pero tú me has entendido. ¿Tú has visto cómo estoy?

—Pero que mal concepto tienes de mí. Aún recuerdo cuando querías que esnifara azúcar.

—No tergiverses las cosas. ¿Qué ha pasado?

—Igual pensarás que estoy loca, pero... De verdad creo que hay algo en

mí que tiene poderes mágicos.

—Sí, claro, y yo voy a ganar el *Britain's got talent* lanzando cuchillos.

—Te lo digo en serio. Tú misma lo has comprobado comiéndote un rollito. Verás, ayer mientras preparaba la masa empecé a llorar, y vi que unas gotas se derramaban en ella. No podía servírselo a la gente, pero pensé que para mí misma no habría problema.

—¡Serás cerda! ¿Me he comido tus lágrimas? ¿Esas que caen del lagrimal, donde se pegan las legañas mañaneras?

—No tenía legañas, solo era agua salina.

—¡De tus ojos!

—Sí, de mi ojos. Quieres dejar de gritar.

—Se me ha quitado la pena de golpe, te lo juro.

—Pero dime, Dana, ¿me crees?

—Lo que creo es que necesitas echar un quiqui con urgencia.

—Eso posiblemente también —reconoció Isabella.

—Pero júrame que no lo harás sobre la encimera del obrador y luego me comeré algún bollo adulterado de «eso». —Dana hizo una mueca de asco.

—¡No seas bruta!

—Perdona, puedo ser lo que yo quiera. Te tengo dentro de mí en forma líquida en contra de mi voluntad.

—Anda, luego hablamos, termina con esos locos de ahí afuera. —Isabella no podía dilatar más aquella conversación, tenía mucho trabajo por delante, como siempre últimamente.

—¿Has pensado en cerrar unos días, tomarte un descanso y poner en orden esa cabeza que tienes? Creo que estás perdiendo la chaveta, Isabella. —Dana rodó su dedo índice contra su sien y se marchó a seguir atendiendo a las masas.

La idea de Dana no era tan descabellada, el ritmo de trabajo era frenético y estaba haciendo mella en su cuerpo, y quizá en su cabeza. Dana podía estar sufriendo alergia primaveral, las gramíneas estaban empezando a florecer y el ambiente apuntaba a que ese año la estación se adelantaría, pero también había que tener en cuenta que había comido uno de sus rollitos... Isabella estaba hecha un lío, además, no recordaba estar especialmente feliz el día que elaboró por primera vez aquellos Amor glasé que le dieron la fama, pero sí esperanzada, animada por que las cosas cambiaran. En cualquier caso, algo estaba pasando en Painswick, en Isa Deli y quizá en su mente.

## 19

Isabella comenzó a hornear sola, los clientes no esperaban. Tal y como le había dicho Dana, tenía congelados masa y relleno. Las placas de chocolate se hacían a montones y tenía de sobra para un par de días, y la nata con el sifón estaba lista en un momento. Sus dotes organizativas y la ayuda extra que Evan le ofrecía habían hecho más eficientes sus cualidades reposteras.

Mientras sacaba la primera hornada del cupo de la tarde, su estómago le advirtió con un rugido de que no había pegado bocado desde la cena en casa de Evan. Aunque ella le había prometido que iba a darse un baño y a comer un buen desayuno, había optado solo por lo primero y, tras beberse de un trago lo que quedaba de café en la jarra de su cafetera de goteo, salió disparada hacia Isa Deli.

En ese momento tenía dos opciones, echarse a la boca un rollito, a peligro de ponerse como una oligofrénica, o un Amor glasé. No se lo pensó dos veces, puestos a experimentar cosas extrañas, el Amor glasé la dotaría de alegría desmedida, y quizá seguir creando aquel postre, bajo el influjo de su propio hechizo, triplicaría sus efectos. Triples efectos, triples ganancias, y después, unas merecidas vacaciones en Ibiza.

Mientras comía, Isabella iba elucubrando como en el cuento de la lechera y, cuanto más pastel caía en su hambriento estómago, más ilusiones exacerbadas venían a su cabeza.

—¡Evan! —exclamó más feliz que Kate Middleton el día de su boda, moviendo la manita como lo hacía la princesa sobre el carruaje real, al verlo entrar en el obrador.

—¿Y este recibimiento? —Evan, que no se esperaba ni de lejos esa bienvenida, la miró asombrado y divertido.

—Porque simplemente me alegro de verte.

—Bueno, yo también —dijo tímidamente y con cautela, pues no entendía nada.

—Sabes, he pensado mucho durante un largo tiempo —dijo, bajándose de la encimera sobre la que se había sentado para degustar su creación.

—¿Sobre qué? —Evan arqueó una ceja y la miró con interés.

—Sobre tú y yo, tontín, ¿sobre qué va a ser?

—Pues no sé, me has pedido tiempo, y creo que dos horas escasas no se pueden considerar... —A Evan no le dio tiempo a reaccionar, una Isabella pletórica y fuera de sus cabales le metió a traición un Amor glasé en la boca, estampándolo literalmente en todo el techo de su paladar.

—Cómete uno y hablemos.

—*¿Pedo qué etá pazando aquí?* —preguntó Evan mientras trataba de digerir aquel dulce ataque.

—La vida, Evan, eso está pasando. ¿Acaso no lo ves? ¿Acaso no me has visto esta mañana? No quiero ser una muerta viviente, necesito volver a sentir en mi cuerpo a un hombre. Estoy sedienta. —Isabella se acercó a él con movimientos sexis de dudoso erotismo, aunque su intención en ese momento era ser pura sensualidad.

—¿Has bebido?

—No, no me has oído decirte que estoy sedienta. —Se paró en seco, irguiéndose como un palo, para conferirse dignidad.

—Todo esto es muy raro, Isa. —Evan empezaba a dudar, Isabella podría haber tomado alguna pastilla mágica para sobrellevar la depresión, ella no era así.

—Come y calla —lo obligó—. Pronto nos quedaremos solos.

—¿Solos para qué? —Evan tragó saliva tres veces.

—Para crear algo maravilloso, Evan. Algo maravilloso. —Le guiñó el ojo torpemente.

—Muy bien —dijo poco convencido. La Isabella que tenía delante lo tenía desconcertado—. ¿Y qué quieres que haga de momento?

—Masa de bizcocho. Haz masa de bizcocho como si no hubiera un mañana. —Abrió los ojos de un modo exagerado.

Él asintió y se dispuso a colocarse el delantal y la cofia y lavarse las manos para empezar con los preparativos de la mezcla.

Isabella le había pedido tiempo, que fuera más despacio, y él había pensado darle tiempo. Podía esperar. La espera merecía la pena. Si algo tenía claro en la vida era que ella merecía la pena. Así que simplemente esperaría a que fuera Isabella quien diera el siguiente paso.

Y lo que acababa de suceder parecía eso exactamente, sin embargo, Evan, a pesar de sus ganas, no pensaba que fuera una buena idea dar ahora el paso con ella. Pues ella no parecía ella. La mujer que estaba en ese obrador,

sonriendo y cantando mientras movía el cuerpo al ritmo, era una versión de Isabella superlanzada, y le gustaba, porque era graciosa y sexi, dentro de su torpeza, pero, aunque lo había negado, parecía estar bajo el efecto de alguna sustancia que había provocado un cambio radical en sus planes de la mañana a la tarde. Debía actuar con cautela y no precipitarse como la noche anterior. Luego podría arrepentirse.

—Ay, Dios mío —suspiró ella, de pronto.

—¿Ocurre algo?

—Este calor. Me estoy asando. ¿Tú no?

—Yo estoy bien. ¿Quieres que encienda el aire acondicionado?

—No, no, no —sacudió la cabeza—, me daría frío entonces.

Pues sí que estaba rara, pensó Evan mientras añadía el azúcar a la mezcla. Le echó un fugaz vistazo y vio que ella lo estaba mirando, apartó la vista y siguió trabajando.

Dana entró en el obrador, ya más tranquila, las lágrimas derramadas le habían dejado los ojos rojos, pero su habitual sonrisa había retornado a vestir sus labios.

—Chicos, me voy —dijo.

—¡Genial! Hasta mañana, guapísima —se despidió Isabella llena de entusiasmo—. Anda, ven aquí que te dé un abrazote.

Dana miró interrogativa a Evan, quien rodó los ojos, indicándole con el gesto que la jefa estaba un poco rara, y ella asintió y se acercó a su amiga para ser abrazada.

—¿Te he dicho alguna vez que te quiero mucho, muchísimo? —le preguntó Isabella, comenzando a espachurrarla entre los brazos.

—Sí, pero debe hacer como mil años —respondió, divertida.

—Pues te lo digo ahora. Te quiero muuucho —insistió, separándose para encarar las miradas y ponerse muy seria—. Eres mi mejor amiga.

—Y la única que te aguanta —añadió Dana, burlona.

—Anda, dime que tú también me quieres.

—Tú también me quieres —repitió las últimas palabras.

—¡Qué tontita! Ah, claro, ya sé, te da vergüenza delante de Evan, ¿verdad que sí?

—No, qué va. Yo también te quiero. Bueno... Y si me sueltas, me voy.

—Ah, sí, claro —dijo, deshaciendo el abrazo.

—Pórtate bien con Evan. —Dana le lanzó una mirada a este, cargada de picaresca, y él sonrió nervioso.

—Mejor que bien —le aseguró, sonriente, antes de chuparse un dedo untado con crema de avellanas.

—Bueno, me voy, ahora sí —dijo, dirigiéndose a la puerta.

—Adiós, Dana. Hasta mañana —se despidió Evan.

—¡Y cierra con llave! —vociferó Isabella—. Siempre se le olvida —añadió ahora dirigiéndose a Evan, a la vez que le guiñaba el ojo.

—Estás pletórica —le dijo él, colocando el brazo amasador en la máquina.

—Sí, lo sé, estoy llena de vida ahora mismo. Es por el Amor glasé que me he comido, ¿sabes? ¿Tú no notas nada?

—Estoy contento —admitió, aquella alegría suya era contagiosa. Había llegado un poco apagado, pues no sabía qué iba a encontrar y, al verla tan radiante, se había ido animando—, pero no creo que sea por el Amor glasé.

—¿Y por qué crees que es, listillo? —Isabella hizo un garabato con el dedo frente a las narices de Evan.

—Simplemente por ti.

Esa respuesta fue muy del agrado de Isabella, que dio una palmada en el aire e hizo un giro, como una peonza, y se paró de nuevo frente a él, al otro lado de la encimera central.

—¿Por mí?

—Sí, me gusta verte feliz.

—Pues gracias, igual tú también tienes algo que ver.

—¿Estás segura?

—Claro que lo estoy. ¿Crees que diría algo así si no lo pensara?

—Yo ya no sé qué pensar, pero intento disfrutar estos momentos en los que estás tan... —la miró embelesado—... Tan preciosa.

—Y tú estás muy bueno, Evan, ¡hale, ya lo he dicho! —se felicitó a sí misma por su bizarría—. Estás más rico que el queso pecorino —añadió.

—¿Cuántos Amor glasé te has comido? —Evan soltó una sonora carcajada.

—Solo uno. Lo juro —respondió Isabella, alzando las manos.

—Está bien, te creo. Pero me gustaría que supieras que mantengo lo de dejarte tiempo, no quiero que te veas presionada a que yo te guste.

—Pero me gustas, Evan. Me gustas mucho, solo que ayer estaba hecha un lío y hoy te veo y se me calienta la sangre.

Evan la miró estupefacto. Estaba muy pero que muy lanzada, pero él debía seguir andándose con pies de plomo. No sabía hasta cuándo le iba a durar ese

estado de euforia.

—Vaya, sí que es verdad que estás muy cambiada. Esta mañana estabas hecha un mar de lágrimas y ahora no solo estás... Mírate —la señaló expresivo con las manos—, radiante... Estás muy directa.

—Solo me dejo llevar por las emociones, y ahora me siento genial contigo y tengo ganas de besarte.

—¿En horario laboral? Eso podría ser acoso —bromeó él, con la ceja arqueada.

—¿Me vas a arrestar si lo hago? —lo retó ella.

—No, pero no voy a dejar que lo hagas. Creo que estás poseída bajo el influjo de alguna cosa.

—De la misma cosa que tú el día que me acechaste a la salida del trabajo.

—Es posible, pero sea lo que sea, estás muy rara. Aunque he de reconocer que me halaga lo que me has dicho y espero que mañana lo sigas manteniendo. Si es así, quizá te dé ese beso.

—Mmmm... —Isabella se golpeó la mandíbula con el dedo varias veces —. Trato hecho. —Extendió la mano para que este se la estrechara.

—De acuerdo, ahora déjame trabajar y ponte con lo tuyo o se nos harán las tantas.

—¿Así que ahora eres el jefe?

—Alguien tendrá que ser el cuerdo de esta relación, ¿no crees? —dijo, guiñándole un ojo y volviendo como si nada a mezclar ingredientes en otro cuenco.

Las horas siguientes trabajaron en silencio, cada uno en lo suyo, las cabezas ocupadas en el otro. Isabella no podía evitar imaginar los labios de Evan sobre los suyos, y sobre el resto de su cuerpo, besándola con devoción, proporcionándole un placer extremo. Los pensamientos de Evan no eran muy dispares, yendo por los mismos derroteros, imaginando varios tipos de posturas mientras hacían el amor en el suelo del obrador.

## 20

Isabella se despertó aquella mañana con un dolor de cabeza monumental. No recordaba haber bebido nada, pero tenía la misma sensación de resaca que el día de año nuevo de 2010. Esa Nochevieja se dejó llevar por primera vez y al día siguiente juró que no volvería a beber de aquella manera tan descomunal. ¿Qué estaba pasando con ella? ¿Se había convertido en un hada el mismo día que sopló aquel diente de león? ¿Era una princesa Disney de la primavera? Fuera lo que fuese lo que estaba pasando, estaba cada vez más desconcertada. Se miró en el espejo, tenía el pelo alborotado, las cejas despeinadas, la boca pastosa y la piel más blanca que un pan de leche. Mucho aspecto de hada no tenía, pero incluso con esas pintas, intentó hacer brotar el agua de su lavabo con la mente, sin conseguir absolutamente nada.

—Se te está yendo la chaveta, Isabella —le dijo a su deplorable reflejo.

Tras asearse y adecentarse un poco, cambió el filtro de la cafetera e hizo café. Abrió la nevera y la encontró vacía. Con tanto trabajo, hacía días que no había ido a la compra. Se había estado alimentando a base de sándwiches de máquina y lametones de dedo con crema de avellana.

Quizá fuera eso el causante de sus desequilibrios mentales, la falta de nutrientes. La última vez que había tomado una comida decente fue en casa de Evan. Ese pensamiento le volvió a recordar su penosa reacción ante el beso y, como meteoritos cayendo en picado hacia la Tierra, le acompañaron otros momentos con Evan la tarde anterior en el obrador que hicieron que escupiera el café como un aspersor de jardín. ¿De verdad le había dicho a Evan sin filtro alguno que estaba más rico que el queso pecorino y que quería besarlo? Después, un flashback volvió a sacudir su mente. Había hecho un trato con él, un trato que ahora le daba una vergüenza tremenda y que no iba a poder cumplir. Se propinó a sí misma un pellizco en el brazo, ¿y si lo estaba soñando todo? ¿Y si había sufrido un accidente y estaba en coma y todo aquello del vagabundo, los pasteles, Evan y la tele, eran parte de un estado vegetativo irreversible?

Encendió el televisor y comprobó la fecha en las noticias de primera hora.

Todo parecía estar en orden, el tiempo no se había detenido, no estaba soñando, estaba vivita y coleando.

La llegada a la pastelería fue igual que los días anteriores. Se repetía la misma escena una y otra vez y, en cierto modo, empezaba a cansarla.

—Dana, ¿tú crees que me he vuelto loca? —le preguntó a su amiga en el obrador, a salvo de los oídos cotillas de los parroquianos habituales que se presentaba allí día tras día a primera hora de la mañana para abastecerse de pastelillos.

—¿Cuándo exactamente? Yo creo que has estado loca toda tu vida.

—Lo digo en serio, todo esto me está empezando a hacer mella de alguna manera y creo que ha afectado a mis capacidades mentales. Hoy he intentado mover objetos en el baño.

—Eso lo hemos intentado todos alguna vez, sobre todo cuando estás sentada en el váter y tienes el rollo de papel higiénico en la otra punta del baño.

—Ya veo que no puedo hablar en serio contigo. —Isabella le dio la espalda a su amiga.

—Isabella, aunque no lo creas, a todos nos está afectando de algún modo todo este estrés. No creo que estés loca, ¿vale? Creo que mi llorera de ayer no fue más que ansiedad, los nervios tienen que salir de algún lado. Y tus pasteles triunfan porque están buenos. No le des más vueltas al asunto.

—Sé que está pasando algo más, algo que no es de este mundo.

—Lo que no es de este mundo es ese hombre tuyo. Ayer se le subió un poco la camiseta y no veas la tableta que tiene ahí escondida.

—No es mi hombre.

—Pues eso no es lo que parecía ayer, estabas como una gata en celo.

—¿Y tú cómo sabes eso?

—Porque el obrador y la pastelería tienen una cortina de tela como separador y tengo dos orejas muy bien dotadas.

—¿Hice mucho el ridículo?

—Si lo comparamos con la Nochevieja de 2010, no.

—Me dijo que era muy directa.

—Y lo eres, siempre lo has sido, solo que no te acuerdas, porque hace mil años que no has estado emocionalmente en el mercado. Pero tú eres así de visceral, lo das todo o nada, y eso te hace ser superespecial.

—Gracias.

—De nada, amiga, no hay nada mejor en esta vida que conocerse uno

mismo, con nuestras virtudes y nuestras taras —dijo, antes de dejarla sola con aquel marrón mental.

La mañana siguió su curso de aquella manera. Cada día eran más los que se sumaban al furor de los Amor glasé e Isabella empezaba a aborrecer hacerlos. No se veía toda una vida dedicada a un solo pastel, ella quería hacer más cosas, diversificar el producto, inventar nuevos sabores e incluir clásicos, como el *icefinger*, a su oferta gastronómica. Además, se pasó el día nerviosa por la llegada de Evan y, justo cuando este entró por la puerta, dio un respingo y se cortó con el filo de una bandeja.

—Isa, ¡estás sangrando! —exclamó, corriendo hacia ella.

—No es nada. Es un cortecito —dijo mirando su dedo ensangrentado y sintiendo un leve mareo.

—Ven, siéntate, estás pálida. —Evan le presionó el dedo y la acompañó hasta la silla.

—Qué tonta, normalmente no suelo impresionarme con la sangre.

—Estás agotada y todo suma. Sigue apretando, iré a por unas gasas.

—Están en el botiquín de fuera. Dana me obligó a ponerlo ahí por su seguridad laboral.

—Está bien. No intentes levantarte. No quiero que te abras la cabeza.

—Tranquilo, seré buena paciente.

Evan salió y entro rápidamente acompañado de Dana.

—La autolesión no es la salida, amiga —comentó Dana, poniéndose en jarras frente a ella.

—Muy graciosa. Me he cortado sin querer —refunfuñó.

—¿Te duele? —Dana hizo una mueca de tristeza.

—No es nada, de verdad.

—Voy a echarte agua oxigenada.

—¿Me va a picar?

—No, no te va a picar y, si lo hace, te soplaré, ¿vale?

—Vale. —Isabella asintió como una niña pequeña y Dana la miró arqueando una ceja—. ¿No tienes a nadie al que atender?

—No, listilla. Son mis dos minutos de tranquilidad —le respondió al punto que sonaba el característico tintineo de la puerta de la pastelería. Dana rodó los ojos y suspiró hondo—. Pues ya parece que se han terminado. Señorita Dana, aquí no hay nada que ver —dijo, saliendo del obrador.

Evan desinfectó la herida y le puso una gasa con un apósito.

—¿Te ha dolido?

—No, creo que sobreviviré. No es la primera vez que me corto.

—Me lo imagino, ha sido un placer curarte esta vez. —Evan fijó sus ojos en los de Isabella, creando un instante mágico en el que los corazones de ambos se agitaron dentro de sus respectivos pechos, un instante que se vio interrumpido dos segundos después por Dana.

—Ejem... —carraspeó—. Siento interrumpir de nuevo, pero tienes visita —dijo, dirigiendo la mirada a su amiga.

—Ahora no puedo atender a nadie.

—Es tu madre —le repuso Dana acto seguido.

—¿Qué hace aquí? —bufó molesta.

—Es tu madre, ¿necesita tener alguna razón para venir a verte? —preguntó Evan sorprendido.

—¡Ay, Evan, cómo se nota que no conoces a Catherine Wilson! —dijo Dana—. Bueno, la hago pasar, no quiero que su furia recaiga sobre mí.

—¡Mierda! —exclamó Isabella, poniéndose en pie.

—Tranquila, creo que exageras.

—Gracias que estás aquí y vas a poder comprobarlo por ti mismo —dijo a la vez que su madre entraba en el obrador extendiendo los brazos hacia ella.

—Isabella, querida. —La abrazó casi en el aire y depositó dos besos ficticios sobre sus mejillas.

—Mamá, ¿qué haces por aquí? —Isabella fingió una sonrisa con los dientes apretados.

—Pues verte y echarte en cara lo mala hija que eres por no haberme dicho lo del éxito de tu pastelería. ¿Qué clase de madre se entera de semejante cosa por la tele? —preguntó, fijándose entonces en la presencia de Evan.

—He estado muy ocupada.

—¿Y quién es este?

—Es Evan, mamá. Me ayuda en el obrador a tiempo parcial.

—Creía que con semejante éxito dejarías de hacer pasteles tú misma y tendrías una buena plantilla en marcha.

—No, mamá, me gusta hacer pasteles, es parte de mi vida y de lo que soy. No pienso renunciar a ello.

—Un pajarito me ha dicho que puedes vender la receta a una gran fábrica.

—¿Cómo lo sabes? —preguntó alzando la voz demasiado.

—Tengo contactos, Isabella, grandes contactos. Ya lo sabes, no sé de qué te sorprendes.

—Es cierto, no sé de qué me sorprende. Y ahora dime para qué has venido exactamente.

—Para ayudarte a tomar buenas decisiones, hija. No entiendo por qué querrías seguir manchándote las manos cuando te proponen un negocio como ese. Reconozco que nunca creí en este loco proyecto tuyo, pero ahora puede llevarte a la cima del éxito y vivir la vida que te mereces junto a los de tu clase.

—¿A los de mi clase? Perdona, mamá, pero yo estoy rodeada de gente maravillosa, honesta y trabajadora que cree en lo que hace. Mis pasteles generan felicidad precisamente porque están hechos con amor, y jamás vendería mi receta a un magnate amigo tuyo por mucho dinero que me ofrezca. La gente no brilla por los ceros de su cuenta corriente, brilla por lo que transmite a los demás con sus actos y su corazón.

Catherine puso los ojos en blanco y le repuso:

—Pero, hija, ¿te has vuelto loca?

—¿Y tú, te has vuelto loca tú? Llevas meses sin dirigirme la palabra y apareces justo cuando puedes comercializar mi éxito para presumir entre tu círculo de petulantes amistades. No, madre, yo no me vendo como tú.

—Eres una grosera, yo no te eduqué así.

—Lo sé, lo hizo Magda, mi nani, tú siempre has estado muy ocupada con tu vida como para enseñar valores a nadie.

—Disculpad que me meta, pero creo que estás siendo muy dura con tu madre —intervino Evan que, a pesar de intentar distraerse con sus labores, no podía pasar por alto el tono de aquella conversación.

—Escucha a este muchacho, jovencita. No es modo de tratarme.

—Este jovencito debería meterse en sus asuntos —dijo Isabella dirigiendo una mirada asesina a Evan, que tragó saliva incómodo con la situación.

—Lo siento, yo solo quería ayudar.

—Para eso estás aquí, para ayudarme a hacer pasteles, no para meterte en mis relaciones familiares.

—Hija mía, no sé cómo te aguanta la gente. Ahora entiendo lo que pasó con...

Isabella no la dejó proseguir, estaba harta de sus reproches y desplantes.

—Ni se te ocurra nombrarlo o no volveré a dirigirte la palabra en la vida. —Las lágrimas comenzaron a agolparse en sus ojos, pese a que no quería llorar en su presencia.

—Me voy, no voy a seguir aguantando esta tropelía cuando yo he venido en son de paz. —Catherine comenzó a recolocarse el pañuelo de seda del cuello—. Llámame cuando estés más calmada.

—No creo que lo haga —le repuso, evitando mirarla, centrándose en sus manos.

—Isa... —volvió a intervenir Evan.

Levantó los ojos y los clavó en él. ¡Harta! ¡Estaba harta de que la gente le dijera lo que tenía que hacer!

—Y tú ve a comprar al Tesco esencia de vainilla. Para eso estás aquí, ¿no? —le espetó de malos modos.

Evan asintió con gesto serio y se deshizo del delantal y el gorrito, saliendo tras Catherine.

## 21

Mientras el obrador se cargaba de reproches entre madre e hija, el despacho de la pastelería se convirtió en un maratón de clientes, y no todos satisfechos, como venía siendo lo corriente de un tiempo a esta parte. Dana no disfrutaba apenas de un breve respiro para descansar y charlar con Isabella, y era algo que empezaba a echar de menos. Quería que a su amiga le fueran bien las cosas, pues en consecuencia a ella también le irían bien, pero aquello era demasiado.

—¿Qué desea hoy, señora Parker? ¿Dos Amor glasé, como todos los días? —le preguntó con hastío a la reciente viuda del señor Parker.

—No, nada de Amor glasé. Ayer por culpa de esos pasteles estuve toda la tarde llorando. Venía a poner una reclamación por daños y perjuicios.

—¿Cómo dice? —preguntó una sorprendida Dana.

—Sus pasteles ... —sacudió la cabeza con disgusto—... Me provocaron ganas de llorar.

—¿Y no sería la telenovela esa que ve que es muy tristonosa?

—No, nada de eso, fueron los pasteles. Siempre me hacen feliz, me han ayudado mucho a sobrellevar la muerte de mi querido Brandon, pero ayer no. Ayer me hicieron llorar como una madalena.

Dana la miró sin dar crédito, la señora Parker aseguraba que los pasteles que hacía Isabella tenían el poder de cambiarle el estado del ánimo, aun así no quiso dar el brazo a torcer con la viuda. No podía tolerar que nadie pusiera en tela de juicio la calidad de los pasteles que allí se vendían. Eso desprestigiaría la pastelería y podría perder la fama y por ende los jugosos beneficios.

—¿Se da cuenta de lo que dice? Esos pasteles no tienen la culpa de nada. Solo son pasteles.

La mujer se cruzó de brazos y torció el gesto.

—Sé muy bien lo que me digo, los pasteles esos llevan algo *especial* —aseguró, pronunciando aquel «especial» de forma acusatoria.

—Pero ¿qué dice usted?! Esos pasteles no llevan nada especial. —Dana

entrecomilló la palabra ahora.

—Pues por algo será que han puesto a un policía encubierto en el obrador para investigar lo que aquí está ocurriendo —volvió a hacer uso de ese tono insidioso.

—¿La policía?! ¿Se refiere usted a Evan?

—No sé el nombre del muchacho, pero hablo de ese chico nuevo de tan buen ver que viene todas las tardes a las cuatro en punto.

—Pero ¿es que nos espía?

—Qué Dios me libre de hacer a mí tal cosa. Jamás de los jamases se me ocurriría, pero ocurre que vivo justo ahí —señaló con el brazo extendido la puerta, refiriéndose al otro lado de la calle— y no puedo evitar tener la mecedora justo al lado de la ventana.

—Evan no es ningún infiltrado, que le quede claro —Dana le habló enfadada, aunque lo que había dicho la viuda tenía cierta lógica, pero lo único que deseaba era que se marchara cuanto antes. La tenía harta ya con sus chismes y, además, le estaba atascando la faena. El aforo permitido se había duplicado entre clientes y cotillas afanosos por llenar sus oídos—. Y es obvio que no ocurre nada especial con los pasteles, puesto que de ser así, la policía ya nos hubiera paralizado la actividad. Ahora, si no se le ofrece nada más, puede marcharse —zanjó rotunda y le dirigió la mirada a la siguiente en la cola—. ¿Qué desea hoy, señora Monroe?

—Tres Amor Glasé y media docena de tartaletas de manzana.

—¿Estás loca, Gladys Monroe, no me has oído?!

—Perfectamente, Anne Parker, pero a mí es que no me dieron ningunas ganas de llorar, todo lo contrario. Al rato de comérmelos, el señor Monroe y yo copulamos como nunca, después de diez años de sequía.

Al escuchar eso a Dana se le quedaron los ojos secos. ¿Esa señora tan modosita y de pelo blanco acababa de soltar tal barbaridad como si nada delante de veinte personas? La viuda se santiguó y miró, patidifusa, al resto de la congregación.

—¿A alguien más le provocaron ganas de llorar? —quiso saber.

Las opiniones al respecto fueron diversas, una de cal y otra de arena. Los clientes se dividían entre los que el consumo del pastel les había provocado tristeza o felicidad, y un par de los presentes estuvieron de acuerdo con la señora Monroe.

—No necesito más información —dijo Dana, pensando ahora que Isabella estaba por completo acertada al asegurar que hacía magia con las manos y que

sus creaciones generaban emociones más allá de lo natural, tratándose en gran parte de azúcar y chocolate. Tras eso trató de poner en orden la clientela—. Entonces, le pongo tres Amor glasé y media docena de tartaletas de manzana —afirmó, mirando a la señora Monroe que, a decir verdad, lucía un cutis estirado como la bajera de un hotel.

—A mí ponme mis dos de todos los días —intervino la señora Parker—. Me lo he pensado mejor y volveré a darles una oportunidad.

—Ponte a la cola, Anne —terció la señora Monroe.

—Ya he hecho mi cola —protestó la viuda.

—Pero has perdido la vez.

Dana medió entre las dos mujeres.

—Si no le parece mal, señora Monroe, le serviré esos pasteles primero a la señora Parker, y a usted, para compensarla por la paciencia, le pondré uno más detalle de la casa, ¿le parece bien?

—Me parece estupendo. Esta tarde se los pongo de merendar al señor Monroe. —A la mujer le brillaron los ojos, mientras se frotaba las palmas de las manos.

—No se exceda —la advirtió Dana—. No vaya a cargárselo con un subidón de azúcar.

La señora Monroe se santiguó ante tal advertencia.

—No, por Dios, no quiero matarlo, solo que le dé un poco más de vidilla.

—Pues con uno será más que suficiente. Casi mejor, llévese solo dos, y los dos que sean por cuenta de Isa Deli.

—Gracias, Dana, eres un encanto.

—¿A mí no me vas a regalar nada en compensación por lo de ayer? —intervino de nuevo la viuda.

—Usted dese por contenta con que no le obligue de nuevo a hacer la cola.

Tras despachar a las dos mujeres y, viendo que Catherine había salido sofocada por la puerta de la pastelería, seguida de un Evan con cara ceñuda, hizo un alto para entrar al obrador a recargar el expositor con más pasteles y charlar con Isabella. ¿Qué les pasaba a aquellos pasteles? ¿De verdad eran mágicos? ¿De verdad que estaba considerando aquello en serio? Ella todavía no los había probado, tal vez había llegado el momento de hacerlo y salir de dudas.

—No veas la que se ha liado ahí fuera —comentó.

—Pues aquí dentro también se ha liado una buena —dijo Isabella.

Dana miró a su amiga y vio que tenía la cara roja y a punto de salirse el

humo por las orejas.

—¿A qué ha venido? —quiso saber, al ver el estado en el que se encontraba Isabella. Detestaba a Catherine Wilson desde siempre, porque nunca le había gustado cómo trataba a su hija y lo dura que era con ella.

—A cabrearme, como es su costumbre —confirmó.

—Tú madre es tremenda.

—Mi madre nunca estará contenta en la vida y morirá de una úlcera. Todo es poco para ella, pero, en fin, así es ella. Bueno, y ¿qué tal por ahí fuera? —preguntó cambiando de tema—. He escuchado bastante jaleo.

—Luego te cuento. Esto es un sin parar. ¿Te parece que quedemos esta noche, para cenar y ponernos al día? Si es que puedes, claro, ahora que estás tan ocupada con Evan. —Arqueó las cejas significativamente.

—No digas tonterías, entre Evan y yo no hay nada... Todavía.

—Por cierto, ¿dónde ha ido? Lo he visto salir justo detrás de tu madre.

—Lo he enviado a comprar esencia de vainilla, se ha terminado y la necesito para ya.

—¿Estás mejor? —preguntó, cargando una bandeja de pasteles.

—No, mi madre me ha puesto de muy mal humor.

—Pues... En ese caso, deberías comerte uno de estos. —Con los ojos le indicó la bandeja que portaba.

Isabella levantó la vista del bizcocho que estaba desmoldando.

—¿Y eso?

—Empiezo a creer que tienes razón en eso de que los pasteles transmiten de algún modo tu estado de ánimo. Y ahora mismo con el cabreo que llevas encima, lo que salga de esas manos puede ser pura dinamita.

—¿Y qué te ha hecho cambiar de opinión?

—Lo que ha pasado fuera y que luego te contaré, porque ahora no tengo tiempo. Esta noche, ¿vale?

—De acuerdo, sí, genial.

## 22

Una hora después, Dana entró de nuevo en el obrador. Isabella estaba sentada, comiendo un sándwich de atún y pepino, su tentempié de aquel día. Cuando ella entró, alzó la vista y sonrió ampliamente.

—¿Estás mejor? —le preguntó Dana, notándola de buen humor.

—Sí, te he hecho caso y me he comido un Amor glasé, y no sé si es porque realmente tienen algo mágico o por el efecto placebo, pero ahora mismo me siento genial y...

—¿Y? —Dana alzó la ceja, suponiendo que había algo más.

Isabella soltó una risita antes de responder.

—Estoy muy cachonda, Dana. Más cachonda que he estado en la vida. Tengo tantas ganas de echar un polvo ahora mismo que incluso tengo miedo de que llegue Evan. Creo que no podré evitar tirarme encima de él y poseerlo en plan salvaje sobre la encimera —dijo Isabella, aun siendo consciente de que había tratado muy mal a Evan antes y que posiblemente este estaría enfadado con ella. Pero ahora sentía que la sangre le hervía por las venas y un polvo de reconciliación calmaría las aguas.

Dana soltó una carcajada.

—¡Dios, estás fatal! Pero... —arrugó la nariz—. Eso me lleva a pensar que... ¡Oh, no...! ¡No puede ser! —rio—. ¿Qué pasó aquí ayer tras marcharme yo?

—Te aseguro que nada, pero no por falta de ganas, estaba bastante caliente también y supongo que... Ya sabes... Me parece que los pasteles que hemos vendido esta mañana van a provocar un importante incremento de la natalidad en Painswick dentro de nueve meses.

—¡Madre de Dios, será posible! ¡Esto es una locura! —Dana se llevó las manos a la cabeza—. Hemos creado un monstruo —añadió en tono tenebroso—. Bueno, ¿saco esta remesa y sales a atender?

—Ostras, no me acordaba que me habías dicho que tenías que irte antes, pero sí, enseguida. Ya casi he terminado. —Levantó el pedazo de sándwich que le quedaba por comer.

—Qué tranquilidad —dijo poco después, saliendo a la tienda y encontrándosela desierta.

—Sí. Al fin. Pero no te confíes, en cualquier momento aparecerán en manada —bromeó Dana—. No me siento las piernas.

—¿No irás a cogerte una baja?

—Me cogeré una alta, mejor —respondió riendo, mientras se servía un Amor glasé, introduciéndolo en una bolsa de papel con el distintivo de Isa Deli.

Isabella había cuidado hasta el último detalle de su negocio, y no solo había decorado el establecimiento con mimo, dotándolo de aires parisinos, también había adquirido una vajilla y cubertería carísimas y preciosas con las que servir los cafés, chocolates y pasteles, y encargado a un fabricante que le hiciera unas bolsas de papel y bandejas de cartón muy coquetas donde despachaba sus artículos con todo el glamur del mundo. Podía vivir en un pueblo pequeño, pero eso no implicaba que ella hiciera las cosas lo mejor que sabía y podía.

—¿Es para ti?

—Para mí y para Adam. —Le guiñó el ojo con picardía—. ¿A ver si son tan buenos como dicen?

—¿Quién lo dice?

—La señora Monroe y algunos más —le respondió, mientras se desanudaba el delantal, luego se quitó la cofia y sacudió la coleta que quedó liberada—. Luego hablamos, ¿vale? Llego tarde.

—Lo siento, se me había pasado por completo. Tengo la cabeza fatal. Hasta luego, Dana, y gracias por todo. No sé qué haría yo sin ti.

—Y yo sin ti. Y ojito con ese calentón —añadió ya abriendo la puerta de la pastelería—. Luego te llamo para quedar. Que no se te olvide —volvió a reír.

Isabella se quedó sola y aprovechó el momento para poner en orden un poco el obrador, que estaba manga por hombro, hasta que escuchó el tintineo de la puerta. Dejó la escoba apoyada en la pared y salió a atender.

Tal como le había dicho Dana, poco después los zombis entraban por tríos y la tienda se llenó hasta los topes. Isabella no daba de sí, aquello era una locura y una tortura. La pobre Dana tenía razón cuando se quejaba y debía contratar alguien más para atender a los clientes.

—Querida, dese más prisa, somos gente ocupada —dijo una señora en la

tercera fila a la que no conocía de nada.

—¿Y qué cree que hago? ¿Acaso estoy abanicándome con un paipái? —le espetó Isabella, acabando de empaquetar tres Amor glasé y cobrando con el datafono.

—¿Qué le pongo? —dijo, tras guardar la boleta, sin fijarse en la persona que tenía delante.

—Hola, Isabella. ¡Cuánto tiempo sin verte! —dijo aquella persona, haciendo que Isabella se fijara atentamente en ella.

Era un hombre más o menos de su edad, con el cabello rubio bien cortado, ojos verdes expresivos, poblados por unas pestañas de ensueño que ya quisiera para sí misma, y una sonrisa preciosa estampada en la cara. Era sin duda guapísimo, un ejemplar no visto antes en Painswick.

—¿Nos conocemos?

—Pues claro. ¿No me recuerdas? Soy Nathan. Nathan Hunter.

—¿Nathan Hunter?! —Parpadeó, asombrada, hacía mucho que no escuchaba ese nombre.

—Eso he dicho.

—Madre mía, lo siento, cómo has cambiado desde...

—Desde que me quité unos cuantos *stones* y crecí como manda la vida.

—Te fuiste a Londres en secundaria, ¿no es cierto?

—Así es, pero he vuelto, aquí me tienes. He sabido del éxito de tu pastelería y no he podido resistirme a hacerte una visita.

—Señorita, para ligar existe Tinder. ¿Puede atendernos, por favor? —volvió a decir la forastera que ahora estaba justo detrás de Nathan.

—Isabella, quedemos fuera de este lío. Me encantaría hablar contigo —dijo Nathan.

—Sí, sí claro. Pero hoy no puedo, ya he quedado.

—¿Qué te parece el sábado por la tarde y nos tomamos un café?

—Me viene mejor el viernes a la salida de la pastelería, sobre las ocho, y que sea cena —le repuso Isabella que, haciéndose cálculos mentales, prefería ese día frente al sábado.

—Perfecto, te esperaré en la plaza de la esquina. Tengo tantas cosas que decirte.

—Perfecto, estaré allí a las ocho.

—Nos vemos, Isabella. Sigues tan guapa como siempre —dijo, esbozando otra sonrisa encantadora que le hizo palpar el corazón.

Era Nathan Hunter, su amor del colegio, el chico por el que había bebido

los vientos hasta que al maldito de su padre se le ocurrió abrir una sastrería en Londres, y se lo llevó con él, dejando a Isabella con el corazón roto y una foto de la clase, medio destruida, por tantas veces que la estrujó contra su pecho, tras besuquear la cara de Nathan.

Por aquel entonces, él no era lo que se dice un guaperas, era más bien bajito y regordete, pero tenía un sentido del humor único y una seguridad en sí mismo que lo hacía parecer un adonis, por lo menos para los ojos de Isabella, mientras que el resto de chicas pasaban olímpicamente de él, razón por que ella creyó que conseguiría su amor, pero se fue, se marchó a Londres y nunca volvió a saber de él hasta ahora, ¡y, además, él creía que era guapa!

—¿Se ha quedado lela o qué? Le acabo de pedir cinco Amor glasé. —Una mano pasó repetidamente por delante de sus ojos.

—¡Eh...! Perdone. —Isabella dio un respingo, volviendo a la realidad—. Cinco, de acuerdo.

—Tendrán mucha fama, pero el servicio es nefasto —dijo la señora, pero a Isabella no iba nadie a amargarle su dulce momento.

¿Dónde narices se había metido Evan? Necesitaba que le echara una mano, y no solo en el obrador, también en la pastelería. Le dolían las manos de envolver pasteles, pues su dedo magullado no la dejaba trabajar con fluidez.

Pensó en volver a llamar a Dana, aunque moralmente no podía hacerlo, así que acabó la tarde de aquella manera, y a las siete cincuenta y cinco, decidió echar el cierre, pero alguien metió el pie entre el marco y la puerta, impidiéndole cerrar.

—¡Evan! ¿Se puede saber dónde narices te has metido el resto de tarde? —Lo dejó pasar y cerró la puerta con llave.

—Aquí tienes lo que me has pedido, jefa —dijo, dejando con un golpe seco el bote de esencia de vainilla sobre el mostrador.

—¿Se puede saber qué mosca te ha picado?

—¿Tú qué crees? Estoy harto de que me trates a tu antojo —le echó en cara, molesto.

—Lo siento, pero no debiste meterte y mucho menos defender a mi madre

—Yo no he defendido a nadie, tampoco estaba prestando tanta atención. Solo vi que te estabas excediendo. Es tu madre por el amor de Dios. ¿Sabes lo que daría yo por tener a la mía aunque fuera para criticarme?

—Siento mucho que tu madre falleciera, pero no me puedes hacer responsable de eso y mucho menos poner en tela de juicio delante de ella el trato que tengo que darle. Tú no sabes nada, Evan, nada.

—Es verdad. No sé nada. Tampoco sé de qué vas conmigo. A ratos me detestas y a ratos me quieres comer la boca.

—Eso no es cierto —le replicó, haciéndose la ofendida.

—Sabes que sí es cierto, y empiezo a cansarme de todo esto.

—Te pedí tiempo y tú estuviste de acuerdo. Sabes por todo lo que he pasado. Sabes que me cuesta confiar en la gente... Me gustas, Evan, me gustas de verdad.

—Eso ya me los has dicho, pero no lo demuestras. Y para confiar en la gente hay primero que confiar en uno mismo y tú estás un poco perdida últimamente. Ábreme la puerta —le pidió sin mirarla a la cara.

—Evan, no puedes dejarme. La pastelería te necesita. Yo te necesito. He pasado una tarde de perros y sé que me vas a decir que es por mi culpa —suspiró—, y tienes razón. Por favor, vuelve mañana.

—Mañana no puedo, tengo guardia.

—Pues el jueves.

—El jueves también tengo guardia.

—El viernes entonces, vuelve el viernes. —Isabella puso las manos a modo de suplica y él asintió.

—Está bien. Yo me ofrecí como ayudante en la pastelería y es justo que cumpla con mi palabra. El viernes estaré aquí a las cuatro.

—Gracias, Evan, gracias. Te prometo que seré mejor persona.

—No dudo que lo seas, pero necesitas aclararte y reconciliarte con la vida. Cuando pongas tu vida en orden empezarás a ser feliz —dijo antes de marcharse.

## 23

A las ocho y veinticinco minutos Isabella entraba en Cardynham House Bistro, el restaurante donde había quedado con Dana para despedirse ambas y charlar con tranquilidad. Su amiga ya la estaba esperando en una mesa del fondo y alzó la mano para que la viera.

—¿Qué tal ha ido la tarde?

—Te infravaloro, amiga. Atender a esos clientes no es tarea fácil y por eso hoy invito yo. —Isabella resopló antes de tomar asiento.

—Eso lo daba por hecho, prefiero que me compenses contándome los detalles de tu vida privada, la que creo está en ebullición últimamente con Evan.

—Pues me temo que mi vida privada se acaba de complicar un poco esta tarde.

—Tampoco quiero que me des tantos detalles —le repuso, haciendo una mueca de asco, imaginándose que Isabella y Evan habían copulado como locos en el obrador.

—No es lo que te imaginas. Ha vuelto Nathan.

—¿Nathan Taylor ha vuelto de la tumba? —exclamó, tapándose la boca con las manos.

—¡Pero ¿qué dices?! ¿Qué tendrá que ver ese señor mayor y difunto con mi vida privada?

—Yo qué sé, chica, como siempre te han ido las cosas raras. Me estoy acordando ahora —soltó una risita— cuando estabas colada por ese chico gordinflón de nuestra clase. Ya sabes, ese por el que estuviste llorando meses cuando se mudó a Londres. Ay... ¿Cómo se llamaba? —Se rascó en mentón, pensativa.

—Se llama —la corrigió Isabella un poco molesta—. Se llama Nathan. Nathan Hunter.

—¡Eso es, Nathan Hunter! —Dana celebró la información, señalándola con los índices—. ¿Qué será de él?

—Pues es precisamente de ese Nathan del que hablo. Y no era tan

gordinflón. Era más bien de hueso ancho, aunque ahora lo tiene algo más fino. Ha venido a verme a la pastelería esta tarde.

—¿Eso significa que está bueno?

—Eso significa que está muy... muy... muy bueno. —Isabella se relamió los labios, como si estuviera saboreándolo en ese momento—. Tanto que me ha sido imposible reconocerlo —añadió, al punto que llamaba al camarero, alzando el brazo.

—¿Y qué hace aquí?

—No tengo ni idea, pero me ha pedido una cita —dijo, emocionada.

—¿Lo dices en serio?

—Sí, por lo visto me ha visto en la tele y ha venido a buscarme. ¡A buscarme! ¿Te lo puedes creer? —Isabella no podía estar más feliz con aquel cambio tan repentino en sus perspectivas amorosas.

—Todas tus plegarias se están haciendo realidad. Recuerdo que hacías todo tipo de conjuros para que regresara a tu vida.

—No creo que hayan sido esos rituales, o quizá sí, y tengan un efecto retardado. En cualquier caso, me ha dicho que sigo igual de guapa —dijo, como si esa información fuera de vital importancia para la supervivencia del ser humano.

—¿Y qué le has dicho?

—Que sí, y he quedado con él el viernes después del cierre.

—¿Piensas ir de trapillo y oliendo a bizcocho? —le reprochó Dana, tras pedirle a Catherine que les sirviera dos cervezas.

—No, me iré una hora antes a casa para arreglarme. Evan puede encargarse solo. No creo que sea muy difícil recoger un poco y cerrar la pastelería —respondió mientras recolocaba el mantel de encaje que cubría la mesa.

—¿Y cómo crees que se tomará el hecho de que lo dejes al mando para ir a una cita con otro hombre? Pensaba que Evan te había hecho tilín.

—Creo que Evan y yo no nos entendemos, quizá hemos confundido términos —le repuso con un mohín.

—Pues yo creo que hacéis muy buena pareja y Nathan es solo un asunto pendiente y quieres quitarte la espinita.

—No es un asunto pendiente —protestó—, es el asunto pendiente de mi vida. Me sequé como una pasa tras su partida, creí que no me quedarían lágrimas para el resto de mi existencia, hasta que Ben me demostró que no era así.

—Eras una cría. Nunca hubo nada entre vosotros. Siempre has sido una exagerada.

—Pues por eso mismo quiero saber qué quiere decirme y saber si entre él y yo puede encenderse una llamita. Yo lo quería, estaba profundamente enamorada de él y al verlo esta tarde he sentido que aún podría estarlo.

—No digas tonterías. Es imposible que sigas enamorada de él después de cuántos... —Dana hizo un cálculo con los dedos—... uf, madre mía, trece años. Seguro que estabas bajo el influjo de esos pasteles que ponen cachondo al personal, y que, por cierto —arqueó las cejas—, funcionan muy muy bien.

—¡Me alegro! —dijo triunfal, sorbiendo cerveza de la jarra que le acababan de servir.

—Y te recuerdo que esos pasteles funcionan, porque lo que sentías al hacerlos era real y el que te estaba poniendo más caliente que una estufa de leña era Evan.

—Evan, Evan —dijo con desdén—. ¿No sabes hablar de otra cosa que no sea de él? Ya te he dicho que no somos compatibles.

—Claro, y por eso esta tarde tenías miedo de que volviera y comértelo enterito sobre la encimera.

—Pero no ha vuelto a tiempo y ha aparecido Nathan. El destino quiere decirme algo con eso, ¿no lo ves?

—Pues no, la verdad. El destino podrá decirte lo que quiera, pero tu amiga Dana —dijo señalándose a sí misma—, te dice que vayas con cuidado o volverás llorar por amor en menos que canta un gallo.

El miércoles y el jueves fueron muy duros en Isa Deli. Isabella notó la ausencia de Evan y trabajó de sol a sol, hipotecando muchas horas de sueño. Pero, aunque el cansancio y las ojeras la acompañaban, arrastrándose como cadenas sobre su espalda, pensó que merecía la pena. El tiempo pasaba más rápido si se concentraba pensando en Nathan, recordando aquellas palabras que cruzaron el martes en la pastelería, donde él le decía que tenía muchas cosas que contarle, elucubrando una posible declaración de amor, un «te he echado de menos todos estos años», y lo guapa que seguía estando.

—Mañana es tu gran día —dijo Dana, dejando dos bandejas vacías en el obrador antes de irse.

—Lo sé. —Isabella esbozó una sonrisa.

—¿Ya le has dicho a Evan que se quedará al mando mañana por la tarde?

—No, no he querido molestarlo, se lo diré cuando lo vea.

—Está bien, me marcho a casa. Prométeme que hoy te irás antes. No puedes seguir así. Te vas a provocar un suicidio no premeditado.

—Te lo prometo —le aseguró a su amiga.

—No te creo. Te traeré un corrector de ojeras para mañana.

—Te lo agradezco, anda, ¡vete ya!

—Hasta mañana.

—Chao —Isabella se despidió de ella y miró a su alrededor suspirando, le quedaban unas cuantas horas más por delante de trabajo.

## 24

La mañana del viernes pasó de un tirón, y Evan llegó a las cuatro en punto, tal como había prometido. Estaba serio y apenas le dirigió la mirada y cuatro palabras a Isabella, quien en sus mundos de citas maravillosas con Nathan no le dio ninguna importancia a ese carácter suyo tan taciturno. Pasaron las horas hasta las seis casi sin hablarse, las palabras justas para comentar algunas cosas de los pasteles que estaban haciendo, cuántos habían vendido en los últimos días y poco más.

Isabella andaba buscando el momento adecuado de decirle que pensaba marcharse una hora antes, cuando él habló de repente:

—¿Te gustaría que quedásemos esta noche? Para cenar o tomar una copa... Tenemos que hablar, Isa.

Aquello le vino perfecto para soltarle la excusa que había estado maquinando en su cabecita para pedirle el favor de que se quedase hasta el cierre él solo.

—Me gustaría, Evan, pero esta noche es imposible. He quedado con mi madre para hablar —mintió, esperando que no se le notase.

Él asintió, sorprendido, y sonrió levemente. Ella siguió mintiendo:

—He pensado en ello y tienes razón, tengo que hablar con ella. Y necesito pedirte un favor.

—Sabes que haré cualquier cosa que necesites.

Isabella terminó de decorar un Amor glasé y dejó la manga pastelera sobre la encimera.

—Necesito salir antes, para darme una ducha y arreglarme. Ya viste cómo es mi madre, no puedo ir así vestida.

Él volvió a asentir.

—Necesito que termines de recoger el obrador y cierres por mí.

—Claro.

—No te lo pediría, si no fuera necesario.

—Tranquila, está bien. Me las apañaré. Lo importante es que hagáis las paces. Es tu madre, tu familia.

Isabella asintió y bajó la mirada. Temía que Evan pudiera leer la mentira dentro de sus ojos y descubrirla. Pese a que había pensado que lo de su madre era una coartada fantástica, a la que él no podría negarse, y así había sido, ahora se sentía mal. Porque Evan de verdad deseaba que ella hiciera las paces con Catherine, algo por todas imposible.

—Te prometo que te lo compensaré. —Isabella empezó a quitarse el delantal.

—No tienes que compensarme nada. La familia es lo primero.

Ella asintió con premura y se encaminó hacia la puerta del obrador. Se despidió con un escueto «adiós, gracias» y salió a la tienda a toda velocidad, antes de que los remordimientos de conciencia la obligasen a desdecirse y dar marcha atrás.

Las últimas horas solían ser más tranquilas y Dana se encontraba organizando los expositores. Esta alzó la vista en cuanto la vio salir.

—¿Ha ido todo bien con Evan? —le preguntó en voz baja, viendo algo raro en su expresión.

Isabella asintió con la cabeza y le hizo un gesto con la mano para que la acompañara al exterior. Quería hablar con ella sin que Evan pudiera escucharlas.

—Le he mentado. Le he dicho que había quedado con mi madre para hablar. Así que no metas la pata y le digas nada de nada sobre Nathan Hunter —dijo, tras cerrar tras de sí la puerta de la pastelería.

Dana puso los brazos en jarras y negó con la cabeza desaprobándola.

—Las mentiras tienen las patas muy cortas, Isabella.

—No me sermonees tú también —le pidió, arrugando la nariz—. Es Nathan, el amor de mi vida, no podía negarme a tener una cita con él. Se lo debo a mi corazón.

—Vale, anda, lárgate ya —se rio ahora—, antes de que me arrepienta y le diga a ese pobre chico de ahí dentro dónde vas en realidad. Iré al infierno por culpa de tu vagina moribunda.

—Gracias. —Le dio un beso en la mejilla y se marchó galopando por la acera en dirección a su casa.

Tenía menos de una hora para ponerse arrebatadora. Nathan Hunter no solo tenía que pensar que estaba guapa, tenía que darse cuenta de que Isabella era el amor de su vida, lo que siempre había buscado sin éxito y al fin había hallado. Tal vez debería llevarle un pastelillo para ayudarlo un poco, pensó antes de girar la esquina que daba a la plaza, donde había acordado

encontrarse con Nathan poco después. Pero inmediatamente cambió de parecer, hacer eso, no sería jugar limpio, si Nathan se enamoraba que fuera por sí misma, sin máscaras ni filtros mágicos. Isabella cien por cien.

No tardó mucho en darse una ducha y quitarse de encima el cansancio del día. Tras una breve sesión de maquillaje y peluquería casera lucía fresca como una rosa, sus pómulos sonrosados y brillantes, la mirada enmarcada por un lápiz negro que hacía maravillas con los ojos, el cabello suelto a su libre albedrío. Isabella tenía un pelo precioso, castaño con un matiz natural anaranjado y unas ondas suaves que se amoldaban al contorno de su cabeza y sus hombros. Se puso guapa, sin pasarse, pero optó esta vez por un vestido bastante corto ajustado, que se pegaba a sus finas curvas, y con un escote que dejaba a la vista buena parte de canalillo, que sin ser generoso era bonito. Se miró en el espejo y se vio perfecta para conquistar el corazón de Nathan Hunter. Su amor de juventud. Su amor platónico.

Había pensado esos días que, de no ser por su marcha a Londres, hubieran terminado juntos, quizá ahora estuvieran casados, seguramente nunca hubiera sufrido el plantón de Ben. Su corazón estaría intacto, henchido de felicidad, y no roto, agujereado como un colador y mojado como estaba. Tenía claro que si él había vuelto era por algo. Era una señal del destino que quería unirlos de nuevo. Reconducir las cosas, juntar sus caminos. Debía aprovechar la oportunidad y hacer de esa cita la mejor cita de su vida.

Se pintó los labios de rojo antes de salir de casa y, tras ponerse un abrigo ligero encima, pues en aquella época todavía refrescaba bastante por las noches, caminó segura sobre los tacones hasta llegar a la plaza.

Nathan ya se encontraba esperándola, pitillo en mano. Isabella torció el gesto, no le agradaban los hombres que fumaban. Ese vicio le parecía asqueroso y dañino, pero solo era un punto negativo... Algo que se podía enmendar. Ella le haría comprender que debía dejarlo en pro de su salud. Sonrió, borrando el gesto de contrariedad, y lo saludó para llamar su atención. La mirada de Nathan, hasta ese momento distraída en la otra punta de la plaza, se clavó en Isabella, y ella sintió un agradable cosquilleo en la tripa.

## 25

—¡Dios, estás preciosa! —Los ojos de Nathan recorrieron de arriba abajo a Isabella, que sonrió ampliamente. Objetivo conseguido: lo había impresionado.

—Gracias, tú también estás muy guapo, Nathan. Se te ve estupendo —le correspondió ella, batiendo las pestañas, coqueta.

—Oh, vaya, si me hubieras dicho algo así en el instituto me hubieras hecho el chico más feliz de la Tierra.

—¿Sí? ¿Por qué dices eso? —quiso saber ella, acercándose como una gata a su presa.

—¡Venga, Isabella! ¡¿No me digas que no lo sabías?! Estaba loco por ti. Era obvio.

—No para mí. Nunca me di cuenta.

—Pues estaba dispuesto a pedirte salir, pero entonces nos fuimos, y no pudo ser. Me quedé con las ganas, ¿sabes?

—Y yo —se sinceró ella, pensando que aquello no podía ser una casualidad. Él estaba loco por ella y ella por él. Era de cajón. Debían estar juntos y sus pasteles los habían unido de nuevo.

—¿Tú?

—Claro. Yo también estaba loca por ti. ¿No me digas que no te diste cuenta?

Él sacudió la cabeza, negando. La sonrisa tan amplia que podría iluminar aquella plaza.

—¡Qué lástima que tuviera que marcharme!

—Pues sí —admitió ella—. Pero ahora estás aquí.

—Así es. Me dio una alegría enorme cuando te vi en la televisión. No me lo podía creer. Te has hecho famosa. Y haciendo pasteles —subió los ojos al cielo—. Es increíble. Nunca pensé que quisieras ser pastelera. Creía que querías ser dentista.

—Eso es lo que quería que fuera mi madre. Yo nunca quise ser dentista —le contradujo, un poco malhumorada porque sacara aquello a relucir, pero a la

vez feliz porque guardara tantos recuerdos de ella.

—Has terminado haciendo justo lo contrario. —Soltó una fuerte carcajada e Isabella se sintió molesta con aquel comentario, pues no hacía mucho alguien le había dicho algo similar, y no quería pensar en ese alguien en ese momento.

—Eso parece. Hay que darles trabajo. ¿Dónde vamos? —quiso cambiar de tema.

—Al Cardynham. He reservado mesa. Me hospedo allí también.

—¿Vamos? —dijo algo decepcionada. Le hubiera gustado que él hubiera pensado en algún restaurante de algún pueblo cercano, pero quizá era mejor así. Si la cosa se terminaba calentando, tendrían la habitación a mano. Tal vez esa era la intención de Nathan, y esta vez ella no pensaba fastidiarlo todo echándose atrás en el último momento. Estaba decidida.

Él se apartó para mostrarle el camino con el brazo extendido y apoyó la otra mano en su espalda durante un breve instante, en el que la piel de Isabella, bajo el vestido, se puso en pie de guerra, y de nuevo ese agradable cosquilleo en el estómago.

Caminaron un trecho en silencio, ninguno sabía de qué charlar, pese a que deberían tener mil cosas que contarse. Isabella empezaba a sentirse incómoda cuando Nathan se decidió hablar.

—Ha crecido mucho Painswick.

—¿Tú crees? Yo lo veo igual que siempre.

—Los cambios son menos apreciables cuando los presencias día tras día.

—Eso será. Mira, ya hemos llegado. Aquí está todo a un tiro de piedra —dijo Isabella, como si aquello fuera un gran inconveniente.

—Si vivieras en Londres, desearías que así fuera y no tener que coger el metro o el bus para ir a cualquier lado —comentó, sujetando la puerta para que ella entrara delante.

—Vivir en Londres debe ser una pasada.

—Lo es.

—¿Y a qué te dedicas allí?

—Soy financiero.

—¡Vaya, suena importante! —dijo como si aquello le asombrara gratamente, aunque no era así, los números le parecían lo más aburrido del mundo y quienes se dedicaban a estas personas poco creativas.

—En una empresa de publicidad.

—Suena bien. ¿Te gusta?

—Sí, me encanta. Siempre me gustaron las matemáticas y es una forma

diferente y no tan inteligente de hacer uso de ellas. Tú, en cambio... Pastelera. Trabajas con las manos y apenas necesitas pensar.

—No te creas —le replicó ofendida—, pienso mucho. Casi siempre estoy ideando recetas nuevas.

—Como la del Amor glasé —afirmó él queriendo hacerle un cumplido.

—Así es.

—¿Y qué lleva?

Isabella ladeó la cabeza y entrecerró los ojos. Iba a responderle que eso era secreto, cuando Catherine, la dueña del Cardynham, fue a darles la bienvenida.

Poco después, estaban sentados en la misma mesa que habían ocupado Dana y ella el martes. Isabella por hacer algo se puso a hojear la carta sin interés, conocía al detalle el menú del bistró, pero Nathan la estaba leyendo con interés.

—Hace mucho que no como pudín de tofe.

—¿Es que en Londres no hay?

—Sí, supongo, pero suelo a ir a restaurantes de cocina internacional, allí hay de todo lo que uno quiera comer, gente de todos sitios. Es impresionante. Deberías ir alguna vez.

—Alguna vez he ido —le repuso molesta por el tono que había usado, como si ella fuera una paleta.

—Cuando vayas, me avisas y quedamos.

—Claro. —Sonrió—. Y dime, Nathan, ¿qué te trae por Painswick?

—Tú.

—¿Yo? —A Isabella el corazón se le agitó en el pecho.

—Sí, tú. ¿Tanto te sorprende?

—Pues sí, han pasado muchos años, yo también sigo sintiendo...

El gesto que hizo Nathan de levantar el brazo la distrajo de lo que estaba diciéndole, y miró hacia donde él parecía haber hecho una indicación. Una mujer de raza asiática, pequeña, preciosa y con un estilizado, raro de ver por aquellos lares, se acercaba hacia su mesa ondeando las caderitas sobre unos tacones de vértigo. Nathan se puso en pie para saludarla.

—Isabella, te presento a Liberty Himura, mi prometida —la presentó con orgullo.

Isabella quería que la tierra se abriera bajo sus pies y se la zampara de golpe. Había estado a punto de decirle que ella también seguía sintiendo algo por él, menos mal que esa pequeña diosa había llegado en el momento

oportuno para acallarla. Se recompuso en un abrir y cerrar de ojos y se incorporó para saludar a la prometida de Nathan.

—Encantada.

—Lo mismo digo, Isabella. Estaba deseando conocerte. Nathan me ha hablado mucho de ti.

—¡Qué bien! Yo no sabía nada de ti... Hasta ahora. —Hizo una mueca que puso en evidencia su fastidio.

—Pero ¡Nathan! —rio ella, dándole un golpe de caderita a su prometido en el costado.

—¿Nos sentamos? —propuso este, apartando la silla para que Liberty aposentara su prieto traserito. Luego se la acomodó antes de volver a su sitio.

—¿Habéis pedido ya? —preguntó Liberty, hojeando la carta.

—En ello estábamos —respondió Nathan, mirándola con adoración—. ¿Qué decías de que sigues sintiendo? —le preguntó a Isabella, centrando la mirada de nuevo en ella.

—¿Yo? ¿Que qué sigo sintiendo...? —Dudó, ¿a ver qué se le ocurría ahora?—. Sigo sintiendo que... Pues no sé —se encogió de hombros—, se me ha olvidado lo que iba a decirte.

—Mentira sería —rio él.

—¿Por qué habría de serlo?

—Es lo que se dice, ya sabes, cuando algo se olvida de repente.

—Pues tal vez lo fuera —le repuso molesta.

—¿Qué me aconsejas, Isabella? —intervino Liberty.

—No sé, todo está muy rico. Comida casera de verdad.

—Como tú eres experta —añadió esta, sin dejar de sonreír.

—¿Yo, experta? Si estuviéramos hablando de pasteles otra cosa sería, pero yo no soy cocinera —dijo, sonando bastante antipática.

La aparición de Liberty la había molestado sobremanera. Sus planes con Nathan, que habían ido creciendo hasta tocar el cielo, se habían derrumbado de golpe, provocando que el suelo bajo Isabella quedara hecho un solar. Se sentía por completo una imbécil. Ella imaginando un futuro en común con él y él haciendo su propio futuro con Liberty, que era tan bonita y agradable que le provocaba una injustificada inquina. Pero ¡es que esa chica le había robado el novio, sin ella saberlo, claro estaba! O tal vez, era al contrario. Lo mismo daba. Su gozo en un pozo, ese mismo que se había excavado de golpe en los submundos de Isabella al desmoronarse todos sus deseos.

A todo esto, seguía sin saber qué pintaba ella ahí en medio de esa pareja.

Aquello podría ser hasta romántico, los dos acaramelados mientras conversaban sobre qué pedir, si no fuera porque ella en ese escenario no era más que un mero sujeta velas.

Tras marcharse Catherine con el pedido de la cena, se reclinó en la silla a la vez que se empinaba de un solo trago media copa del vino que le había servido, y esperó pacientemente a que la pareja dejara de hacerse arrumacos.

—Oh, cariño, estamos siendo muy desconsiderados —dijo Liberty, acariciando con el índice el dorso de la mano de Nathan, justo al lado llevaba el flamante anillo de pedida, ese mismo que había imaginado para sí misma Isabella a lo largo de esos tres días. ¡Estúpida, estúpida!

—No, tranquilos, por mí no os cortéis. ¿Lleváis mucho tiempo juntos?

—Oh, no, qué va, somos una pareja exprés. Nos conocimos hace tres meses en un congreso de publicidad y aquí nos tienes —radiante, levantó la mano de Nathan—, ¡comprometidos!

Isabella sonrió, aunque no tenía ganas. Lo único que le apetecía era marcharse de allí. Seguía sin saber por qué la había invitado Nathan a cenar, aunque, pensando bien, lo de la cena había sido cosa suya.

—Y tú, ¿tienes pareja? —preguntó la feliz prometida.

—No. —Sacudió la cabeza.

—Supongo que en un sitio tan pequeño como Painswick debe ser difícil conseguir encontrar tu alma gemela —intervino Nathan.

—¿Vosotros sois almas gemelas? —preguntó una no muy convencida Isabella, quien no creía en esas cosas del *instant love*.

—Sí. —Liberty hizo un alto para mirar de frente a Nathan y por poco no surgió un arcoíris de sus cabezas encuadrando el dulzón momento—. Lo somos, sin duda.

—Me alegro, supongo que en un sitio tan grande como Londres también la probabilidad de encontrar tu alma gemela es bastante ínfima.

—Es cuestión de suerte y tener los ojos bien abiertos. —Liberty abrió a más no poder sus ojos rasgados e Isabella pensó que era preciosa. Que no tenía nada que hacer en comparación. Aquella mujer era todo lo que ella no era. Cosmopolita, guapísima, inteligente y sobre todo entera, no como ella, que estaba rota y con un imán infalible para fastidiar las cosas.

Siguieron hablando de banalidades hasta que trajeron la cena y empezaron a comer. Durante un buen rato, ninguno habló, e Isabella cada vez se sentía más incómoda. Pero ¿qué hacía ella allí?

—Vi en la televisión que haces unos pasteles que están causando furor en

todo Reino Unido.

—No tanto —Isabella quiso quitarle importancia al asunto en un arranque de humildad, pero enseguida lo pensó mejor y se desdijo—: Pero sí, gustan mucho y están teniendo mucho éxito.

—Te felicito. El trabajo bien hecho recompensado es una de las cosas más gratificantes que existe. Deben estar deliciosos.

—Gracias. Lo están.

De verdad que no podía ser más encantadora la chica. Isabella no podría detestarla por mucho que se lo propusiera.

—Por eso estamos aquí.

—¿Habéis venido a probarlos? Haberlo dicho Nathan el otro día cuando viniste. No hubiera sido necesaria esta cita.

—Sí, pero no solo estamos aquí por eso. Queremos que nos hagas el pastel de bodas.

—¿Yo?! —Isabella detuvo el tenedor a la altura de su boca.

—Tú haces pasteles, ¿no? —Liberty la miró divertida.

—Sí, claro. Pero... ¿Habéis venido hasta aquí solo para pedirme que os haga el pastel de bodas?

—Sí. —Liberty miró a Nathan y se encogió de hombros—. Vamos a casarnos en abril en Court House Manor, ¿la conoces?

—Sí, pero no he ido a visitarla nunca.

—Pues deberías ir a verla. Es maravillosa. Está a solo veinte minutos de aquí y claro... Pensamos que una tarta de bodas preciosa hecha por ti con los mismos ingredientes del Amor glasé... Se llama así tu pastelillo, ¿verdad? —Isabella asintió, mientras masticaba—, sería una forma divina y maravillosa de rematar la feliz velada. ¿Nos harás el honor de ser nuestra repostera? ¿Verdad que sí, cariño? Dime que sí, por favor —le pidió, juntando las palmas y aleteando las pestañas como una niña pequeña. ¿Quién podría negarse ante algo así?

—Pues supongo que podría. Sabiéndolo con tiempo.

—Queda casi un mes para la fecha —insistió Liberty, poniendo unos morritos muy convincentes.

—Está bien, lo haré.

—Gracias, Isabella, eres un cielo. Cuando Nathan me dijo que te conocía, le dije, tiene que hacernos el pastel de bodas. ¿Verdad que sí, amor?

El amor dijo que sí con una sonrisa que no le cabía en la cara e Isabella en su fuero interno se estuvo insultando el resto de la velada, mientras bebía

vino sin cesar. De algún modo tenía que digerir tanto azúcar en el ambiente. Se le estaba haciendo bola en la garganta y caía como piedras en su estómago.

A la vez que ellos charlaban sobre los pormenores de aquel pastel y otros asuntos concernientes a la boda, y que a Isabella le importaban menos que nada, empezó a levantarse un aire un tanto molesto en el exterior. Las hojas de los árboles que ribeteaban las aceras se agitaban briosas, susurrando nanas a los vecinos de Painswick, que en sus hogares descansaban la dura jornada frente a los televisores o leyendo algún libro.

Cuando salió del restaurante, con una promesa en firme de hacer aquel pastel, pero un poco tambaleante sobre sus antes seguros tacones, temió salir volando, no obstante, tenía una idea en la cabeza, una idea que se había ido fraguando durante la velada con aquella pareja tan bien avenida, una idea que había cobrado consistencia mientras el alcohol iba haciendo de las suyas en el organismo de Isabella, una idea que lo mismo no era muy buena, pero que a ella en ese momento se le antojaba magnífica.

## 26

Hizo el trayecto luchando contra el tempestivo viento, que no le puso las cosas fáciles y quizá con su ímpetu quería prevenirla sobre sus intenciones, pero finalmente llegó hasta el adosado de apartamentos de Evan. En ese momento se detuvo, el arrojó inicial pareció disolverse durante un breve instante, ¿era una desesperada? Quizá sí. Sin embargo, al mirar la puerta vio que estaba entreabierta, y lo interpretó como una buena señal. Sin pensarlo más, entró. Puede que fuera una desesperada, pero se había dado cuenta de una cosa: la vida es como un tren de largo recorrido y Nathan se había apeado del suyo hacía tiempo. Algunas personas son parte de tu historia, pero no de tu destino, y pelear contra él, era como pelear contra sí misma, y Evan, era posiblemente el sino que llamaba a su puerta ahora.

Subió las escaleras, decidida a dar un paso más con aquel hombre, que no podía negarse le había despertado algo dormido, algo que, por otra parte, había querido aprovechar con Nathan. ¿Estaba siendo egoísta? Era probable, pero ella a lo largo de su vida siempre había quedado en un segundo plano y estaba harta. ¡Harta, más que harta! Además, ojos que no ven, corazón que no siente.

Cuando llegó al rellano, llamó al timbre y poco después se abrió la puerta, mostrándose frente a ella un Evan semidesnudo, con el torso al descubierto, regalándole a los ojos la imagen de un dios griego esculpido con sumo gusto que hizo que la achispada Isabella se relamiera por dentro. El pantalón de pijama de cuadros verdes le caía a la altura de las caderas, marcándole la uve abdominal. ¡Y qué uve, Dios santo! Un triángulo perfecto que, de haber sido el de las Bermudas, se hubiera tragado a Isabella enterita por sus fuertes corrientes. Era geometría pura y marcaba como una flecha certera el camino a la perdición carnal.

—¿Qué haces aquí? —le preguntó con el gesto serio, un gesto que Isabella no esperaba encontrar.

—He venido a verte. ¿No te alegras? —Trató de posicionarse sexi frente a él, apoyando el hombro en la pared, pero se resbaló un poco y trastabilló los

pies hasta que logró enderezarse de nuevo.

—Pasa —dijo sin mutar el gesto, abriendo la puerta y sujetándose la mientras ella entraba. Isabella pasó rozándole aquel cuerpo que había conseguido encender de golpe todas sus alarmas sexuales—. ¿Y bien?— preguntó.

—Evan, sé que no me he comportado contigo correctamente. Entiendo que sigas enfadado conmigo, pero todas las cosas bonitas que te he dicho eran ciertas. No creas que soy una mentirosa, o que me gusta jugar con las personas. Tal vez sí sea algo inestable a veces, pero tengo mis motivos.

—Ajá. —Evan se cruzó de brazos, presionando con estos sus pectorales y provocando que a ella se le pusiera un nudo en la garganta que la obligó a tragar dos veces—. ¿Algo más?

—¿Crees en el destino, Evan? —dijo esta vez, sentándose coqueta en el amplio sofá, y cruzó las piernas con dificultad, pues sus reflejos se veían mermados a causa del vino.

—Hace unos días, sí, ahora, ya no mucho —respondió seco como él solo.

—¡Pues deberías! —Isabella se paseó un dedo por la pierna, haciendo que Evan siguiera aquel movimiento con la mirada sin entender nada de nada—. Tus deseos dirigen tu voluntad, tu voluntad guía tus actos; y tus actos, Evan, forjan tu destino. —Isabella dejó caer la espalda hacia atrás, cayendo como una muñeca de trapo. Estaba realmente perjudicada por el alcohol, más de lo que ella creía.

—¿Y cuáles eran tus deseos esta noche? Si se puede saber.

—Estar contigo, Evan —respondió incorporándose con rapidez—. Por eso estoy aquí. Creo que tú eres mi destino —culminó, regalándole una sonrisa bobalicona, aunque ella pensó que era radiante.

—Pues sabes lo que yo creo, Isa. Creo que, en primer lugar, eres una mentirosa. —Ella tragó saliva—. En segundo lugar, que tu voluntad de esta noche era tirarte a ese tío con el que has quedado en la plaza, pero, por alguna razón que desconozco, esa voluntad se ha visto truncada por causas ajenas a ti y has venido a resarcirte de tus actos conmigo. Y yo, querida Isabella, no soy el segundo plato de nadie.

¡Mierda!, exclamó ella para sus adentros, pues no podía articular palabra. Su mandíbula se había desencajado y seguramente estaba postrada en la moqueta del apartamento de Evan a merced de alguna pelusa.

—Así que, si me haces el favor, sal de mi casa. Creo que tu GPS sentimental se ha equivocado de ruta esta noche —terminó diciendo Evan.

—No es lo que tú te piensas.

—Me has mentado, Isa. Me has dicho que ibas a casa de tu madre y te he visto en la plaza con ese tipo. Si fuera un amigo, tu primo o un conocido me lo hubieras dicho y punto, pero me has mentado. Creía que entre tú y yo había algo, pero veo que no, que tus excusas son solo eso, excusas.

—Nunca te había mentado hasta ahora, tú no lo entiendes.

—La que no lo entiendes eres tú. Me has manipulado, has jugado con mis sentimientos y yo he caído como un bobo. No sé quién eres, no sé si todas las cosas que me has contado de ti son ciertas.

—Lo son, créeme. He vivido con el corazón roto mucho tiempo, toda yo he estado rota de un tiempo a esta parte, con la presión de una madre que no cree en mí, con un negocio fracasado y una vida infeliz hasta que te conocí, solo tú has sabido sacar una parte de mí que creía haber perdido. —Isabella tenía el corazón en un puño.

—¿Y esta noche ibas a ver si tras la recuperación podías apuntar más alto?

—Nadie te supera en nada, Evan. Eres el sueño de cualquier mujer. Eres guapo, amable, divertido, atento y cocinas que te mueres. Créeme que nadie está a tu altura y he sido una idiota integral.

—¿Quién era él?

—Nathan, un antiguo compañero del colegio del que estuve muy enamorada hasta la secundaria, pero nunca se lo dije y él se marchó a Londres con sus padres un día, así sin más. He tenido esa espinita clavada en mi corazón durante mucho tiempo y cuando me dijo de quedar, me dejé llevar. Si no me importaras te lo hubiera dicho, te hubiera dicho que tenía una cita con un tío, pero no lo hice para no hacerte daño.

—O para tenerme como plan b. Eso no te hace mejor persona.

—Lo sé, sé que no, pero estoy siendo sincera.

—¿Y qué ha pasado?

—¿Cómo que qué ha pasado?

—Con él. ¿Que qué ha pasado en esa cita para que hayas venido a verme? —preguntó, sin estar seguro de querer saber la respuesta.

—Pues... Que no era una cita, Evan. Tan solo me había citado para encargarme su pastel de boda y he hecho un ridículo espantoso.

—El mismo que estás haciendo ahora mismo —le dijo con los ojos vidriosos—. Ahora estoy más convencido que nunca de que soy el reemplazo perfecto, el segundón de tu lista, una opción válida, pero no la mejor para ti.

—Estoy aquí, aquí —dijo Isabella poniéndose en pie.

—Y si no fuera a casarse, ¿estarías aquí?

Isabella volvió a quedarse muda, estaba tocada y hundida.

—Por favor, vete, y lo mejor es que te busques otro ayudante.

—Pero, Evan...

—No quiero seguir hablando contigo. —Evan abrió la puerta de su apartamento, invitándola a que saliera de este.

Isabella salió de allí sin echar la vista atrás. Debía asumir las consecuencias de sus actos y aquel había sido uno muy feo. Igual no era tan distinta a su madre. Ella, que tanto la criticaba por su egoísmo, se había convertido en la ególatra por antonomasia de Painswick. Su corazón le había jugado una mala pasada otra vez, pero convirtiéndola en el verdugo de su propia historia. Había dilapidado su propia felicidad por un amor adolescente que, de no haber reaparecido, tenía olvidado en un rincón oscuro de su mente. Ahí, donde se guarda la información que ya no necesitas, pero sacas de vez en cuando por nostalgia y luego vuelves a guardar, igual que guardas en el altillo del armario prendas que ya no se llevan o no te vienen, y lo único que hacen es acumular polvo durante años de olvido. Un polvo que le había caído en toda la cara, cegándola por completo.

Cuando salió a la calle, el viento que azotaba las calles del pueblo se había agudizado. Isabella necesitó agarrarse al pomo de la puerta para no ser arrastrada junto a hojas de periódico, bolsas de plástico y otros desechos urbanos. Por un instante, pensó en hacerlo, en soltarse de aquel pomo que la separaba de la estabilidad y dejarse arrastrar, unida a la bandada de basura. Que aquel huracán, tan poco habitual en la época en la que se encontraban, se la llevara, igual que aquellas cipselas que su aliento hizo volar, privándolas de la seguridad que les otorgaba el tallo de diente de león, dejándolas a la merced del viento. Ella tan solo había pedido ser feliz y, ahora, esas pequeñas florecillas de algodón se estaban vengando de ella, por anteponer sus deseos a los suyos, otra vez.

Eso había sido su vida, puro egoísmo. Su madre solo era una madre, una madre preocupada por su hija basándose en lo único que conocía, la vida acomodada. Su gran sueño de abrir una pastelería no había sido mérito únicamente suyo, sus padres le habían prestado el dinero, pero había detalles que prefería omitir para seguir justificándose, para creerse su propia mentira. Las señales de Ben, aquellas que ella no quiso ver porque se merecía un gran día, un bonito vestido, una boda de ensueño que, a sabiendas, iba a acabar en divorcio, pues Isabella no estaba ciega y sabía que Ben estaba enamorado de otra. Había aprendido a maquillar su vida de tal manera, que se había creído sus propias mentiras, y se había convertido en una persona falsa. No era de carne y hueso, no era dueña real de sus sentimientos. Era una Isabella construida de inventos de su propia mente y nunca había hecho nada por sí misma que la condujera a la verdadera beatitud.

Podría haber dejado a Ben, haber dado el paso por él y no llegar hasta ese final humillante para ella. Podría haber pedido un préstamo y haber sido la total responsable de su fracaso o de su éxito. Podría haberse dejado llevar por primera vez y haber entregado su corazón a Evan, sin intentar nada con Nathan, que no era más que un fantasma del pasado y un capricho más en su vida.

El aire soplaba tan fuerte que le costaba moverse, luchando contra él soltó

una de las manos y llamó al timbre de Evan. La puerta se abrió justo en el momento en el que un contenedor a toda velocidad le rozó el abrigo, siguiendo su frenética marcha hasta estamparse violentamente contra una farola. Isabella se quedó sin aliento, ese podría haber sido su destino. Morir aplastada contra una farola.

Subió las escaleras, esta vez cabizbaja. Nunca había estado tan desolada, avergonzada e insegura, pero necesitaba cobijarse hasta que el fuerte viento cesara.

—He vuelto —dijo frente a su puerta, con el pelo revuelto, decorado con varias hojas de olmo, un aro de plástico de alguna botella y una rama chiquitita.

Evan asintió, consciente del temporal que azotaba Painswick. Acababa de escuchar el tiempo en la radio local y de los desperfectos que aquel inusual huracán estaban provocando en el mobiliario urbano.

—Puedes quedarte en el sofá. Te traeré unas mantas —dijo sin mirarla. No podía hacerlo, porque hacerlo le dolía. Le dolía demasiado y eso no podía ser solo una consecuencia del desamor, pues el desamor no provocaba las sensaciones que él sentía vibrar en su cuerpo cuando Isabella estaba cerca.

—Gracias. No te molestaré, te lo prometo.

Evan volvió a asentir y se marchó, al poco regresó cargado con una gruesa manta, que dejó sobre el sofá. Isabella se había quitado el abrigo, las medias negras y los zapatos, solo se había dejado puesto el vestido y sentada a lo indio esperaba su vuelta. Los ojos bajos. No podía ni mirarlo a la cara. ¡Se sentía tan miserable y mala persona!

Evan no pudo evitar fijarse en sus muslos desnudos. Tersos, blancos, suaves. De no estar tan cabreado con ella hubiera deseado acariciárselos, primero con las manos, luego con la boca. Recorrérselos desde los pies a la entrepierna, hundir la lengua en su sexo, besárselo. Besarla entera.

Isabella lo había defraudado de todas las maneras posibles y, aun así, la deseaba con todas sus fuerzas. Posiblemente, ahora incluso más. No entendía el porqué, porque debería odiarla, pero, aunque una parte de sí la detestaba, otra parte suya, la quería poseer más que nunca.

—¿Quieres una camiseta para dormir?

Ella alzó los ojos, había restos de lágrimas en ellos. Deseó extender la mano y secárselos. Abrazarla y consolarla, pero mantuvo la distancia. Seguía sin entender por qué sentía esa necesidad de cuidarla y confortarla, cuando ella no lo merecía. Lo había utilizado, manipulado y le había mentado.

—Sí, por favor —respondió en un susurro.

De nuevo salió del salón y regresó al cabo de un minuto con una camiseta en las manos. Se la tendió y se quedó parado, allí de pie, mirándola. La deseaba.

Ella se puso en pie y cogió la camiseta. Detuvo la mirada en la suya y Evan sintió su arrepentimiento. Su dolor. Su tristeza. La mezcla de sentimientos llenaba a Isabella, desbordándose por todos sus sentidos. De tan densos, Evan podía respirarlos. Estaban entrando en su interior, colándose por su nariz y su boca, a bocanadas.

—Lo siento, Evan. Lo siento mucho. —Necesitaba que la perdonara.

Él asintió y sus ojos revolotearon por el rostro de Isabella. Una lágrima escapó surcando su mejilla y él no pudo resistirse más, alzó la mano y se la secó. Isabella ladeó la cabeza para prolongar por un segundo aquel fugaz contacto antes de que desapareciera, pero desapareció al instante, se marchó tan pronto él bajó la mano y se fue de allí dejándola sola en la inmensidad de su tristeza.

Poco después de quedarse dormidos, amainó la fuerza del viento, la calma trajo consigo una lluvia suave como un ronroneo lento y sin pausa. Y esa lluvia duró dos semanas. Dos semanas en las que la vida de Isabella volvió a cambiar por completo.

## 28

Tras el paso de aquel viento huracanado que arrasó la pequeña localidad de Painswick, nunca visto algo igual en todos sus años de historia y por el que volvió a ser noticia en menos de un mes en los medios nacionales, la actividad local se detuvo durante un par de semanas. Había miles de daños: tejados ç, verjas y postigos arrancados, farolas y árboles abatidos, gallinas y ovejas desaparecidas, que aparecieron unos días después pastando a varias millas del epicentro de tan devastador fenómeno natural, un sinfín de desastres que había que corregir cuanto antes. Y todos los habitantes se pusieron manga por hombro a ello, sin excepción.

Isabella y Dana dejaron por unos días su trabajo en la pastelería y junto a los demás vecinos limpiaron calles, repararon puertas y ventanas, y desperfectos en las fachadas y mucho más, hasta que todo volvió a ser casi como era. Durante todo aquel tiempo no dejó de llover ni una sola vez e Isabella se sentía tan triste como el cielo plomizo que la sobrevolaba.

Sin embargo, pese a que se trataba de una tarea pesada y fuera de lo corriente, la actividad física la ayudó a sobrellevar de algún modo el dolor de sentirse la persona más horrible del planeta, la tristeza de saber que no compartiría más horas con Evan al abrigo de su obrador y, sobre todo, el rechazo que veía en sus ojos cada vez que se cruzaban por la calle. Él no volvió a dirigirle la palabra y ella no trató de que lo hiciera. Lo había perdido, aun sin nunca haberlo tenido.

Como era de esperar en circunstancias así, ni ella tenía tiempo de hacer pasteles ni los habitantes de Painswick ganas de comerlos. Y, a medida que fueron pasando los días y el mes de marzo se deslizaba hasta el de abril, la marcha en la pastelería fue ralentizándose, hasta quedarse casi parada en un punto en el que Isabella ya no sabía si lo ocurrido a tan solo un mes vista había sido un sueño o tal vez lo había imaginado. El bullicio reinante días atrás fue reemplazado por un silencio ominoso que pesaba más que cien vacas juntas.

El curso de la vida en Painswick había vuelto a su cauce, en cambio, la

meteórica carrera de Isa Deli había caído en picado, hundiéndose tanto o más que antes del arrollador éxito de sus Amor glasé.

Una tarde, aburridas las dos, jefa y empleada, estaban en la tienda. Dana trataba de dar caza a una mosca, sin mucho éxito, pues era veloz la condenada.

—Déjala estar. Tampoco vivirá mucho. Creo que su ciclo de vida es inferior a veinte días —rio, sin ganas, Isabella, viéndola fracasar por undécima vez en lo que iba de hora.

—No me da la gana de dejarla. No pienso tenerla por compañera tanto tiempo —le repuso Dana, matamoscas en mano, lanzándolo una vez más contra el pobre bicho, que salió volando, espantado.

—Quizá dure más ella que la pastelería —comentó Isabella a punto de llorar.

—¡No quiero volverte a ver llorar, eh! ¡Ni una sola lágrima más! Tenemos que hacer algo, Isabella. Si la cosa sigue así no vas a tener otra que cerrar y no quiero quedarme sin trabajo.

—No quiero cerrar. Esto es lo único que me queda —dijo, mirando con pena su alrededor.

—Pues algo tenemos que hacer. Tenemos que volver a captar clientes, si lo hicimos una vez podemos volver a hacerlo.

—Los espanto con mi desgracia. Es contagiosa. Por mi culpa Painswick fue devastado por un huracán.

—No me seas dramática. Tú no tienes la culpa de eso, no tienes tanto poder... —Tras decir aquello, lo pensó mejor y rectificó—: O ninguno sobre las fuerzas de la naturaleza. Ni que fueras Tormenta de los *X-Men*.

—¿Ya no piensas que hiciera magia con mis pasteles?

—No... —dudó—. No lo sé, Isabella. Solo sé que no tienes la culpa de nada de lo que ha pasado en el pueblo, solo eres culpable de lo que has ocasionado en ti misma.

—Me odia —afirmó Isabella, volviendo al tema recurrente de Evan.

—No te odia.

—Sí me odia —aseguró rotunda.

—No lo creo. Es posible que quiera odiarte, pero su corazón no se lo permite. Lo he visto patrullar la calle de la pastelería a una velocidad demasiado lenta como para resultar sospechosa. Te busca, lo sé, pasa para verte, y tú deberías dejar de pensar que eres la persona más desafortunada del mundo y hablar con él.

—¡Es que no me quiere hablar!

—Pues lo obligaremos.

—¿Y cómo haremos algo así?

—No le dejaremos otro remedio. Pensemos.

Y ambas amigas se pusieron a pensar. Pensaron tanto que hasta les salió humo de la cabeza. La humareda provocada por esas dos cabezas pensantes fue tal que terminó escapando por la ranura inferior de la puerta de la pastelería. La señora Parker, desde su mecedora estratégicamente ubicada junto a la ventana que daba a la calle, vio las volutas oscuras disolverse entre los últimos rayos de sol que barrían la calle a esas horas de la tarde, y pensó por un momento en dar el aviso a la policía. Se llevó la mano al rostro con la intención de santiguarse. ¡Dios mío, la pastelería de Isabella se estaba incendiando! Observó con sus ojitos avispados fijamente la puerta durante unos minutos más, y aquel humo pareció difuminarse hasta perder cualquier atisbo de color. Suspiró tranquila, lo que fuera que había sido aquello ya había pasado.

Isabella echó el cierre aquel día con mil ideas rondándole la cabeza y ningunas ganas de llevarlas a cabo. Dana se mostraba positiva frente a ella y la animaba, pero no era suficiente para animarla. Miró al cielo y vio una nube negra, solitaria y pequeña, una que se había quedado atrás en la carrera de las más grandes para trasladar la tormenta a otro lado. Y la siguió, siguió a Isabella allí en lo alto, lentamente, acompañada a sus pasos lánguidos y desganados. A lo lejos, vio que una caja de cartón se movía sola, pero no lo tuvo en cuenta, últimamente la vida en Painswick era tan extraña que no le sorprendía lo más mínimo que las cajas o las farolas echaran a andar por sí solas. Pensó que podría tratarse de un perro intentando refugiarse, y sintió lástima por él. Muchos fueron los animales que se habían perdido durante el huracán y quizá aquel animalito tenía dueño. Así que apresuró el paso, acelerando consigo el rumbo de aquella nube. Se paró frente a aquella enorme caja.

## 29

Tocó con la punta de la zapatilla la caja antes de agacharse y levantarla un poco para asomar un ojo. Un fuerte olor, bastante desagradable, la echó para atrás, y fue cuando aquello que estaba debajo, dio la cara levantando la caja.

—¿Otra vez tú? ¿Qué tienes en mi contra? —le preguntó al vagabundo, quien sostenía el cartón con la su cabeza.

—¡Es usted! Otra vez usted.

—Siempre he sido yo, o mejor dicho tú —respondió, desprendiéndose de aquel aparatoso caparazón.

—¿Yo? Pero ¿de qué está hablando? Desde que nos encontramos aquel día mi vida ha ido de mal en peor, todo por culpa de aquel maldito diente de león que me hizo soplar. ¡¿Quién demonios es usted?! ¡¿Lord Voldemort?!

—¿De verdad crees que todas tus desgracias son culpa mía? —rió, cruzándose de brazos frente a ella e impregnando sus fosas nasales de aquel nauseabundo olor.

—Pues usted me dirá. —Isabella le copió el gesto casi aguantando la respiración.

—Si sigues así mucho rato te pondrás más morada que una ciruela. Respira, respira hondo y disfruta de lo que has hecho con tu vida.

—Sinceramente no lo entiendo —le repuso, cogiendo una bocanada de aire chiquitita y volviendo a cerrar la boca de inmediato.

—Yo no soy nadie. Solo soy producto de tu imaginación. Soy la forma física de tu conciencia, de tus anhelos, de tus deseos y fracasos. Estabas tan perdida en la vida que has conseguido materializarme, aunque solo me puedes ver tú. ¡Y mira en qué me has convertido! En un viejo pobre y sucio que no tiene dónde caerse muerto. Algo en lo que te convertirás tú si no empiezas a tomar buenas decisiones, Isabella.

—Eso no es cierto, yo no tengo visiones, soy una persona totalmente cuerda, y todo lo que ha pasado estas semanas ha sido real.

—O tú crees que lo ha sido y lo has magnificado con tus sentimientos.

—No, Dana también lo ha vivido como yo. Era real como la vida misma.

—Isabella, siempre has oído y visto lo que te interesaba oír y ver. Te has montado una película a tu alrededor y has acabado quemando el reproductor de vídeo, y da gracias a que no ha explotado de repente.

—La tele vino a grabarme. Nathan vino a pedirme el pastel de su boda —dijo ella no queriendo dar el brazo a torcer.

—Todo eso solo son cosas que tú querías que pasaran y, cómo ves, este pueblo está tan desolado y aburrido como siempre, al igual que lo estás tú. ¿Acaso no recuerdas lo que te dije?

—Que solo nosotros podemos arreglar nuestros propios problemas.

—Eso también, pero me refería a que las cosas más sencillas a veces son las más difíciles de creer.

—No lo pillo. —Isabella se sopló un mechón de pelo que se le había desprendido de la coleta.

—Muchacha, ¡mira que eres cortita a veces!

—¿De verdad es usted mi conciencia? —dijo, incrédula, pues de ser así, ¿qué sentido tenía que se estuviera insultando a sí misma?

—No te has dado cuenta de que lo único real que ha sucedido en toda esta historia es Evan.

—¿Evan?

—Sí, Evan. Ese hombre por el que te has tocado un poquito estos últimos días.

—¿Cómo sabe usted eso?

—Ya te lo he dicho, yo soy tú y tú eres yo. Es muy difícil hacerte entrar en razón, y eso es el causante de que yo viva en una caja de cartón y tú tengas esa nube tan fea deseando descargar toda su furia sobre ti en forma de agua.

—Pero me hizo pedir un deseo, y yo pedí ser feliz. Esto dista mucho de la felicidad, ¿no cree?

—Un deseo que generaste tú con tu propia esperanza, buscando un golpe de suerte que hiciera cambiar tu vida y, como te dije, eso solo está en las manos de uno mismo. No hay magia, no hay trucos, somos las personas las que atraemos o repelemos las cosas que tengan que pasarnos.

—¿Y qué se supone que tengo que hacer ahora?

—Buscar la felicidad por ti misma, dejar de estar enfadada con el mundo y reconciliarte con la vida que tienes. No es mejor ni peor que otras, es la tuya. Y está claro que ese hombre al que has humillado, ha encendido unas lucecitas en ese corazón tuyo y ha iluminado un poco tu camino.

—Evan... —suspiró, agachando la cabeza.

Cuando Isabella volvió a alzarla, el vagabundo había desaparecido de nuevo. Y aquella nube compañera también desapareció instantes después, dejando paso a que un escuadrón de estrellas se colocara en la noche como pequeñas luciérnagas chispeantes y llenas de vitalidad.

Fue entonces cuando comprendió que su negocio no era pobre por la falta de clientes, sino por su estado de soledad, su falta de ganas, el hastío y la sensación de fracaso constante que le había calado hasta los huesos. Que quien no te habla es porque no te quiere, y quien no te encuentra es porque no quiere buscarte, y que ella, en cierta manera, era adicta a lo que la destruía. Era muy triste haber tenido delante de sus narices la oportunidad de salvar a su corazón maltrecho y no haberla aprovechado lo suficiente. Evan.

Se restregó los ojos, no podía permitirse seguir llorando, debía desterrar la autocompasión y arreglar sus propios problemas. Ella era consciente de todo eso, ella misma se lo había dicho muchas veces: las cosas más sencillas son las cosas más difíciles. Pero era hora de coger las riendas de su vida y convertir aquella conciencia vagabunda en una bonita mariposa.

## 30

Aquella noche Isabella no pudo dormir, se le pasaron las horas dando vueltas en la cama, pensando en todo aquello que había vivido y que seguramente había sido fruto de su imaginación. Pero el dinero que había ganado con la venta de aquellos pasteles era real, palpable y estaba en su cuenta corriente. Se levantó para comprobarlo en la banca *online*, y así era. Su conciencia no se lo había dicho todo, o quizá sí. Era probable que ella misma sabía antes que nadie que las cosas debían cambiar y que solo ella tenía la llave para abrir la puerta de la felicidad, siendo esta el camino y no el destino. La aparición de Evan, además había llegado en el mejor momento, elevando su estado de ánimo hasta tal punto, que lo que ella sentía en su corazón lo había estado irradiando multiplicado por dos o tres a los demás a través de sus pasteles.

Y es que la vida es así de sencilla. La herramienta más sencilla que tenemos a nuestro alcance para ser feliz es hacer feliz a los demás. En el caso de Isabella, existían ciertas barreras que se había impuesto tiempo atrás: el rencor, la negatividad y el mero hecho de darle muchas vueltas a las cosas. Pero un rayito de luz se había abierto en su camino, una oportunidad de devolverle la paz interna y la dicha que merecía. Y ahora, de nuevo, estaba en la tesitura de decidir entre lo que debía hacer y lo que quería hacer.

Se volvió a meter en la cama y se cubrió con la colcha hasta la nariz, respiró hondo y se dijo a sí misma: «Olvídate de todo, menos de ser feliz», y, tras repetirse eso mentalmente tres veces, se dejó atrapar por Morfeo, cayendo serenamente en sus brazos, que la acunaron el resto de la noche hasta el alba.

Isabella se despertó justo cuando los primeros rayos de sol alcanzaron el horizonte, sintiéndose descansada. Estiró los brazos fuera del confort de su colcha, estrechando los ojos para que aquellos rayitos dorados no la desintegraran a lo cómic de Marvel. Después se levantó de un brinco y puso música en su móvil mientras encendía la cafetera. Se recogió el cabello en un

topo y se dio una ducha rápida. Era temprano y debía aprovechar bien su tiempo. Había decidido no seguir regodeándose en su propia desgracia, nadie puede cambiar el pasado, pero sí intentar enmendar los errores para un mejor futuro, y estaba más que dispuesta a ello.

El primer día de su fantasiosa felicidad comenzó tras entregar un pastel para el funeral de un marido infiel, y esta vez, ya con un pie en la felicidad verdadera, entregaría un pastel de boda para un marido enamorado de su esposa, Nathan. Un principio maravilloso.

La verdad es que había estado tentada de rechazar el encargo, y más después de los estragos en Painswick del temporal, pero al final no lo había hecho y ahora, había demorado tanto el bochornoso momento que, tenía que hacerlo de prisa y corriendo, pero esta vez con ganas. El amor que sentía por Nathan no era ni fue verdadero nunca, y ahora lo sabía a ciencia cierta. Para enamorarse de verdad, primero tienes que estar enamorado de ti mismo, e Isabella nunca lo estuvo en aquel momento ni hasta hacía unas semanas. Nunca se había querido a sí misma lo suficiente como para amar a otra persona de manera incondicional, hasta que apareció Evan con esa inyección de emociones positivas y bienestar. Los dos compartían tal entendimiento vital que, cuando se atrevían a mirarse fijamente, se activaban miles de alarmas en el universo, provocando toda una serie de fenómenos sentimentales que alborotaban a la inmensidad de estrellas del firmamento.

Isabella lo sabía, estaba enamorada, sin embargo, lo había fastidiado todo y no estaba segura de saber arreglarlo.

Respiró profundamente y alejó ese pensamiento de su mente, debía ir al obrador y hacer el pastel de Amor glase más delicioso del mundo, y luego empezaría a levantar de nuevo los cimientos de su negocio con el plan que le había propuesto Dana la tarde anterior, y al que ahora sí le veía sentido.

Cuando entró en el obrador dispuesta a ponerse manos a la obra, el silencio de aquella sala y el mandil de Evan colgado en el perchero le provocaron una profunda tristeza. Tristeza que acabó ahogando, absorbiéndola como una drogata, ávida de un chute de endorfinas, oliendo el rastro de su olor en aquella áspera tela de trabajo. Aquel sorbo de Evan le dio un reprís digno de la fórmula uno, poniendo en marcha todos sus conocimientos en repostería, batiendo nata, montando bizcochos, untando crema de avellanas y empapando toda la creación en almíbar de violetas.

A las tres horas había montado tres de los cinco pisos de aquel enorme

pastel. Las duras semanas, que había pasado en el obrador creando pasteles, como una posesa para los parroquianos de Painswick, la habían convertido en la superheroína de la pastelería moderna.

—¿Cuántas horas llevas aquí? —preguntó Dana cuando entró, mirando extrañada aquella tarta en proceso avanzado—. Me he asustado cuando he visto la puerta abierta de par en par.

—Mañana es la boda de Nathan y Liberty.

—Creía que habías anulado el encargo.

—No lo hice —dijo sin más explicaciones.

—No hay quién te entienda, Isabella —dijo sacudiendo la cabeza.

—Lo sé, pero no quiero que me des sermones ahora. Sé que he hecho mal en mi vida, sé que habrá cosas que no puedo arreglar, sé que he sido una idiota integral. Pero no puedo perder más tiempo ahogada en la misma mierda. Tengo que empezar a poner orden en mi vida y ser consecuente con mis actos. Así que échame una mano con esto, hay unos novios a los que hacer felices —dijo, sin parar de remover el chocolate fundido para evitar grumos.

—¿Te has comido un libro de Carl Rogers?

—No me he comido nada. Solo he reflexionado un poco.

—Me alegro, de verdad que sí, me vas ahorrar muchas conversaciones contigo y esa cabeza loca que tienes. Y ahora... —Dana puso los brazos en jarras frente a ella—, ¿qué necesitas que haga?

Ese día las dos amigas lo emplearon casi íntegramente en terminar el pastel y concretar el plan que Dana le había propuesto a Isabella.

—¿Entonces estás dispuesta a llevar a cabo mi plan?

—Creo que sí, he de reconocer que es una gran idea. No podemos quedarnos de brazos cruzados y esperar que la pastelería remonte por sí sola. Debemos actuar.

—¡Así es! Me alegra oírtelo decir. Aunque no lo creas es un mantra que te he repetido muchas veces y es un alivio saber que, tras dejarme las cuerdas vocales diciéndotelo una y otra vez, haya calado en tu cerebro.

—Lo siento, sé que he sido una amiga horrible.

—Eso no es cierto, solo has sido una amiga testaruda, orgullosa, egocéntrica, negativa...

—Vale, vale, ya lo pillo —dijo, esbozando una sonrisa sincera hacia Dana.

—¿Cómo piensas llevar este enorme pastel hasta Court House Manor?

—No tenemos que hacerlo. Mañana a primera hora vendrá una furgoneta de alquiler con chofer. Liberty entendió que no tenemos medios para transportarla y ha organizado el traslado con su *wedding planner*.

—Ya no se te ve tan triste por esa boda.

—No lo estoy, es más, me alegro por Nathan, ella parece una persona encantadora, se lo merece.

—Iba a decir que no pareces triste por esa boda, pero sí por Evan. ¿Estoy en lo cierto? —Dana le dedicó una mueca de disgusto.

—Lo estás, pero espero que el tiempo pueda solucionar las cosas entre él y yo.

—No quería decírtelo, pero lo he visto pasar mucho últimamente patrullando por esta calle.

—Es su trabajo —le repuso Isabella, sin querer darle importancia a aquello. No deseaba hacerse demasiadas ilusiones con Evan. Se había portado fatal con él y se merecía su rechazo.

—Sí, pero no es necesario pasar cinco veces por estos lares. No vivimos en el Bronx de Nueva York —rio—. ¿Por qué no lo llamas?

—Porque no creo que sea el momento. Ya te he dicho que el tiempo es la mejor cura.

—A veces la distancia es el olvido, y no creo que quieras que eso suceda.

—No quiero, no. Pero es mejor así, no quiero presionarlo o molestarlo, debe estar muy enfadado.

—Tú misma, pero yo lo llamaría —acabó diciendo Dana, al tiempo que se metía el dedo en la boca para saborear el glaseado que se le había quedado pegado.

# 31

Aquel sábado de finales de abril, el lío era tremendo en el obrador, faltaban manos por todos lados para dar abasto a tanto pastel. Isabella no sabía ni dónde tenía la cabeza ya, mientras ultimaba pasteles a toda velocidad, y Dana, autoproclamada, generala del evento benéfico que habían organizado las dos con el propósito de sacar dinero para poder ayudar económicamente a todos aquellos vecinos de Painswick, a quienes los seguros no había cubierto los desperfectos del huracán y habían visto en consecuencia muy mermado su bolsillo.

No sabían qué cantidad de gente se esperaba en el pueblo, esperaban que mucha, puesto que el post de la *influencer* Tara Carter había tenido máxima acogida en Instagram, tan pronto anunció la noticia de que se iba a realizar un evento gastronómico en beneficio de los damnificados por el fuerte temporal que había devastado el bonito y pintoresco Painswick un mes atrás. También habían llamado a *Good Morning Britain*, que había ayudado a la difusión nacional en su matinal.

El atractivo Steven Merit se había personado la tarde anterior en la pastelería junto al cámara para hacer un seguimiento en directo de los preparativos finales, ellas dos, ayudadas por Adam, el novio de Dana, y sus dos hermanas, Clarie y Rachel, habían trabajado codo con codo durante toda la semana para preparar la impactante cifra de cuatro mil pastelillos, cuya mitad eran Amor glasé. Isabella había invertido gran parte de las ganancias de marzo en la compra de ingredientes y, la verdad, es que se sentía pletórica, más feliz que nunca con la gran acogida que estaba sintiendo. Jamás se había sentido tan querida. Multitud de vecinos, al enterarse de la noticia de la colecta, se habían acercado a la pastelería para ofrecer su colaboración en los preparativos, entre ellos sus acostumbrados clientes, quienes habían ayudado aportando mesas, sillas, coloridos manteles, vistosas fuentes de loza para exponer los pasteles y muchas cosas más, algunas tan variopintas como una pequeña noria, y lo habían ido llevando a una pequeña carpa que había cedido el ayuntamiento e instalado en la plaza mayor.

A falta de unas pocas horas para el pistoletazo inicial, Isabella estaba rendida, no había podido descansar esa noche, pues se había quedado en el obrador acabando pasteles y, aunque la ayuda de sus amigos era inestimable, no había podido obligarlos a renunciar a sus horas de sueño. Por eso todos habían acudido tres horas antes del evento para ultimar los detalles, quedaba mucho por hacer antes de inaugurar.

Isa Deli era un ir y venir constante, tan pronto entraba la señora Parker con un saco de harina, como salía cargado Adam con una bandeja de pastelillos rumbo a la carpa, donde una conocida empresa de refrescos había colaborado, prestando una cámara frigorífica de gran tamaño. Gracias a eso, detalle con el que no habían contado en un principio las dos cabezas pensantes de todo aquel cotarro, habían podido dosificar las labores a lo largo de varios días.

Isabella sonreía, sonreía sin cesar, sin poder evitarlo, y sin querer tampoco hacerlo. Irradiaba tal felicidad, que Dana juraría que le brillaba la piel, y no por el sudor, aquello era otra cosa. Era la magia abriéndose paso a través de la piel de su amiga que, de tan radiante, no dejaba de sonreír, contagiando a todos los que a su lado trabajaban sin descanso. Nunca la había visto tan feliz y no podía sentirse más contenta por ella. Aquel plan de montar una bien gorda estaba resultando mejor de lo que esperaba, aunque de momento, Evan no había aparecido por allí, algo que lamentaba en silencio, pues no quería entristecer ni un poquito a Isabella, quien no parecía flaquear por ese motivo.

—Buenos días. —Una voz provocó que todos los presentes enmudecieran.

Clarie y Rachel levantaron las cabezas para mirar al hombre que acababa de entrar por la puerta del obrador y, sin saber de quién se trataba, respondieron a su saludo, sonrientes.

Dana dejó las manos quietas y, emocionada al verlo allí por fin, miró a Isabella, temiendo por la estabilidad de la bandeja que portaba esta en las manos.

Isabella se dio la vuelta, extrañada por el silencio del momento, no había escuchado a Evan entrar. Al encontrárselo allí, las manos le temblaron, haciendo tambalear peligrosamente las tres docenas de pastelillos sobre la bandeja.

El cámara de *Good morning Britain* que había acudido a primera hora para grabar la inauguración de la colecta, apoyado en la pared, no se perdió un detalle de aquella entrada estelar, parecía que un ángel había pasado por la

estancia. Miró a Evan, parado en la puerta, callado y con cara de no estar muy cómodo con la situación, y luego a Isabella, cuya sonrisa se había congelado mientras la bandeja se movía frenética en el aire. Decidió encender la cámara y grabar el momento.

Tras tragar saliva, Isabella se decidió a hablar, aunque no tenía claro si le saldría alguna palabra. Pero sí salieron y tal vez sonaron un poco a reproche, cosa que ella lamentó al instante, no quería que Evan pensara que le molestaba su presencia, sino todo lo contrario. El corazón se le había parado antes de estallarle dentro del pecho.

—¿Qué haces aquí?

—He venido a colaborar.

—¿En serio? —De nuevo volvió a lamentarse por su poco acertado diálogo.

Evan la miró por un segundo pensando que quizá se había equivocado al presentarse allí de imprevisto. Llevaba un mes entero sin quitarse a Isabella de la cabeza. No quería quererla, pero al parecer no podía hacer nada por evitarlo, porque ella seguía allí.

—¿Acaso no es una colecta para ayudar al pueblo?

—Así es. ¿Qué quieres que te ponga? Intuyo que un Amor glasé no. Puedes escoger entre las tartaletas de manzana y nueces o las otras de fresa, los bollos de canela aún no han salido del horno —dijo Isabella, intentando guardar la compostura y ser profesional.

—No quiero comprar pasteles. Quiero ayudar en calidad de amigo, veo que tenéis mucho lío.

—Es que... Están cubiertos todos los puestos —dijo nerviosa esta vez.

—No es cierto, necesitamos a este muchacho para cargar sacos de harina y ayudar a Rachel en el horno —intervino Claire, haciéndole los ojos chiribitas ante la presencia del imponente Evan.

—La verdad es que sí nos vendrías bien, ¿verdad, Isabella? —dijo Dana, fulminando con la mirada a su amiga, quien debía haber sufrido un infarto cerebral. ¡¿Qué narices estaba diciendo?!

—Sí, está bien. ¿Podrías, Evan, sacar tres bandejas de *Shortbread*?

—Marchando —dijo Evan, regalando a todas las presentes una sonrisa maravillosa, de esas que hacen detenerse el tiempo.

Cuando desapareció, Dana no dudó ni un momento en rematar a Isabella con uno de sus comentarios jocosos:

—¿Se te ha ido la cabeza?

—No sé de qué me hablas.

—Lo sabes perfectamente, jovencita. Ese tío está loco por ti y has estado a punto de echarlo de nuevo de tu vida, cuando lo que debes hacer es atacar e ir a por él.

—No es el momento, además, no está loco por mí. Ha venido en calidad de amigo. ¿Acaso no lo has oído?

—Lo he oído perfectamente, pero no querrás que diga delante de todo el mundo, que viene en calidad de follador de los valles de Devon.

—Bueno, ya te he dicho que no es el momento y finalmente se ha quedado, así que, sigamos con lo que tenemos entre manos y ya pensaré luego qué hacer.

—Si no te decides, me lo quedo yo —comentó Claire, que había estado al tanto de toda la conversación.

—Tú estás casada, hermanita —le espetó Dana.

—¿Y qué? ¿Acaso no cambié la lavadora por una que combinara mejor con los muebles de la cocina? Pues esto viene a ser lo mismo.

—Mira que sois brutas las Tremblay —rio Isabella.

—Es un defecto congénito de la familia, pero tranquila, Evan es para ti todita. —Dana le sacó la lengua a su hermana a modo de burla.

El día fue un trasiego invariable de gente, de manos envolviendo pasteles de toda clase, de camionetas que iban y venían aportando cosas para hacerles la tarea más fácil, como carretillas, papel de envolver y cambio de monedas. Una banda venida de Stroud se encargó de forma altruista de amenizar el ambiente con música folk y algunos vecinos se decidieron a aportar su pequeño grano de arena montando pequeños puestos, donde vendían comida casera a la multitud de visitantes que se acercaron a contribuir a la causa a cambio de llenar sus estómagos. Fue un día de verdadera comunidad y armonía vecinal, y desde que Evan había aparecido para echar una mano, el sol brilló con más intensidad para Isabella que, con solo su presencia, corriendo de un lado a otro, se sentía feliz. En más de una ocasión intercambiaron miradas furtivas, erizando cada vello corporal de ella, haciendo que su corazoncito lleno de dicha, por estar obrando bien por y para la gente que adoraba, latiera con más fuerza.

A las seis de la tarde, la afluencia de gente decayó considerablemente y el cansancio era notable en las caras de Dana y sus hermanas. Adam se había escabullido a media tarde para ver un partido de fútbol, de vital importancia, según él.

—Deberíamos empezar a recoger todo esto. — Dana se dejó caer en una silla.

—Yo no puedo quedarme más. Mathew me reclama. Suena machista, pero no sabe ni freír un huevo y temo que me queme la cocina. Es una cuestión de precaución cívica —dijo Rachel despojándose del delantal.

—Tranquila, ya has hecho mucho aquí —dijo Isabella.

—Tu amigo está dentro fregando las bandejas. ¿De dónde habéis sacado ese ejemplar? —Rachel se relamió los labios.

—Es uno de los nuevos policías de Painswick.

—Pues no me importaría para nada que me arrestara una noche —rio—. Bueno, chicas, os dejo. Isabella, tú estás soltera, ve a por ese tío o no estará mucho tiempo en el mercado.

—Lo tendré en cuenta, Rachel, y gracias por todo.

—Mi hermana tiene razón —comentó Dana cuando Rachel salió de la carpa.

—¿En que si Mathew enciende el hornillo puede quemar su casa?

—No, tonta, en que si no te das prisa, Evan acabará dando gustirrinín a otra.

—No quiero agobiarlo. —Isabella suspiró.

—¿Por qué no entras y te ofreces a secarle las bandejas? —Dana alzó las cejas varias veces.

—Tienes una mente muy sucia, ¿lo sabías?

—Y tú mucho que limpiar ahí dentro. Corre y saca brillo a los utensilios que tienes, y por utensilios me refiero a la manga pastelera de Evan.

—Lo haré cuando esté todo despejado. Necesito intimidad.

—En ese caso ayudaré a Claire a apilar las sillas para que el señor O'Brien venga a cargarlas mañana y llamaré a Dan para que venga a por nosotras. Te aseguro que en una hora tendrás el campo despejado para arreglarte con ese tío bueno que tienes ahí dentro fregando como un descosido.

—Os echaré una mano y que sea media hora —dijo Isabella, soltando una carcajada.

—¡Esa es mi chica! —Dana atrapó la cara de su amiga entre sus manos —.Todo saldrá bien, estoy segura.

—Eso espero, Dana, eso espero.

## 32

La media hora que habían previsto para recoger toda la carpa y plegar las mesas se convirtió en casi dos. El tinglado que habían montado aquel día había sido importante, y las tareas de limpieza de la calle se extenderían al día siguiente, cuando el ayuntamiento mandara a la patrulla pertinente para tal fin y a desmontar la carpa. Durante el tiempo que estuvieron trabajando junto a Adam que, a regañadientes, dejó de ver el canal deportes con las mejores jugadas del partido, terminaron de colocar todo aquello con tal de facilitar la tarea a los que irían detrás. Evan no había salido del obrador, aquello debía estar manga por hombro, y despegar de los moldes y encimeras los mejunjes dulces no era tarea fácil.

—¡Listo! —dijo Dana dando una palmada—. ¿Cuánto hemos sacado?

—Lo he contado antes y han sido unas diez mil libras. —Sonrió con orgullo.

—Madre mía, eso da para rehabilitar muchas cosas.

—Ya lo creo, tuviste una excelente idea. Además, me siento realmente bien.

—Y aún lo estarás mejor cuando remates la faena en el obrador.

—¿Qué faena? ¿No me digáis que aún quedan cosas por hacer? —refunfuñó Adam.

—Nada que requiera nuestra ayuda, podemos irnos.

—Uf, menos mal, a las nueve y media empieza el Leicester-Arsenal y no quiero perdérmelo.

—Tengo por cuñado una extensión del Sport TV —bromeó Clarie.

—Perdona, pero mi Adam es más que eso. Es un excelente cojín a juego con el sofá.

—Lo que tiene qué aguantar uno —protestó Adam, dirigiéndose al coche, cuando vio a las dos hermanas reírse a costa de él.

—Gracias por todo, os debo una cena.

—Yo me sentiré pagada cuando te vea libre de telarañas en los bajos. Prométeme que harás todo lo que está en tu mano para alcanzar la plena

felicidad —dijo una chistosa Dana.

—Lo haré, te lo prometo. Pero estoy muy nerviosa.

—Relájate, y entra ya, o ese hombre se va a dejar los nudillos de tanto rascar.

Isabella asintió. Había llegado el momento de enfrentarse al amor de frente, porque el amor, es ese intenso sentimiento, con una amplia gama de diferentes tonalidades, por el que merece la pena luchar. No importa cómo se presente, lo reconocemos sin importarnos lo bien o mal que nos haya ido antes, simplemente será diferente a cualquier otro que haya existido.

—Hola —dijo tímidamente, apartando la cortina que separaba la pastelería del centro de operaciones.

—Hola, esto ya casi está. Me queda limpiar las rejillas de la cámara y habré terminado.

Isa miró su alrededor, todo estaba reluciente. Evan lo había dejado todo perfecto y no parecía que hubieran estado trabajando allí durante varios días sin descanso.

—Déjalo ya. Esto está mejor que nunca.

—Me gusta terminar lo que empiezo —le repuso él, mirándola unos segundos, antes de volver a la tarea.

—Si lo dices por mí, estás en todo tu derecho. —Isabella se sintió abatida, Evan le había lanzado una indirecta que captó a la primera.

—No lo decía por ti, lo decía por mi forma de ser.

—Evan, ¿podrías dejar de hacer eso y mirarme un momento? Necesito hablar contigo, sincerarme, abrirme a ti y decirte lo que siento.

Evan tenía la cabeza metida en aquel enorme frigorífico y, tras pensarlo unos segundos, salió de aquella fría madriguera que lo mantenía a salvo.

—Está bien, te escucho —dijo, cruzándose de brazos desde su posición.

—Esto me pone muy nerviosa y no sé por dónde empezar.

—Ser sincero ayuda.

—Y te aseguro que voy a ser totalmente sincera contigo. —Isabella aspiró todo el aire que pudieron captar sus pulmones y siguió—: Sé que igual mis palabras en este momento no tienen sentido, que no te saciarán ni aliviarán, pero espero poder mostrarte mi arrepentimiento.

—Eso aún no lo sabes —dijo él con el gesto serio.

—Lo cierto es que no sé nada, Evan. No sé de qué manera te puedes sentir respecto a mí y qué tipo de sentimientos despierto en ti ahora mismo, pero si

sé los que tú despiertas en mí.

—¿Y cuáles son? —indagó él enarcando una ceja.

—Cuando te conocí supe lo difícil que sería si surgía una relación, no por ti, sino por mí. He sido una egoísta y cerré los ojos a las cosas que no quería ver. Pero es imposible cerrar tu corazón a las cosas que no quieres sentir. Él va por libre... Y de eso se trata, conocer los riesgos del amor y aun así asumirlos. Porque sin buscarte, te encontré. El amor de tu vida no es quien te enamoró y se fue, ni mucho menos el que te promete que estará siempre ahí. El amor de tu vida es quien te acepta tal y como eres, no te abandona en los malos momentos, es atento, te quiere con o sin cicatrices, es sincero, te da todo su amor y, sobre todo, se queda ahí hasta el final. Y tú, Evan, eres todas esas cosas para mí, y hoy has venido a demostrarme de nuevo que aunque la dificultad entre tú y yo esté al máximo nivel, quieres estar envuelto en ella.

—No sé qué decir. —Evan se había quedado impresionado con aquellas palabras.

—No hace falta que digas nada, solo quería decírtelo y si no quieres nada conmigo lo entenderé.

—No puedo responderte ahora, porque no podría superar tu discurso —empezó él nervioso—, pero sí puedo hacer algo que llevo tiempo queriendo hacer. Algo que me ha quemado por dentro y que has vuelto a encender con tus palabras.

—¿No irás a arrestarme por delincuente sentimental?

—No quiero seguir hablando contigo —dijo acercándose a ella—, porque a veces quiero más que eso. —Evan llegó hasta su altura. Isabella tenía los ojos brillantes y eran del color de la miel al sol. Se perdió en ellos por unos instantes—. Quiero besarte hasta borrarte los labios de tanto hacerlo. ¿Puedo hacerlo, Isabella? ¿Quieres que te bese?

El primer impulso de Isabella fue responder: «Por supuesto que quiero que me beses, Evan. Me muero por que me beses y besarte.», pero se tragó esas tontas palabras y pasó a la acción. Subió las manos hasta sus mejillas y lo miró a los ojos, sintiendo que sus miradas se fundían. Poniéndose de puntillas, alzó el rostro hacia él y tocó sus labios con los suyos. Por unos segundos, se quedó quieta, los ojos cerrados, respirando el aliento de Evan. Olía dulce, como si hubiera comido un pastel poco antes. Quiso saborearlo, fusionar las salivas, llevarse la esencia de Evan para guardarla dentro de sí y poder echar mano de ese recuerdo más adelante, en un futuro que ahora se abría sonriente ante ella.

Las manos de él subieron por sus caderas y abrazaron su cintura para pegarla a su cuerpo. Ella le rodeó el cuello, los labios todavía pegados, respirándose con intensidad, como un baile ansioso de anhelos y deseos. Deslizó los dedos entre su cabello para profundizar el beso. Abrió la boca, sintiendo que una bocanada de aire cálido se la inundaba entera. Evan tomó aire antes de lanzarse de verdad. Alzó las manos y le envolvió el rostro, sujetándola por las mejillas, y le mordió la boca. Aferró su labio inferior entre los dientes antes de dejarlo resbalar. Isabella gimió en respuesta. Un gemido que fue directo hasta la entrepierna de Evan, que, sin poder aguantarse ni un segundo más las ganas, hundió la lengua en la boca de Isabella.

Aquello era perfecto. El baile de sus lenguas acariciándose era perfecto, como si lo hubieran hecho miles de veces antes, pero con el excitante cosquilleo en el cuerpo de ser la primera. Isabella necesitaba más. Evan también. Necesitaba tocarla por todas partes.

Bajó las manos y la agarró del trasero, pegándola más. Empezaron a rozarse con fuerza. Buscando un consuelo el uno en el otro que solo se podía alcanzar de un modo.

—Evan... —Su voz fue casi un gemido. Nació en la boca de Isabella y fue a morir en el cielo de la suya.

Él ya no podía contenerse más. El deseo que sentía era fruto de días de espera, como agua de lluvia retenida en un embalse que necesita seguir su cauce hasta llegar al mar. Necesitaba entregarse y que ella se entregara. Lo quería todo de ella y quería dárselo todo.

Isabella tenía los ojos cerrados. Entre besos y respiraciones agitadas, empezaron a moverse por el obrador. Sin soltarse alcanzaron la isla central y de un impulso la sentó encima. Los muslos de ella se abrieron para acogerlo, abrazándole la cintura con las piernas, mientras Evan se inclinaba de nuevo sobre ella para seguir besándola, esta vez no solo en los labios. Besó la fina piel de su cuello, a la vez que sus manos le subían el jersey para dejar su estómago al descubierto y la parte baja del sujetador. Hundió la boca en su ombligo y lamió la piel de alrededor ascendiendo hasta sus pechos. Ella gimió cuando envolvió uno de ellos con la palma de la mano y lo apretó.

Isabella se quitó el jersey, quería sentirlo libremente, sin ropa por medio que absorbiera sus caricias. Evan se quedó quieto, sin tocarla, mientras ella se quitaba también el sujetador. Luego se liberó de su camiseta, y ella le recorrió el torso con los ojos llenos de anhelo. Cuando sus miradas volvieron a encontrarse, Evan fue a por ella. Sus pechos desnudos se tocaron por primera

vez. Sus manos le acariciaron el estómago y subieron de nuevo buscando sus senos. Al sentir sus dedos apresándole un pezón, un gemido escapó de su boca, unos cuantos más le siguieron como réplicas al compás de sus caricias cada vez más intensas, en cuanto su boca se unió al festín, devorándole el otro pezón.

Evan no podía parar, saborear a Isabella, tras tantos días de tortura era lo mejor que había sentido jamás. Quería ahondar en ella, sentirla rodeándolo, acariciando su intimidad. Bajó las manos y le desabrochó el botón del vaquero, luego la cremallera. Tras eso, ayudado por ella, que sentía la misma necesidad latiendo con fuerza en su sexo, le quitó los pantalones y las braguitas. Él volvió a detenerse para admirarla con devoción. ¡Dios, era la mujer más preciosa del mundo!

—Ahora tú —le pidió ella.

Evan le tomó las manos y las llevó a su bragueta, con un gesto de estas le indicó que fuera ella quien le desabrochara el botón y la bragueta, después se bajó los pantalones y los bóxers, quedando también desnudo ante ella.

Se fundieron en un beso húmedo e intenso en cuanto sus cuerpos volvieron a entrelazarse. Los sexos entraron en contacto, estaban calientes y palpitaban al son de sus pechos. La erección de Evan rozó tortuosamente la vulva de Isabella, que gimió dejando escapar un suspiro que Evan devoró, mientras se hundía en ella, encajando perfecto.

Siguieron besándose mientras él se movía lento dentro de Isabella, resbalando sobre su piel, llevándose con cada embestida a un punto más próximo al clímax, hasta que este los alcanzó de lleno a los dos, sacudiendo sus cuerpos por dentro, electrificando su piel, inundándolos de un placer que no parecía alcanzar el fin. Nada anterior podía asemejarse a lo que ambos estaban sintiendo. Era perfecto. Era sincero. Era amor. No podía ser otra cosa.

Durante unos minutos permanecieron sin moverse, Evan todavía dentro de Isabella, sintiéndose las respiraciones pecho con pecho, boca con boca, poco a poco recobrando el ritmo normal. Los labios de Isabella se deslizaron hacia el oído de Evan y se vistieron con una inmensa sonrisa.

—Evan, creo que te quiero. Seguramente pienses que estoy loca, pero ¿sabes? Soy feliz.

—No creo que estés loca, yo también te quiero, y no es para tanto, es para siempre.

Volvieron a besarse antes de dejarse arrastrar de nuevo por la pasión. Entretanto, en el exterior de la pastelería, había vuelto a producirse un

fenómeno insólito y sorprendente para esas fechas en las que se encontraban. El firmamento de Painswick, por completo despejado de nubarrones, fue barrido por una impresionante lluvia de estrellas fugaces, que encandilaron a tantos como tuvieron el gusto de presenciar la escena, pero ni Isabella ni Evan pudieron admirarlo, bastante ya tenían descubriendo la infinidad de su propio firmamento plagado de cuerpos celestes.

## 33

*Tres meses después...*

—Me estás asfixiando. ¿Es necesario todo esto? —protestó Isabella, agarrándose como podía al borde de la cómoda de la habitación para no caer de espaldas.

—Tienes que estar perfecta. ¿Quieres dejar de quejarte? —dijo Dana tirando de las cuerdas del corsé.

—No me quejo, pero quiero poder respirar.

—Respirar está sobrevalorado el día de tu boda.

—No creo que Evan quiera casarse con una persona del color de una uva tinta.

—Ese hombre te querría aunque tuvieras la cara de Mister Bean.

—No lo creo.

—¡Pues me dirás! Casarse contigo cinco meses después de conoceros debe ser amor del bueno.

—¡Oye, ni que hacerlo sea un suplicio! Yo tampoco estoy tan mal —le repuso Isabella a su amiga cuando terminó de anudarle el corsé.

—¡Ahora no estás tan mal! Pero te recuerdo que hubo un momento en que volviste loco a ese pobre.

—Y después lo volví aún más loco con mi encanto natural.

—Eso es cierto, y ya sabes lo mucho que me alegro de veros tan felices. Te lo mereces.

—Nos lo merecemos.

—Sí, os lo merecéis, sois la mejor pareja que conozco.

—Te quiero mucho Dana, y nunca te lo digo.

—No hace falta, sé que me quieres.

Unos golpes en la puerta interrumpieron aquel momento entre las dos amigas.

—Disculpad, pero el novio acaba de llegar —informó la madre de Isabella y anfitriona de la boda, asomando la cabeza—. ¿Aún estás así?

—Sí, mamá, aún estoy así. ¿Quieres cerrar la puerta? No quiero que tu ama de llaves me vea en paños menores.

—Dana, ¿me dejas a solas con mi hija un momento? —Catherine entró en la habitación.

—Claro, señora Wilson.

—¿Vas a echarme una de tus charlas sobre la puntualidad en las fiestas de tu casa?

—Isabella, esta no es solo mi casa, también es la tuya.

—¿Desde cuándo?

—Desde siempre. Sé que no he sido la mejor madre del mundo, pero te quiero con todo mi corazón. Eres la persona que más quiero en el mundo, aunque te empecines en que no es así.

—Mamá... Yo. —Aquellas palabras, nunca antes pronunciadas por la fría Catherine Wilson, hicieron mella en Isabella.

—Perdóname si me he comportado como una harpía contigo, o te he hecho creer que valías poco, porque no es cierto. Siempre me he sentido muy orgullosa de ti. Has hecho cosas que yo no he tenido el valor de hacer jamás porque soy una cobarde. Eres testaruda, trabajadora, una mujer emprendedora y maravillosa que no se deja amilanar por los demás, te admiro, hija. Te admiro mucho.

—¿De verdad? —Isabella no daba crédito a lo que oía.

—Muy de verdad. —Su madre esbozó una sonrisa sincera y acarició la mano de su hija—. No hagas esperar mucho a ese hombre que te espera. He visto como te mira y sé que te va a hacer muy feliz.

—Lo sé. Evan es maravilloso, lo quiero con todo mi corazón.

—Y él a ti. —Catherine besó la mejilla de su hija—. Le diré a Dana que vuelva para ayudarte a ponerte el vestido de novia —dijo a medio salir por la puerta.

—Mamá, espera. No quiero que te vayas. Quiero que estés aquí conmigo hasta que termine de vestirme.

El rostro de Catherine se iluminó de dicha.

—Por supuesto, me alegra que me regales ese gesto.

—Te quiero, mamá. No es un regalo, es un gusto para mí. —Las lágrimas se le agolparon en los ojos a Isabella.

Entre las dos acabaron de vestir a Isabella con un vestido estilo *boho* de encaje veneciano en color marfil que ella misma había elegido en Londres, en

uno de sus viajes a la capital para cerrar unos negocios pasteleros. Esa mañana, decidió dejarse el pelo suelto en ligeras ondas y había pedido que la maquillaran lo más natural posible. Todo el look le confería un aspecto perfecto para una novia como Isabella, que completaba su belleza solo con la felicidad que irradiaba en ese momento.

—Estás preciosa —dijo su madre, disimulando unas lágrimas con un pañuelito blanco de hilo.

—Deslumbras, Isabella. —Dana no podía dejar de mirar a su amiga, pues estaba realmente preciosa.

—¿Estás preparada? —preguntó su madre, a lo que ella contestó asintiendo—. Avisaré a tu padre, se va a caer de culo cuando te vea.

—¡Mamá! —la reprendió Isabella, sin dar crédito a aquel vocabulario por parte de su madre.

—¿Qué pasa? He decidido ser más moderna, más *cool*, ¿no lo llamáis así lo jóvenes?

—No sé si podré acostumbrarme a tanto cambio en esta familia —bromeó Dana, provocando la risa de las tres.

El jardín de la casa de los Wilson estaba engalanado para la gran ocasión. Los invitados más íntimos estaban acomodados en cincuenta sillas blancas, adornadas por un bonito lazo amarillo, simbolizando la felicidad y la alegría. En las primeras filas se encontraban Dana, Adam, Claire y Rachel junto a Catherine y el perro de la familia, vestido con un falso esmoquin canino.

El pasillo por el que avanzaba Isabella del brazo de su padre estaba cubierto de pétalos de violetas, y sendas estructuras florales se alzaban a los lados, componiendo un escenario bucólico, mientras que un cuarteto de cuerdas tocaba junto al altar el *Canon in D major* de Pachelbel.

Al final del recorrido, Evan esperaba expectante la llegada de su novia hasta él. Se le hizo un nudo en la garganta al pensar en su madre y en lo feliz que ella estaría de verlo allí puesto de traje, esperando al amor de su vida. Miró al cielo unos segundos y volvió la vista hacia ella. Isabella era el ser más hermoso que había visto en la vida.

Robert Wilson besó a su hija en la mejilla y la entregó al hombre que ella amaba.

Bajo una cúpula cubierta de flores blancas y lilas, ambos unieron sus manos y sus almas para contraer matrimonio ante la atenta mirada de amigos y familiares. El oficiante les dio la bienvenida y habló en pro del amor y, tras leer un poema de Emily Brontë, pasó a los novios el testigo y estos

pronunciaron sus votos matrimoniales.

—Isabella Wilson, te amo tal y como eres. Creeré en ti, celebraré cada uno de tus triunfos y te acompañaré en los momentos más difíciles. Deseo con todas mis fuerzas crecer junto a ti todos los días de nuestra vida.

—Evan Taylor, te amaré en todo momento, estando juntos o separados, y por eso prometo que haré todo lo posible para construir un hogar, lleno de sinceridad y honestidad todos los días de nuestra vida.

El brillo de sus miradas podría haber derretido los polos en aquel instante mágico. Cuando intercambiaron los anillos, fueron declarados marido y mujer, arropados por los aplausos de los que habían sido testigos de su promesa de amor y eterno compromiso, sellando aquel momento con un beso cargado de sincero y puro amor.

Y es que Isabella y Evan, fueron elegidos por el universo un día, en el que este estaba caprichoso. Los encuentros más importantes han sido planeados por las almas, antes incluso de que los cuerpos se hayan visto nunca, y ellos dos habían sido los causantes de su propio destino sin darse cuenta, y ahora iban a amarse para siempre.

## Epílogo

—Date prisa o perderemos el autobús —apremió Dana a Isabella, que con unos tacones interminables la seguía a la carrera.

—Deberíamos haber pedido un taxi —protestó ella, resoplando por el esfuerzo—. Deberías sacarte el carné de conducir.

—¡O tú! —le espetó Dana, a la vez que levantaba el brazo y lo agitaba en el aire para llamar la atención del conductor, sin éxito alguno, pues ante sus ojos incrédulos el autobús empezó a moverse.

—¿Y ahora qué? —Isabella se paró en la acera, recobrando la respiración, viendo tristemente cómo el vehículo se alejaba.

—Podemos llamar a un taxi.

—Tardaría mucho —bufó Isabella, consultando su reloj de muñeca—. No llegaríamos a tiempo a la reunión, entre que viene hasta aquí y nos lleva a Gloucester. Es imposible.

—Podría llamar a Adam. Seguramente no pueda, pero soy su prometida, me lo debe. Eso debe decirlo alguna ley, ¿no crees?

—No, déjalo, llamaremos a los de Kingbury y les diremos que nos ha surgido un imprevisto y no podemos ir hoy.

—De eso nada. Tenemos que ir como sea —protestó Dana—. El trato debe cerrarse hoy.

Isabella suspiró hondo y se puso en jarras, mientras golpeteaba con la punta del zapato el suelo. Dana tenía razón, debían ir a esa reunión. Tres meses después de la boda había recibido la llamada del abogado de adquisiciones de Kingbury, un holding de empresas de restauración, que le había propuesto montar una franquicia de Isa Deli. Aunque inicialmente estuvo muy reacia a vender su idea de negocio a nadie, aquel abogado se lo pintó tan bien que, finalmente, se decidió a visitar otros establecimientos similares al suyo y que habían seguido el mismo camino de crecimiento, encontrando que después de todo no era tan mala idea. De hecho, era estupenda. Maravillosa. Hacer llegar sus pasteles a todo el territorio nacional estaba lejos de su pensamiento cuando abrió su pequeña pastelería en el diminuto Painswick

hacía unos meses, y más con lo mal que había funcionado en sus inicios, pero ahora era una realidad al alcance de su mano.

Todavía estaba pensando qué hacer, cuando un coche se detuvo junto a ellas. Pero no era un coche cualquiera, era un coche patrulla de la policía local, y el guapo conductor se quedó mirándolas con una sonrisa esbozada. Bajó la ventanilla y asomó la cabeza.

—¿Qué hacen las chicas más guapas de Painswick? ¿No estaréis intentando liarla parda?

Isabella se acercó al bordillo, sonriente.

—Muy gracioso, maridito mío, pero llegamos tarde a la reunión con los de Kingbury. Acabamos de perder el último autobús de la mañana.

—Vaya, qué lástima. ¿Y ahora qué? —preguntó él con falso fastidio.

—Pues eso mismo estamos las dos pensando, ¿qué ahora qué? —intervino Dana.

—Tal vez pueda llevaros yo —les sugirió.

—¿Cómo si fuéramos un par de delincuentes?! —A Dana le brillaron los ojos mientras formaba la imagen de ellas dos esposadas en el asiento de atrás del coche.

Evan rio ante el comentario de Dana y sacudió la cabeza.

—Anda, subid.

En cuanto las tuvo sentadas detrás, miró los pies de Isabella y rodó los ojos:

—Mi amor, ¿crees que llevar esos tacones es bueno para el embarazo?

—Estoy embarazada, no enferma. A menos que tuviera un defecto en las rodillas no es contraproducente.

—¡Ya se lo he dicho yo! —comentó Dana airada—. Pero tu mujer es terca como una mula.

Evan fijó la mirada en los ojos de Isabella y ella en los suyos. La magia seguía estando presente entre los dos. Siempre. Invariable. Eterna.

—Pero es mi terca, y la quiero. Y como ella me quiere a mí, en cuanto termine la reunión, dejaré aparcados esos zapatos hasta nueva orden.

—Si me lo ordena la ley, habrá que hacerle caso —rio Isabella, despojándose de aquellos tacones que le estaban matando lo pies, pero ya se sabe lo que se dice: ¡Antes muerta que sencilla!

**FIN**